



SS

**SERVICIO
SECRETO**

CLARK CARRADOS
**HUELLAS
QUE ACUSAN**

CLARK CARRADOS

Huellas que acusan

1ª EDICIÓN

MARZO - 1959



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MIGRAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 1.749 - 1959

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© CLARK CARRADOS - 1959

**Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL:**

En Colección BUFALO:

275. — La feria de los ahorcados.

En Colección SERVICIO SECRETO:

302. — Pupila azul. 320. — El fiscal tiene miedo.

349. — El robo de la "Monna Lisa". 433. — La
marca del tío Sam. 441. — Los labios sellados.

En Colección CONGO:

6. — Sahara en rojo.

En Colección CALIFORNIA:

33 — Alarma en la línea.

Huellas que ACUSAN

**POR
CLARK CARRADOS.**



CAPÍTULO PRIMERO

Rasgando la oscuridad de la noche con la doble puñalada blanca de sus faros, el coche volaba por la carretera, dejando tras sí una estela de ruido promovida por su potente motor, que lo impulsaba hacia adelante con la fuerza y el ímpetu de un proyectil de cañón.

El automóvil era un convertible deportivo, tipo europeo, de largas y finas líneas, cuyo color blanco parecía haberse transformado en una mancha borrosa a causa de la enorme velocidad desarrollada en aquellos momentos.

Las manos del piloto no temblaban lo más mínimo al tomar las curvas, con un absoluto desdén hacía todas las leyes de la dinámica. Convertido en parte integrante del vehículo, el conductor parecía dirigirlo más con el cerebro que con la acción conjunta de los músculos de los brazos y de las piernas.

La hora era ya un tanto avanzada y, gracias a ello, la circulación en la amplia autopista era mínima, lo cual facilitaba los planes del automovilista. A la izquierda de la carretera estaba el mar.

A veces, las olas llegaban casi hasta el mismo borde de la autopista, en tanto que en otras ocasiones, la ruta se elevaba a varios metros sobre el nivel del agua, separada de ésta por un muro de rocas contra el cual se estrellaba el oleaje con un fragor que era, sin embargo, apagado por el potente ronquido del motor.

La luna, en lo alto, hacía chispear la espuma del mar, extendiéndose sus rayos en una ancha banda plateada, desde la orilla al horizonte. Pero, a pesar de la innegable belleza del espectáculo, los ojos del conductor no miraban otra cosa que la oscura cinta de asfalto que la luz de los reflectores iba devanando continuamente ante ella.

El piloto era una mujer, cuyo rostro aparecía a veces iluminado, aunque muy débilmente, por las verdosas luces de los instrumentos del salpicadero. Una banda de tela le ceñía los cabellos que, a pesar

de todo, eran agitados por el fuerte viento desplazado por la marcha del coche con más frecuencia de lo que ella hubiera deseado.

Las facciones de la mujer aparecían tensas, como esculpidas en mármol, con la única excepción de las finas aletas de su nariz de corte clásico que, de vez en cuando y de forma completamente involuntaria, se distendían para aspirar el fuerte perfume de yodo que el aire traía en sus alas. Fuera de esto y de algún que otro parpadeo, no se veía el menor movimiento en el rostro de la mujer.

Lo único que movía eran los brazos, en los naturales gestos de la conducción del vehículo, ya que el pie que se mantenía sobre el acelerador hacía mucho tiempo estaba fijo en el mismo punto, manteniendo una velocidad constante a pesar de todos los accidentes de la ruta.

Súbitamente, al enfilarse una pendiente en ascenso que seguía a una amplia curva, el cuerpo de la mujer se tensó todavía más.

En el espejo retrovisor acababan de aparecer dos puntitos luminosos que se movían dando pequeños saltos de una forma que no ofrecía el menor género de duda.

Los puntitos luminosos aumentaron de tamaño.

El pie de la mujer hizo bajar aún más el acelerador y el motor roncó al acometer el coche la subida. Trepó en un santiamén a la cima de la pendiente y luego se lanzó cuesta abajo con la velocidad de un cohete.

Los puntos luminosos quedaron rezagados un instante y aun llegaron a desaparecer, en vista de lo cual, la mujer no pudo contener un suspiro de evidente satisfacción. Este alivio, no obstante, duró bien poco.

Nuevamente, de una forma implacable, los puntos luminosos reaparecieron en el retrovisor, manteniéndose en un volumen constante unos minutos para después, con lenta seguridad, ir aumentando poco a poco de tamaño. La mujer apretó los dientes, tensándose aún más los músculos de sus facciones.

Durante largo rato, los dos coches mantuvieron la distancia con diferentes alternativas de alejamiento o proximidad más o menos favorables para sus respectivos conductores, pero a pesar de la terrible potencia desarrollada por el coche europeo, llegó un momento en que éste comenzó a perder terreno.

La mujer se percató de que, tarde o temprano, sería alcanzada,

convirtiendo sus esfuerzos en algo baldío y sin sentido común.

Entonces, decidió evitarlo.

El automóvil blanco cruzó como un bólido por delante de una estación de servicio, cuyas luces chispearon un momento ante las pupilas de la conductora. Un coche se disponía a arrancar y su piloto clavó las ruedas en el suelo, evitando así, no sólo el inminente choque con el convertible, sino con el que perseguía a éste.

El chofer y el encargado de la estación unieron los esfuerzos de sus gargantas en un acompasado dúo de blasfemias.

La carretera se elevó, bordeando peligrosamente una serie de acantilados que caían a plomo desde una altura media de veinte metros sobre el mar, cuyas olas batían implacablemente las rocas. La mujer se dijo que aquél era el momento más oportuno para poner en práctica sus planes.

Aguardó unos segundos hasta enfilarse una curva de largo radio. Estaba todavía a la mitad de la misma cuando su pie derecho se levantó del acelerador, mientras que el izquierdo clavaba a fondo el pedal del freno.

Un penetrante olor a goma quemada se elevó en el salino ambiente de la noche. El convertible zigzagueó peligrosísimamente unos momentos, deslizándose de costado en un fantástico *derrapage*, hasta detenerse totalmente justo a la salida de la curva.

Entonces, la mujer lo hizo rodar dos o tres metros, aproximando más el morro del vehículo al borde del acantilado. Cortó el gas y apagó los faros después de lo cual, tomando un gran bolso de mano que tenía sobre el asiento, saltó del coche.

Corrió con largas y fáciles zancadas hacia el lado opuesto de la autopista, dejando el asfalto y pisando la tierra cubierta a medias por un césped irregularmente distribuido. El suelo se elevaba en una brusca pendiente, cubierto todo él de plantas y matorrales que componían una espesa vegetación, detrás de la cual y, en lugar seguro, se escondió la mujer.

Su maniobra se realizó con precisión de segundos. Casi no había tenido tiempo de ocultarse detrás de un frondoso matorral, cuando, de repente, el doble haz de luz del coche perseguidor taladró las tinieblas.

Rugiendo demoníacamente, el automóvil tomó la curva a una

velocidad suicida. En el último momento, su conductor divisó el obstáculo que constituía el otro automóvil, el cual obstruía casi por completo el paso.

El conductor quiso desviarse, puesto que ya no tenía tiempo de reducir la espantosa velocidad que llevaba, ni mucho menos de frenar. Instintivamente, sus manos golpearon el volante hacia la izquierda, al mismo tiempo que pisaba a fondo el freno.

El ruido chirriante de los frenos inmovilizando las ruedas se elevó en la noche con trémolos siniestros. El coche perseguidor se balanceó terriblemente a consecuencia de la brutal maniobra y, por un segundo, pareció iba a evitar el encontronazo.

Más su conductor no pudo conseguirlo.

Por encima del terrible estrépito de los frenos aplicados desconsideradamente y de las gomas resbalando sobre el asfalto, la mujer pudo oír los gritos de espanto de los ocupantes del vehículo. En el mismo instante, los dos vehículos chocaron el uno contra el otro.

Fue un estampido semejante al de una docena de cañones disparando a la vez. El coche blanco salió despedido con terrible violencia, en tanto que el otro, lanzado todavía por la potencia de su motor, se encaminaba hacia el borde del acantilado, por encima del cual pasó como una bala.

Por un instante, pareció mantenerse inmóvil, flotando en el aire. Después, cayó a plomo, ocultándose a la vista de la mujer.

El ruido de las olas fue apagado un instante por el horroroso estruendo del coche al estrellarse contra las rocas de la base del acantilado. Y todavía se percibían los ecos del fatídico estallido cuando, de modo brusco, una gran llamarada surgió en las tinieblas.

La mujer ya no quiso esperar más. Dando media vuelta, se introdujo sin vacilar en la espesura.

Caminó a tientas, apresuradamente, huyendo de la catástrofe que había provocado y que dejaba tras sí, a sus espaldas, sujetando fuertemente el bolso.

Tropezó en unas ocasiones y se cayó en otras, dejando a veces jirones de su falda prendidos en las espinas de algunos matorrales surgidos ante ella de modo improvisado, pero no suspendió por un momento siquiera el acelerado ritmo de su marcha.

Así paso un tiempo que ella no supo calcular, advirtiéndolo

únicamente que se había alejado notablemente de la carretera, cuyos ruidos, si los había, no le llegaban. Entonces, a pesar suyo, se vio obligada a detenerse.

Permaneció en pie unos momentos, apretando el bolso contra su pecho, jadeando, tratando de normalizar la respiración alterada, al mismo tiempo que miraba en torno suyo, como si quisiera investigar el lugar en que se hallaba.

De pronto, su cuerpo se envaró, tornándose rígido. Una lucecita amarillenta acababa de chispear frente a ella.

Tras unos segundos de vacilación, la mujer decidió caminar hacia la luz, cosa que indicaba, sin ningún lugar a dudas, la presencia de seres civilizados en aquellos perdidos parajes. Luchando con sus altos tacones contra las irregularidades del terreno, avanzó hacia el resplandor.

Un par de minutos más tarde, se dio cuenta de que la luz partía de una ventana mal cerrada. La negra mole de un edificio de pequeño tamaño apareció súbitamente ante ella.

Se detuvo, por unos instantes irresoluta y vacilante. Más no tardó en reanudar su marcha, advirtiéndole que ahora lo hacía sobre un piso llano, cubierto de fina gravilla. La claridad del pavimento le hizo saber que estaba encima de un caminillo, cubierto de frondosa arboleda en sus dos márgenes.

Se detuvo ante la puerta de la casita que, situada en un pequeño claro, era bañada abundantemente por la luz de la luna.

Era un edificio de rústica factura, hecho en piedra cementada, con bastantes años de existencia, pero decorado a la moderna no hacía mucho, con el fin de ponerlo al día respecto de las actuales tendencias de la arquitectura. Techo bajo, inclinado a dos aguas, y ventanas amplias y alargadas, eran sus principales características fisonómicas.

Cortando en seco sus vacilaciones, la mujer decidió llamar a la puerta en busca de cobijo, no sin antes abrir el bolso que llevaba y tocar como medida de precaución, la helada culata de un revólver de pequeño tamaño. Después, golpeó la puerta con los nudillos.

Unos pasos firmes y seguros se oyeron al otro lado de la madera. La puerta giró sobre unos bien engrasados goznes y un torrente de luz se derramó sobre la mujer.

En el primer instante, ésta parpadeó, deslumbrada por una

iluminación desacostumbrada. Luego, habituándose a ella, miró de frente a la persona que había abierto y dijo:

—Dispéñseme usted, pero me perdí en el bosque y...

La persona que tenía frente a sí era un hombre de aspecto joven que, a su vez, la miraba a través de unas gafas de recios cristales y gruesa armadura de concha.

El hombre era alto, membrudo, de rasgos agradables y tenía el pelo cortado a escuadra, vistiendo una recia chaqueta de «*tweed*» a cuadros, bastante usada, unos pantalones claros y unos cómodos mocasines. Debajo de la chaqueta llevaba una camisa bajo cuyo cuello abierto, desaparecían los dos extremos de un pañuelo rojo que tenía anudado a la garganta. Una pipa pendía sujeta entre sus dientes y en la mano izquierda portaba un pesado volumen de gran tamaño, abierto a medias.

El dueño de la casita, a su vez, contempló a la inesperada visitante que se le aparecía a horas tan intempestivas de la noche. Vio una mujer joven, de unos veintiséis o veintisiete años, alta, de talle esbelto y cimbreante, vestida con un *sweater* muy ceñido, de color malva, que modelaba armoniosamente, bajo las finas líneas de su joven busto, y una falda negra muy ajustada, bajo la cual surgían dos piernas de perfecto trazado, situadas encima de dos zapatos de atrevido diseño y afilado tacón. El pelo de la mujer era oscuro, con cambiantes reflejos de color dorado, según el distinto ángulo de incidencia de los rayos luminosos, sujeto con una ancha cinta de color amarilla, y debajo del doble perfecto arco de las cejas se veían un par de verdosas pupilas, de insondable hondura.

La mutua contemplación duró apenas dos segundos. Enseguida, el hombre, reaccionando, se quitó la pipa de entre los dientes y se echó a un lado.

—Con mucho gusto, señorita. Tenga la bondad de pasar, por favor.

La joven penetró en la cabaña, hallándola amueblada someramente pero con gusto. Frente a la puerta, ardían alegremente un par de troncos en una chimenea de rústica apariencia y, aunque todavía no hacía mucho frío no estorbaba el calorcillo de las llamas.

Con paso cauteloso, la joven avanzó hacia la chimenea. Sonó un chasquido a sus espaldas y se volvió con gesto rápido, la mano derecha en el interior de su bolso.

—No tema —sonrió el dueño de la casa, arrojando el libro sobre un mullido sillón—; era la puerta.

La joven respiró, aliviada. Luego, sus labios, que se adivinaban pálidos bajo la capa de *rouge* que los cubría, esbozaron una débil sonrisa.

—Dispénsese —se excusó de nuevo—. Me perdí y... la verdad, en los últimos momentos, llegué a asustarme.

—Pues ya puede usted desechar sus temores —dijo el hombre quien, de pronto, se dio una leve palmada en la frente—. Ahora soy yo el que debe pedirle perdón. No he sabido presentarme. Me llamo Clinton Courtenay.

—Encantada de conocerle, señor Courtenay —dijo ella, pero no hizo mención de dar su nombre.

El dueño de la mansión fingió no apercebirse del detalle.

—Estará usted cansada, señorita. ¿Quiere sentarse unos momentos en tanto la preparo una taza de café?

—Me temo que le estoy causando demasiadas molestias, señor Courtenay —dijo ella, obedeciendo—. De todas formas, si le he de ser franca, diré que necesito ese café.

—Con su permiso —dijo Clinton, retirándose.

Tardó en volver unos minutos, al cabo de los cuales apareció en la sala portando una bandeja con tazas y una humeante cafetera, que depositó sobre una mesita baja, situada al lado del amplio diván sobre el que se hallaba la joven.

Al inclinarse, los ojos de Clinton repararon en la perfecta redondez de las rodillas de su huésped y ésta ruborizándose levemente, se apresuró a estirar el borde de la falda.

Clinton Courtenay vertió café en una taza.

—¿Le gusta muy dulce, señorita?

—Un terrón, por favor —dijo ella, alargando su mano.

Un minuto más tarde, la joven revolvía el plato y la taza, reclinándose satisfecha sobre el diván. Hurgó en su bolsillo y extrajo una pitillera, de la cual sacó un cigarrillo de dorada boquilla.

Courtenay prendió una cerilla, cuya llama aproximó al pitillo, al mismo tiempo que decía:

—¿Le agradó el café, *Lady Huygens*?

Por un segundo, los dedos que sostenían el cigarrillo, rematados

en unas afiladas uñas barnizadas en oro, temblaron perceptiblemente. Pero después recobraron su firmeza habitual y los ojos de la joven se elevaron, clavándose en los del dueño de la casa.

Antes de dar su respuesta, expulsó el humo recién inhalado.

—¿Cómo averiguó mi identidad, señor Courtenay? —inquirió, mientras con gesto negligente atraía el bolso hacia sí.

El dueño de la casa se echó a reír. Su mano, fuerte, bien cuidada, pero de masculina firmeza, señaló hacia una revista que había en el segundo piso de la mesita de servicio.

En la portada de la misma, a todo color, se veía a la joven, vistiendo un deslumbrante traje de fiesta, blanco, del cual surgía como una nueva Anfitrite de su lecho de espumas.

—No me gusta esa fotografía —dijo ella, al cabo—. Aparentemente está bien, pero no me favorece demasiado.

—Por aparecer en la portada de esa revista —dijo Courtenay—, muchas damas de la mejor sociedad darían cualquier cosa.

—Yo no tuve que hacer otra cosa que dar la hora para el fotógrafo —concluyó ella despectivamente—. A mí me vinieron a buscar.

Courtenay alargó la mano y tomó la revista, leyendo el pie de la portada.

—«*Lady Starling Huygens*, una de las más esplendorosas bellezas de nuestra buena sociedad que...»

La mano de la joven le arrebató bruscamente la revista, arrojándola a las llamas.

Clinton Courtenay sonrió.

—Es usted muy impulsiva, *Lady Huygens* —dijo—. Acaso por eso mismo la estaban persiguiendo.

La joven se sobresaltó al oír las precedentes palabras.

—¿Eh? ¿Cómo sabe usted que me perseguían?

—Si yo fuera tan pedante como Sherlock Holmes —contestó el dueño de la casita—, diría que es una cosa elemental, *Lady Huygens*. Zapatos sucios, medias arañadas, falda desgarrada por algunos sitios, respiración agitada, palidez en el semblante, temor en los ojos y una hora alta de la noche, no son otra cosa que síntomas claros de que usted huía de algo o de alguien. Quizá las dos cosas a la vez.

La joven avanzó el busto, desafiando deliberadamente a

Courtenay.

—¿Puede importarle eso a usted mucho? —dijo.

—Oh, no; en absoluto —sonrió él. De pronto se quitó las gafas y Starling se asombró al ver el atractivo aspecto de su rostro. Courtenay continuó—: Era, simplemente, que estaba tratando de poner en juego mis cualidades deductivas.

—Para eso no hace falta mucho, señor Courtenay. Un patán lo hubiera deducido de la misma manera —contestó ella desdeñosamente.

—Por supuesto. Yo no considero el poder de deducción como cosa exclusivamente mía. La única consideración que me hago es que una mujer como usted, joven, bella y rica, ande huyendo de alguien, de esta forma y a tales horas de la madrugada. Claro está —añadió Courtenay—, que si esa o esas personas la persiguen a usted con intenciones criminales, la hora debe importarles muy poco.

—Y a usted también —replicó Starling desabridamente—. Le pedí alojamiento, no consejos.

—Todavía no le he dado ninguno, *Lady Huygens*.

—Se adivina claramente que se está muriendo usted de ganas de dármelos, señor Courtenay. Pero yo no estoy dispuesta a soportárselos, ¿me entiende?

—Lamento mis palabras, *Lady Huygens* —dijo él—. Puesto que, según veo, mi presencia no le es grata, procuraré aliviarle de ella.

Apenas dichas tales palabras, Courtenay se puso en pie, caminando hacia la vecina habitación, en la cual se introdujo, volviendo a salir de ella con un par de mantas y un almohadón en los brazos. Se inclinó delante de la joven.

—*Milady* tiene su habitación preparada —dijo—. Lamento nuestra diferencia de tamaño, y espero que esto me sirva para disculpar el sobrante de tela en el pijama que le he preparado.

Starling advirtió la ironía que rezumaban las palabras de Courtenay, a pesar de la absoluta seriedad de su semblante, pero fingió no hacer caso de ellas.

—Espero corresponder algún día a sus bondades, señor Courtenay.

—No hago favores por que me los devuelvan, sino porque estimo deben hacerse, *Lady Huygens*.

Ella se puso en pie.

Al hacerlo, el bolso que tenía sobre su falda se le escurrió, cayéndose al suelo. Con el choque se abrió y dos cosas salieron fuera: un gran sobre, alargado y, aparentemente, repleto de papeles, a juzgar por su inusitado grosor, y un niquelado revólver, de caño corto y nacarada culata.

Starling enrojeció violentísimamente, al mismo tiempo que se inclinaba a recoger ambas cosas. Pero como simultáneamente, Courtenay hacía un movimiento análogo, sus dos cabezas chocaron con fuerza, repeliéndose mutuamente.

Los dos jóvenes quedaron en el suelo, frente a frente, mirándose de distinta manera. Él, muy divertido, en tanto que ella fruncía el ceño.

Courtenay advirtió claramente las ganas que tenía Starling de largarle un sofión, pero la joven supo contenerse a tiempo. Y él, a su vez, deteniendo la sonrisa que le brotaba espontáneamente, dijo:

—Tendré que pasarme la noche pidiéndole perdón, *Lady Huygens*. Deme la mano, por favor.

Una vez en pie, el dueño de la casa tomó el sobre, notando su pesadumbre, y el revólver, devolviéndolos a su dueña. Sin decir una sola palabra, Starling metió ambos objetos en el bolso y, caminando ágilmente, se dirigió hacia su habitación.

Al llegar a la puerta se detuvo. Vaciló unos segundos y luego, girando sobre sí misma, dijo:

—Encuentro muy extraño que usted permanezca levantado hasta una hora tan avanzada, señor Courtenay. ¿Acaso es usted escritor?

—Oh, no; no en el sentido que usted supone, *Lady Huygens* —contestó él—. Aunque sí es cierto que escribo algo. Una tesis que he de presentar para obtener mi doctorado.

—¿Es usted médico?



—¿Es usted médico?

Courtenay denegó con la cabeza.

—No, señora. Soy parapsicólogo.

CAPÍTULO II

—Parapsicólogo —repitió Starling a la mañana siguiente, sentada a la mesa, frente a Clinton—. ¿Qué quiere decir eso? —inquirió.

Courtenay tardó unos momentos en contestar, muy ocupado en perseguir un rebelde trozo de huevo con una tostada.

Starling lo contempló a su sabor y se dijo que con toda probabilidad, ahora que estaba desprovisto de aquellas gafas que de ordinario le daban un aspecto tan doctoralmente serio, Clinton no debía tener más allá de treinta y dos años y que, a pesar de vivir enfrascado en sus estudios, debajo del usado *sweater* que ahora vestía, había una musculatura excepcionalmente fuerte.

—La parapsicología —empezó a decir Clinton—, es la ciencia que se ocupa del estudio de la mente y de los estados de subconsciencia provocados artificialmente. No es la psicología vulgar y común, o sea el arte de conocer a las personas y sus normales reacciones psíquicas, sino lo que hay detrás de éstas en los actos que pudiéramos llamar irracionales, causados por una acción del subconsciente que no se puede evitar porque se le ha hecho obrar así al sujeto, mediante la influencia de medios de los cuales él no tiene la menor noticia.

Con la taza de café en alto, Starling arqueó una ceja.

—No lo acabo de entender del todo, doctor Courtenay —dijo.

Éste sonrió.

—Déjelo en profesor, *Lady Huygens*. Voy a darle un ejemplo para que lo entienda. ¿Ha oído usted hablar de la hipnopedia?

Starling meneó la cabeza, al mismo tiempo que sonreía.

—¿Eso es chino?

—No —contestó el joven—. Es, simplemente, la enseñanza durante el sueño.

—¿Me va a decir que se pueden aprender las cosas mientras uno

duerme? —exclamó ella, atónita.

Clinton tomó un último sorbo de café y luego comenzó a llenar la pipa.

—Verá, *Lady Huygens*. Tomemos a una persona en la cual tenemos interés por sus estudios. Ahora bien, esta persona, por las causas que sean, es pobre y necesita trabajar para vivir. Su trabajo es duro y fatigoso y cuando termina la tarea, llega a su casa muy cansada. Come, reposa un momento y luego prepara sus lecciones *en una cinta magnetofónica*. Coloca el reproductor de sonidos junto a la cabecera de su cama y se echa a dormir. El aparato le va recitando las lecciones mientras duerme, y repitiéndolas durante toda la noche.

»Claro está que se trata de aparatos perfeccionados. Normalmente, una cinta magnetofónica dura un par de horas. Cuando se ha desarrollado totalmente, un mecanismo automático la hace rodar en sentido contrario y luego vuelve a disparar el magnetofón para repetir las lecciones, durante todo el tiempo que sea necesario. Llega la mañana, y esa persona, que ha dormido perfectamente durante toda la noche, se va a trabajar con toda normalidad, llevando en su cerebro grabado una serie de estudios que, de otra forma, no hubiera podido hacer. Esto, naturalmente, se aplica también a otras personas que son digamos un poco duras de mollera o cuando, pudiéndose dedicar íntegramente al estudio, el tiempo no les alcanza del todo. En fin —concluyó el joven—, que las aplicaciones de la hipnopedía son innumerables y podría citarle infinidad de casos si no temiera alargar innecesariamente esta relación.

La joven abrió los ojos, admirada.

—Jamás había oído hablar antes de cosa semejante, profesor —dijo.

—Pues todavía hay más cosas en la parapsicología de las cuales no tiene usted la menor noticia —dijo Clinton, aspirando el humo de la pipa—. Si no tuviera usted prisa en marcharse, le haría una demostración práctica.

Ella sacudió la cabeza.

—Ninguna —sonrió—. Me encuentro aquí como el pez en el agua.

—Es usted muy amable —contestó Clinton—. Con su permiso,

voy a disponerlo todo.

—Yo recogeré los cacharros del desayuno —dijo ella, levantándose.

Por un instante, Clinton contempló la esbeltísima figura de la joven, que parecía aún más hermosa a la luz del día que se filtraba en abundancia por los amplios ventanales de la cabaña.

Ella se dio cuenta de la admiración de que era objeto y no pudo evitar una levísima capa de carmín en sus tersas mejillas, a aquellas horas desnudas de toda clase de afeites.

Unos minutos más tarde, cuando Starling regresó a la sala vio dos objetos sobre la mesa. Uno de ellos era un magnetofón y el otro un proyector cinematográfico.

—Lo primero —dijo él—, es la hipnopedia. Es lo más corto y quiero hacer funcionar la cinta de sonido únicamente para que usted la escuche.

—¿Es que la película no tiene banda sonora? —inquirió ella, señalando el proyector.

—En este caso no —repuso Clinton—, pero ahora no nos referimos al cine. Escuche un momento.

Starling se sentó en el diván con las rodillas muy juntas y la barbilla apoyada en las manos.

Clinton dio media vuelta a un interruptor y el magnetofón se puso en movimiento.

Una voz salió instantáneamente del megáfono. Era una voz suave, persuasiva, de tonos acariciantes, como si fuera la de una madre arrullando a su hijito, pero recitando unos fragmentos de poesía en lugar de una canción de cuna. El volumen del altavoz era bajo, lo justo para que apenas pudiera oírse en un círculo de tres metros de radio, en cuyo interior se hallaban los dos jóvenes.

Después de unos momentos, Clinton detuvo la marcha de la cinta y miró a Sterling.

—Usted puede ser una artista y necesitar estudiar su papel, sin tener que estar despierta y en vela muchas horas. O también un político que ha de pronunciar dos días más tarde un importante discurso. O, la aplicación más común de la hipnopedia, para enseñar, simplemente mientras que se descansa. ¿Lo entiende ahora?

—Creo que sí —dijo Starling—. Me parece que empiezo a

comprenderlo ahora. El cuerpo es el que reposa. La mente, aun en el más profundo de los sueños, no descansa jamás.

—Exactamente —repuso él—. La mente no descansa jamás. Desde que se nace hasta que se muere, está en perpetuo funcionamiento y de esto se aprovecha la hipnopedía. Claro está que, por ahora, los resultados obtenidos son relativamente mínimos.

—¿Por qué? —preguntó ella, intrigada.

Clinton vaciló, en tanto repasaba el proyector cinematográfico. Después se fue hacia una de las ventanas y mientras la cerraba, contestó:

—Verá, para incrementar el poder de penetración de la hipnopedía se necesitaría disponer de una droga que aumentara la lucidez de la mente, sin dejar ninguna huella en el cuerpo. No podemos recurrir a los barbitúricos porque provocan el hábito en el sujeto, como la mayoría de las demás drogas. Se necesitaría una que reuniese unas condiciones excepcionales; es decir que, sin causar ningún trastorno al cuerpo, aumentase la actividad de percepción de la mente.

—O sea, tenerla aún más despierta de lo que se tiene durante el sueño.

—Justamente, *Lady Huygens* —contestó él, ahora preparando una pantalla blanca de unos dos metros de cuadro frente al proyector—. Se necesita una droga que permita dormir al cuerpo, es decir, la materia, en tanto que la mente permanece *absolutamente* despierta, con una receptividad comparable y aún superior a la de las horas más lúcidas del día, como son las que, por regla general, siguen a las de un sueño tranquilo y reposado, que es cuando el cerebro está más despejado.

—¡Pero eso es terrible! —exclamó la joven.

—¿Por qué? —inquirió Courtenay, terminando de cerrar las ventanas.

—Supóngase usted que se coge a una persona y que se le aplica esa droga con fines criminales...

Clinton se volvió, sonriendo.

—Aún hay cosas peores, *Lady Huygens*. Por favor, aguarde un momento.

El joven volvió hacia el proyector, después de haber apagado la luz. Manipuló en el aparato y al instante un chorro de luz blanca

brotó del objetivo.

Durante unos veinte minutos estuvieron desfilando por la pantalla una sucesión de imágenes sin, aparentemente, la menor relación entre ellas. Hubo un choque de trenes; un fragmento de una vieja película de Chaplin, que hizo reír abundantemente a Starling; una aria de ópera cantada por Mario Lanza, aunque, carente el film de banda sonora, sólo se veían los gestos del cantante, sin que se percibiera su voz; unas panorámicas del Gran National de Belmont y de las 500 Millas de Indianápolis, y el film concluyó con la exhibición de unas hermosas bañistas, disputando carreras de esquís acuáticos en el Jardín de los Cipreses de Florida.

Al terminar, Clinton encendió la luz y luego cargó su pipa. Vio que la joven tenía un cigarrillo en la boca y le dio fuego.

—Bien —dijo ella—, ¿y eso es todo?

Clinton sonrió enigmáticamente.

—Sí; eso es todo —y arrimó la cerilla a la cazoleta de su pipa.

Durante un par de minutos, los dos permanecieron en silencio, fumando impasiblemente.

De pronto, Starling dijo:

—Tengo sed.

—Al momento, *Lady Huygens* —contestó Clinton, yéndose hacia la cocina, de la cual regresó medio minuto más tarde con un vaso de agua.

Ella denegó con la cabeza.

—No quiero agua.

—Dijo que tenía sed.

—Es cierto, pero no supe explicarme. Quiero... —Y aquí citó el nombre de una popular bebida carbónica sin alcohol.

—Lo siento, pero no dispongo de lo que usted desea, *Lady Huygens*.

Ella se puso en pie, nerviosa, desasosegada.

—Bien, ¡qué le vamos a hacer! Pero, me hubiera gustado tanto beberla. ¿Está seguro de que no tiene lo que le he pedido?

—En absoluto —contestó él rotundamente—. Pero ¿por qué tanto interés en esa bebida?

Ella se pasó la mano por la frente, con una pequeña arruga de preocupación grabada en el espacio interciliar.

—No lo sé —contestó—. Ha sido de repente... Un deseo

absurdo... pero que no he podido reprimir. En fin —añadió, alzando brevemente los hombros—, espero que se me pase pronto.

—Se le pasará —dijo Clinton—, aunque yo sé las causas de su interés por ese refresco.

—¿Eh? —Le miró Starling con aire incrédulo.

Clinton asintió.

—Sí —dijo, señalando hacia el proyector—. Esto tiene la culpa.

—No le entiendo —murmuró la joven—. ¿Qué tiene que ver el film que hemos visto proyectado en la pantalla con mi deseo de beber ese refresco?

—Muy sencillo, *Lady Huygens*. Le dije que iba a hacerle una demostración de parapsicología, ¿no? —Y ante el asentimiento de ella, Clinton continuó—: Verá, usted no ignora que el principio fundamental del cinematógrafo se basa en la persistencia de las imágenes en la retina, ¿no es así? Pues bien, en la cinta que yo he pasado ante usted y a intervalos perfectamente espaciados, había un anuncio de esa marca de refresco.

—¡No es posible! —exclamó aturdida Starling—. Yo no lo he visto.

El caño de la pipa apuntó a la joven.

—Pero sí su subconsciente, *Lady Huygens*.

La joven se sobresaltó.

—¿Eh? ¿Qué está diciendo, señor Courtenay?

—Exactamente lo que usted oye. Recordará, sin duda, que la cinta cinematográfica desfila, ante sus ojos, en proyección normal, a una velocidad de veinticuatro fotografías por segundo. Bien, pues usted no ve las fotografías individualmente, una por una, como si se tratase de un álbum de familia, *sino la suma de todas ellas*, ¿no es así?

Starling volvió a asentir.

—Y esto —continuó el profesor—, es lo que produce la sensación de movimiento, porque cuando una imagen se proyecta en la pantalla, es inmediatamente substituida por otra, pero aquella persiste todavía en la retina y como la posición de la segunda es ligeramente distinta, de ahí la sensación de movimiento que nuestro cerebro capta.

»Ahora bien, si en esa suma de fotografías, cada un espacio perfectamente delimitado, con matemática regularidad,

intercalamos un anuncio, ¿qué es lo que cree usted que ocurrirá? Sencillamente, su pupila captará esa imagen que no tiene nada que ver con el film, pero su cerebro consciente *no la verá*. Esa imagen va al subconsciente, en donde no ocurriría nada si no fuera por la reiteración de sucesivas imágenes, siempre con el mismo tema y en la misma forma, que se van acumulando, hasta constituir una obsesión en el sujeto. La rapidez con que el anuncio pasa ante su vista, le impide darse cuenta activa de ello, pero el subconsciente es veloz y guarda memoria de lo que ha captado. Usted no se dio cuenta de que yo le estaba impulsando a beber ese refresco, ni lo ha sabido hasta que yo se lo he dicho. Pero, al terminar la proyección, usted tenía unos deseos horribles de beberse una botella del refresco, ¿verdad?

Starling miró al profesor con ojos llenos de pasmo.

—¿Es usted un brujo, señor Courtenay? —dijo, absorta.

Clinton se echó a reír.

—Oh, no, *Lady Huygens*. Simplemente, un investigador de ciertas ramas de las actividades de la mente.

Muy nerviosa, Starling volvió a encender un cigarrillo.

—Pero eso que usted me está diciendo es fantástico, profesor. Imagínese que...

—No me imagino nada —contestó él con cierta severidad—. Estas cosas están terminantemente prohibidas. Hace algún tiempo, una empresa, fabricante de una popular marca de jabón de tocador, lanzó un anuncio, durante la proyección de una película de largo metraje, en la misma forma que usted ha podido experimentar, durante un pequeño período de tiempo. Era en una pequeña localidad y casi toda la población desfiló para presenciar el film. Pues bien, las ventas de ese jabón aumentaron durante aquellos días en un *ochenta a un noventa por ciento*^[1].

Starling aspiró el humo del tabaco fuertemente.

—¡Es extraordinario lo que usted está diciéndome, profesor!

Courtenay sonrió, en tanto guardaba de nuevo los aparatos.

—Esta clase de experimentos puede ser un avance magnífico en la ciencia de la enseñanza... o un arma destructora en manos criminales.

—Sí, un arma destructora —comentó ella, apagadamente—. Pero ¿por qué el hombre ha de ver solamente el lado malo de las

cosas? Imagínese usted que a los asistentes a la proyección a un film se les provoca en el subconsciente el deseo de matar a alguien. ¿Lo resistirían?

—Depende de la fortaleza psíquica de cada uno. Naturalmente, los cerebros son todos distintos y el de un espectador determinado puede ser influenciado mucho más fuertemente que el de su vecino de butaca. Esto es algo que no se puede asegurar exactamente. Por ahora —suspiró Clinton—, la parapsicología es una cosa que está en mantillas. Es el bebé de las ciencias.

—¡Vaya con el bebé! —exclamó Starling—. Pues parece un adulto madurito, a juzgar por sus efectos.

Clinton se echó a reír.

—Todavía ignoramos mucho de la parapsicología. Hay mucho camino que recorrer y...

Clinton se interrumpió. Ella le miró extrañada, pero no tardó en comprender las causas de aquella súbita interrupción.

Unos pasos cautelosos acababan de oírse en la gravilla del camino que conducía a la cabaña. Clinton frunció el ceño.

—¿Quién podrá ser a estas horas? Hasta mañana no espero a la señora Morella, que es la que me trae las provisiones...

Unos nudillos golpearon la puerta con fuerza.

Clinton la abrió y al instante apareció la figura de un hombre en la puerta.

—Perdonen —dijo el recién llegado—, pero estaba paseándome por el bosque y me he perdido. ¿Pueden decirme a dónde da este camino?

—A la autopista federal, a tres kilómetros de aquí, hacia el Oeste, señor —contestó el joven.

El desconocido hizo una mueca que quería ser una sonrisa.

—¡Uf! Estoy reventado de andar. Si me permitiera descansar unos momentos...

Clinton se echó a un lado.

—No faltaría más, amigo. Pase y siéntese. Le traeré un poco de beber...

—Oh, no, no se moleste. Por cierto, me llamo Flith Cosley.

—Encantado, señor Cosley. Le presento a *Lady* Starling Huygens. Yo me llamo Clinton Courtenay.

Cosley saludó con una breve inclinación de cabeza.

—Mucho gusto, *Lady Huygens*. Y a usted muchos gracias, señor Courtenay.

—Iré a prepararle algo fresco para beber, señor Cosley —dijo ella, de repente, mirando significativamente al dueño de la casa.

Clinton comprendió y asintió con breve parpadeo. Cargó su pipa y luego se palpó los bolsillos.

—Oh, dispéñseme; me olvidé las cerillas... Seguramente estarán en la cocina...

—Tome mi encendedor, señor Courtenay —sugirió Cosley.

—Gracias, señor Cosley; pero el buen tabaco en buena pipa, ha de saborearse encendiéndolo con un fósforo de madera. El encendedor le da gusto a gasolina, ¿sabe? Con su permiso...

—No faltaría más —asintió el recién llegado.

Clinton cerró la puerta de la cocina a sus espaldas.

Muy nerviosa, Starling estaba preparando una botella y un par de vasos sobre una bandeja.

Al ver entrar al joven, dejó todo a un lado.

—Clinton —exclamó, apeando inconscientemente el tratamiento —, ese hombre es un espía.

El joven respingó.

—¿Eh? ¿Qué está diciendo usted, *Lady Huygens*?

—Lo que oye. Cosley está aquí para averiguar mi paradero.

—Bueno, ¿y qué tiene ello de particular? Usted se extravió anoche; él se ha extraviado ahora...

—Usted no me entiende ni lo entiende, Clinton. Anoche... —El seno de la joven subió y bajó aceleradamente a impulsos de su agitada respiración—, me perseguían. Pude esquivar la persecución, pero me perdí y entonces es cuando hallé la cabaña.

—Ya me dije anoche que algo de esto le estaba ocurriendo, *Lady Huygens* —comentó—; pero de aquí, a creer que Cosley es un...

—Lo es. Fíjese usted en un detalle. Ni siquiera se ha asombrado cuando usted le dijo quién era yo.

—¿Y por qué había de asombrarse?

—Porque todavía hay gente en este país que abre los ojos cuando le presentan a una mujer con título de nobleza como el mío.

—¿Quieres decir que es obligatorio asombrarse cada vez que uno oye decir *Lady Huygens*?

Starling dio una patadita impaciente en el suelo. Luego tomó la

bandeja.

—Encienda la pipa, si no ese tipo va a sospechar demasiado, Clinton. Cuando se haya ido, nos iremos nosotros también.

—¿Nos ha dicho? —exclamó él, atónito; pero ya la joven salía de la cocina y no pudo obtener la menor respuesta.

Completamente aturdido, Clinton encendió un fósforo y aspiró el humo pensativamente, saliendo luego con lento paso a la sala.

Mientras Cosley tomaba unos sorbos del refresco que Starling le había preparado, Clinton estudió al individuo, hallándolo de vulgar aspecto, aunque le pareció advertir, sin poder confirmarlo del todo, un bulto sospechoso bajo la axila izquierda. Cosley parecía inofensivo y cualquiera que se hubiera cruzado con él, habría visto a un empleado en una oficina corriente, sin ninguna característica especial en su porte ni en sus facciones.

Acabado el refresco, Cosley se puso en pie.

—Han sido ustedes muy amables. Gracias por todo —dijo, y se encaminó hacia la puerta.

Con la mano en el pomo, se volvió, sonriendo.

—Por cierto —dijo—, ¿no han leído los periódicos?

—No —contestó Clinton—. ¿Qué es lo que ha ocurrido?

—Un terrible accidente —contestó Cosley—. Anoche, alguien, acaso inadvertidamente, dejó abandonado su coche en el centro de la autopista. Un automóvil que venía detrás no lo vio y se estrelló, saltando luego por encima de los acantilados al mar. El vehículo se incendió y murieron sus tres ocupantes.

Cosley meneó la cabeza con pesimismo y murmuró:

—Una terrible tragedia, sí, señor. ¡Vaya! —sonrió forzosamente—. Muchas gracias otra vez, y hasta la vista, amigos.

Hubieron de pasar unos cuantos minutos antes de que ninguno de los dos jóvenes recobrara el habla.

—Bueno —suspiró Clinton—. Ya se fue el espía. Por cierto, ha debido ser un terrible accidente el que nos contó Cosley, ¿eh?

Starling soportó impávida la especulativa mirada que le dirigía el joven.

—Sí, espantoso —comentó, y acto seguido, añadió—: Tengo precisión de trasladarme cuanto antes a Los Ángeles, Clinton, perdón, señor Courtenay.

—Oh, no se preocupe usted por los tratamientos, *Lady Huygens*

—sonrió irónico Clinton—. Bien, tengo aquí detrás un artefacto prediluviano, que acaso no sea el que usted se merezca, pero que, en todo caso tiene ruedas que giran sobre sus ejes.

—Cualquier cosa será buena con tal de llegar a la ciudad.

—Muy bien, pues. De todas formas, habrá que esperar a que ese tipo haya llegado a la autopista. De lo contrario, sería capaz de pedirnos hueco en el coche, ¿no le parece? —Y sin esperar el asentimiento de Starling, Clinton agregó—: Aguárdeme aquí; voy a disponer todo para la partida.

Una hora más tarde, un viejo cupé «Chevrolet» 1936, a bordo del cual viajaba la pareja, salía a la autopista, torciendo en dirección norte hacia la ciudad de Los Ángeles.

Clinton se dio cuenta de que a la joven le ocurría algo, pero no quiso hacer ninguna pregunta sobre el particular, temiendo adentrarse en un terreno para él prohibido.

Por contra, tuvo que contestar a numerosas preguntas que sobre su especialidad le hizo Starling, preguntas a las cuales contestó de muy buena gana, satisfaciendo la, en apariencia, insaciable curiosidad de la joven acerca de aquella rama de la ciencia.

Llevaban ya treinta minutos de marcha cuando, de pronto, Clinton arrojó una mirada casual al espejo retrovisor. Unos momentos más tarde, adquirió la completa certidumbre de que sus sospechas se habían trocado en una absoluta realidad.

—No se alarme usted, *Lady* Huygens, pero lamento tener que comunicarle que nos están persiguiendo —dijo con indiferente tono de voz.

CAPÍTULO III

Clinton observó de reojo a su linda pasajera, advirtiendo cierta crispación en los músculos de sus manos. Salvo esto y una ligera rigidez de su cuerpo, que se envaró, estirándose recto en el asiento, Starling no dio señales de miedo alguno.

—Después de la visita de Cosley, era de esperar —dijo apaciblemente.

Hubo una breve pausa de silencio.

—¿Qué velocidad desarrolla su coche, profesor?

Clinton se echó a reír.

—Unos cien a la hora, con grave peligro de saltar entonces todo por los aires.

—Podía haber tenido usted un vehículo más moderno, en lugar de éste, construido hace ya más de veinte años —se quejó ella.

—Lo siento —repuso Clinton, consultando con frecuencia el retrovisor—. Cada uno posee el coche que puede según sus medios económicos.

Starling enrojeció vivamente.

—Dispénsame, profesor —contestó—. No debí decirle tal cosa... pero la verdad, me he puesto un poco nerviosa.

—Eso no le servirá de nada, *Lady Huygens* —dijo Clinton—. Por ahora parece que sus perseguidores se conforman con no perdernos de vista.

—Quieren averiguar a dónde me dirijo, profesor.

—¿Nada más?

Starling apretó los labios.

—Le ruego no me haga más preguntas, profesor. Hay ciertos asuntos acerca de los cuales no me conviene la publicidad.

—Me lo supongo, *Lady Huygens*. Bien, inevitablemente, ha de llegar un momento u otro en el que hayamos de detenernos. Y entonces, ¿qué?

Ella se encogió de hombros.

—Yo no puedo colocar el coche en medio de la carretera y hacer que se estrelle el que nos sigue —dijo Clinton, tranquilamente, sin dejar de mirar el retrovisor—. Ahora hay mucha circulación y...

—Lo hice para evitar que me siguiera —exclamó Starling con tono concentrado.

—Murieron tres personas —le reprochó él.

—Recibieron su merecido.

—¿Cómo? —se escandalizó Clinton.

—Los mercenarios de la pistola están expuestos a riesgos como el que corrieron —dijo ella, fríamente—. No pueden, pues, quejarse.

Mientras que Clinton y Starling dialogaban, el cupé rodaba a una velocidad moderada de unos setenta kilómetros a la hora, ocupando el lado derecho de la autopista, dejando pasar delante de él a la inmensa mayoría de vehículos de todas clases que, más veloces, ganaban terreno en su ruta hacia Los Ángeles. Y el coche perseguidor les seguía a una distancia de cien metros, manteniéndola con escasas variaciones de proximidad, que para nada influían en su misión de observación.

Quince minutos más tarde, Clinton dijo:

—¿Le gustaría deshacerse de sus perseguidores, *Lady Clinton*?

—Sí, pero...

—Voy a intentarlo.

—¡No! ¡No quiero que corra ningún riesgo por mí, profesor! —exclamó la joven con vehemencia.

—No se preocupe. No hay motivos para alarmarse seriamente y, la verdad, tengo deseos de que usted pueda seguir conservando ese sobre que guarda con tanto celo en su bolso.

Starling apretó el objeto nombrado contra su pecho, haciendo este gesto de manera puramente instintiva.

Luego miró de soslayo a Clinton.

—Es usted un hombre extraño, profesor Courtenay. ¿Forma parte de la parapsicología el defender a las damas?

—No; pero es algo que entra dentro del código de honor de todo buen caballero que se precie de serlo. ¡Ah! ya está ahí lo que buscaba. ¡Agárrese!

Inesperadamente, Clinton golpeó el volante hacia su derecha, casi sin reducir la marcha, y el vehículo se metió, saltando como un

caballo encabritado, por un estrecho caminejo que desembocaba en la autopista.

El camino debía haber servido en tiempos para la circulación de carruajes de tracción a sangre y hacía muchísimos años que apenas si se utilizaba. Sin asfaltar, todavía quedaban en él huellas de rodadas de las viejas carretas que un día habían caminado por encima de él y la vegetación del monte vecino lo había invadido en su casi totalidad.

Brincando como una ballenera en día de borrasca, el cupé recorrió dos docenas de metros, con una sonora y colectiva protesta de todos sus muelles y ballestas, antes de encontrar una especie de pequeña plazoleta, al llegar a la cual, Clinton detuvo el automóvil.

Mientras tanto, el joven dio a grito pelado unas cuantas instrucciones a Starling. Ella asintió y, en cuanto se hubo detenido el cupé, Clinton saltó al suelo, con el revólver de la joven en la mano, en tanto que Starling pasaba al lado del conductor.

Starling hizo virar el coche de modo que presentase su morro hacia la autopista. Terminó la maniobra justo en el momento en que el automóvil perseguidor hacía acto de presencia en el caminejo.

Instantáneamente, Starling arrojó el cupé contra el otro vehículo, un poderoso sedán «Mercury» 1957, pintado ominosamente de negro. Por un instante, las dos máquinas parecieron a punto de chocar.

En el último segundo, el conductor del sedán desvió el coche, saliéndose fuera del camino, en medio de un fuerte crujido de ramas desgarradas y gemidos de sus ballestas. Chirriaron los frenos del «Mercury» y el automóvil quedó clavado en el terreno con sólo las dos ruedas posteriores en el suelo del caminejo.

Éste fue el momento aprovechado por Clinton. Antes de que los sorprendidos ocupantes del sedán tuvieran tiempo de reaccionar, el joven salió de detrás de la espesura, abriendo la puerta delantera del «Mercury».

Clinton tenía el revólver en la mano izquierda y con la derecha sacó, por el cuello, mediante un violento tironazo, al conductor. El hombre intentó defenderse, pero un seco puñetazo que estalló con duro chasquido en su barbilla, acabó en un instante con sus protestas recién iniciadas.

Todavía estaba cayendo el conductor, cuando ya la segunda

puerta del «Mercury» se abrió y el revólver de Starling encañonaba a los dos atónitos pasajeros que viajaban en la parte posterior del automóvil.

—¡Salgan de ahí! —les amenazó el joven, con un tono que no ofrecía el menor género de dudas.

Los dos individuos obedecieron, con la furia y el temor retratados en sus rostros. Uno de ellos era Cosley y su semblante distaba mucho de tener la apacibilidad con que se había mostrado apenas dos horas antes.

—Pongan las manos en la nuca y no intenten moverse —ordenó Clinton—. Este revólver es pequeño, pero muy eficiente a corta distancia.

Starling acudió corriendo. Sin desviar su mirada de los ojos de Cosley y su compañero, Clinton dijo.

—Registre y desarme a ese tipo que está en el suelo, *Lady Huygens*.

Starling obedeció, irguiéndose unos segundos más tarde con una pesada pistola automática en la mano. La joven tiró del cerrojo con enérgico gesto, comprobando la carga del arma.

—Muy bien —exclamó Clinton—. Ahora, *Lady Huygens*, sírvase apuntar a este par de micos, en tanto yo les despojo de sus colmillos.

Entonces fue cuando Cosley recobró el uso del habla, perdido por la rapidez de la acción del joven.

—Me parece que no sólo se está equivocando, sino que, además, se excede, profesor Courtenay. Nos ha tomado...

—Por lo que son, Cosley —dijo secamente Clifton—. Cierre la boca y no hable más que cuando se le pregunte, ¿comprende?

Cosley iba a protestar, pero se lo pensó mejor y apretó los labios, soportando impasible el despojo de que, al igual que su compañero, fue objeto por parte de Clinton, el cual se encontró, al acabar, dueño de una pistola y un revólver, aquella del 45 y este del 38.

—¿Iban de caza usted y sus amigos, Cosley? —inquirió burlonamente Clinton.

—Se está metiendo en un asunto que no le importa para nada, profesor —dijo el aludido, con venenoso acento—. Deje a un lado a *milady* y ocúpese de sus estudios.

Una divertida sonrisa apareció en el rostro de Clinton.

—Ahora estoy en la parte práctica, después de haber hecho la teórica durante una larga temporada. ¿Qué le parece, Starling?

—Estarían muy bien entre cuatro paredes —repuso ella, con duro acento.

—No se preocupe; eso es sólo cuestión de tiempo —dijo Clinton, sin perder su buen humor—. Bien, pues ahora que ya hemos concluido...

—¡Cuidado!

El grito de Starling llegó oportunamente a oídos del joven. Éste volvió el rostro.

—¡Ustedes, no se muevan o disparo! —ordenó Starling, sin perder por un instante la serenidad. Y la energía de su voz y la firmeza con que sostenía en su mano, amedrentaron a Cosley y su compinche, quienes, efectivamente, permanecieron inmóviles mientras Clinton se las entendía con el tercer rufián.

Éste se había despertado bruscamente y, sin pensárselo mucho, había tratado de arrojarle sobre el joven con el fin de desarmarlo.

Pero Clinton reaccionó a tiempo.

Echando una pierna hacia atrás, soportó impávido la acometida del forajido, quien disparó hacia adelante su puño derecho, buscando venenosamente la mandíbula del joven.

Clinton levantó el brazo izquierdo, desviando con facilidad el golpe que le lanzaba el conductor del sedán. Luego movió la mano derecha en un rápido semicírculo horizontal.

La culata del revólver golpeó con fuerza el pómulos del pandillero. Éste lanzó un terrible aullido de dolor, sintiendo que le crujían los huesos y, llevándose ambas manos a la parte afectada, de la cual brotó al instante un arroyo de sangre, se dejó caer de rodillas.

Clinton levantó la suya, golpeando al tipo en la cabeza y tirándolo nuevamente al suelo. El hombre quedó tumbado, con la cara oculta por sus manos, quejándose monótonamente.

—Me parece que es hora ya de acabar con las contemplaciones —dijo el joven con voz dura y, de pronto, sin previo aviso, disparó contra los neumáticos posteriores del sedán, cuyo aire se escapó con rápidos siseos. Cosley maldijo profusamente.

—Ahora descálcese —ordenó Clinton.

—¿Eh? —exclamaron a dúo Cosley y su esbirro.

—Lo que han oído —siguió el joven—. Quítense los zapatos.

—¡Usted no puede hacernos eso! —rugió Cosley—. Usted...

—¡Cállese de una vez y haga lo que le ordeno! ¡Estoy seguro de que usted y sus amigos tienen una magnífica ficha en la Jefatura de Policía! Esto me exime de comentar las pocas molestias que me originarían un par de balas a sus respectivos estómagos.

Cosley y el otro miraron a Clinton, advirtiendo la absoluta seriedad con que el joven hablaba. Convencidos de que no les quedaba otro remedio que obedecer, se sentaron en el suelo y se descalzaron.

Aprovechando la vigilancia de Starling, Clinton quitó también los zapatos al conductor, el cual estaba harto preocupado con su mejilla para intentar una protesta, siquiera fuera verbal, como la estaba haciendo Cosley, por cuya boca salían sapos y culebras.

Clinton contuvo las ganas de estamparle en los labios el caño de su revólver y luego, con rápidos ademanes, arrojó los tres pares de zapatos en el interior de su coche.

—Suba, *Lady Huygens* —dijo, y Starling obedeció, poniendo en marcha el motor del cupé.

Mientras tanto, Clinton fue vaciando los cargadores de las pistolas, arrojando las balas a voleo por entre las matas, con toda la fuerza de que disponía en su brazo. Hizo lo mismo con las armas y después corrió hacia el coche, que arrancó rápidamente de aquel lugar.

Hubo de pasar un buen rato antes de que ninguno de los dos se decidiera a hablar. Starling fue la primera y dijo:

—Se ha portado usted como un valiente, profesor.

Clinton se reclinó hacia atrás, en el asiento, y cerró los ojos.

—No mienta, *Lady Huygens*. En mi vida he pasado más miedo que cuando estaba frente a esos sinvergüenzas.

Starling se sobresaltó visiblemente.

—¿Está usted hablando en serio, profesor Courtenay?

—Me crea o no, ésa es la pura verdad, *Lady Huygens*. Cómo puede comprender, yo no estoy habituado a encuentros de tal índole...

—¿Acaso usted cree que es mi pan de cada día? —Se amoscó la joven.

—Por lo menos, de los últimos días. Parece que el difunto Lord

Huygens dejó las cosas bastante embarulladas, ¿eh?

Starling apretó sus labios.

—No tengo nada que decirle a ese respecto, profesor. Le estoy muy agradecida por todo cuanto hizo por mí, pero en cuanto toca a los motivos que han originado la persecución de que actualmente soy objeto, me los reservo exclusivamente para mí.

—Está bien; no se moleste, *Lady Huygens*. Únicamente trataba de ayudarla...

—Ya lo hizo; y mejor de lo que usted mismo se cree, señor Courtenay. Realmente, no me puedo quejar de haber tropezado con usted, pero una vez hayamos llegado a Los Ángeles nos separaremos y no nos veremos más.

Clinton suspiró profundamente.

—Una verdadera lástima —murmuró, empezando a llenar su pipa, y ya no habló más hasta que Starling detuvo el coche en la confluencia de La Brea con Sepúlveda.

—Adiós —dijo ella, alargando su mano fina y aristocrática—. Gracias por todo de nuevo, profesor.

—Para mí ha sido un placer y un honor conocerla, *Lady Huygens* —contestó el joven.

Clinton recuperó su puesto en el volante y, durante unos momentos, permaneció en actitud ensimismada, contemplando los gráciles andares de Starling, la cual, sin embargo, no caminó mucho. Detuvo un taxi y, montando en él, desapareció de la vista del joven.

Unos segundos más tarde, Clinton ponía en marcha el cupé. Pero no retrocedió a su cabaña en el bosque, sino que se dirigió rectamente a la Biblioteca Municipal.

Permaneció encerrado en ella durante unas cuantas horas. Al terminar, sintió que el estómago le punzaba fuertemente y, cruzando la calle, se metió en un bar cuyas luces de neón empezaban a estallar con polícromos fulgores, luchando victoriosamente contra los últimos resplandores del crepúsculo.

Mientras que tomaba una substanciosa cena, recapacitó.

Starling Huygens era una rica heredera que había tenido el capricho de dorar sus millones con el escudo de arma de los Huygens, una vieja familia inglesa. El apellido de soltera de Starling era Conrahan y había recaído sobre sus lindos hombros todo el peso

de la fortuna adquirida por su padre, fallecido al poco tiempo del matrimonio de la joven, en una serie de afortunadas inversiones, principalmente petrolíferas.

El matrimonio de Starling y Lord Huygens, un atractivo solterón de unos cuarenta años, sin otra fortuna que su tipo y sus blasones, había durado aproximadamente cinco años. Hacía uno escaso que el marido de Starling había fallecido en un accidente de automóvil. Su coche, un veloz «Porsche», se había salido de la carretera a ciento ochenta a la hora y el conductor había muerto instantáneamente.

Ninguna otra información había podido adquirir el joven. Todo cuanto se había escrito o impreso acerca del matrimonio, era perfectamente inocuo y se compaginaba mal con la persecución de que era objeto Starling.

Durante largo rato, después de cenar, Clinton permaneció sentado en su mesa; meditando acerca del mismo asunto y dándole cien vueltas en la cabeza sin que consiguiera otra cosa que una más que regular jaqueca.

Pidió una aspirina, que tomó, después de lo cual pagó la cuenta y se dirigió hacia su coche.

Clinton tenía alquilado un departamento en la ciudad. Era ya tarde para regresar a su cabaña, por lo que, después de comprar los periódicos de la noche, se encaminó hacia su alojamiento.

La Prensa mencionaba el accidente de que hablara Cosley en la sección de sucesos, sin concederle especial importancia. Clinton arrojó los periódicos al suelo y, después de encender la última pipa, se tendió en el lecho.

Era joven y sin preocupaciones, por lo que durmió toda la noche de un tirón. Despertóse relativamente tarde para sus hábitos, pasadas las nueve de la mañana y, mientras que el agua para el café se calentaba en la cocinilla, pasó al cuarto de baño, del que salió media hora más tarde.

Se preparó un buen desayuno que devoró con buen apetito y ya estaba tomándose la última taza de café cuando, de pronto, sonó el zumbador de la entrada.

El cuerpo de Clinton se envaró. Frunció el ceño.

¿Quién podía ser a aquellas horas?

No esperaba ciertamente a nadie, por lo que, como vía de precaución, tomó el revólver de Starling, que se había quedado

descuidadamente y lo dejó caer en uno de los bolsillos de su chaqueta.

Abrió la puerta y escrutó el aspecto del hombre que tenía frente a sí.

Era un hombre joven, unos treinta y cinco años, alto, delgado, con el pelo negro y muy brillante, oliendo intensamente a cosméticos, como si acabara de salir de la barbería.

El aspecto del recién llegado era inocuo, pero quedaba desmentido al fijarse en la vivacidad de sus oscuros ojos, que se movían incesantemente en sus órbitas, observando especulativamente todo cuanto tenían a su alcance. Un fino bigotito orlaba su labio superior y la ropa que vestía indicaba las hábiles manos de un sastre de los caros.

—Perdone —dijo el recién llegado—, me llamo James Huygens y busco al profesor Clinton Courtenay.

El joven parpadeó, pero fuera de esto, no demostró más asombro.

Echándose a un lado, dijo cortésmente:

—Tenga la bondad de pasar, señor Huygens.

CAPÍTULO IV

El visitante tomó asiento y encendió parsimoniosamente un cigarrillo. Después de exhalar el humo, dijo:

—Profesor, habiendo oído mi apellido, puede usted suponerse cuáles son los motivos de mi visita, ¿no?

—Pues no, francamente, no, señor Huygens. ¿Por qué había de suponérmelos? —contestó Clinton, mirando a Huygens por encima de la cerilla con que estaba encendiendo su pipa.

—Quiere usted no suponérselos, lo cual es muy distinto, profesor. Sabe perfectamente que he venido a hablarle de mi prima, *Lady Huygens*...

—¿Su prima? —exclamó Clinton—. Yo creí que era su hermana. Política, desde luego.

El visitante sonrió untuosamente.

—Mi prima, también política, profesor. El padre del difunto Lord Huygens y el mío fueron hermanos.

—Ahora lo entiendo. ¿Y bien?

Huygens aspiró nuevamente el humo antes de continuar.

—Verá usted, profesor. Starling es una mujer joven, y americana por añadidura, lo cual quiere decir, sin ningún género de dudas, que posee un carácter impulsivo, que le hace ejecutar las cosas de un modo brusco, repentino. Con el corazón, como si dijéramos, en lugar de con la cabeza.

—¿Cree usted que el caso de *Lady Huygens* es único? —sonrió Clinton.

—Por supuesto que no, profesor. Pero para mí, sí lo es.

—Hasta ahora, no veo la relación que pueda tener yo con el carácter de su prima, señor Huygens.

—Ninguna, desde luego. Pero usted la conoció hace dos noches. Ella fue a pedirle socorro a su cabaña, pues se había extraviado en el bosque.

—Exacto, señor Huygens —asintió el joven sin perder la calma.

—Pernoctó allí y luego, al día siguiente, ayer, usted la trajo hasta Los Ángeles.

—No es ningún secreto, señor Huygens. Sí, la traje porque ella me lo pidió.

—¿También le pidió que golpeará a Flint Cosley y sus amigos?

—dijo el visitante, intencionadamente.

—¿Quién les ordenó perseguirnos, señor Huygens? —Repreguntó Clinton.

El visitante no hizo el menor caso de la alusión.

—Dejemos esto a un lado, profesor. Dejemos también el hecho de que diera alojamiento a Starling cuando ella se lo pidió. No importa tampoco que usted diera una buena lección a Flint Cosley y sus amigos. Por cierto, que me sorprenden las cualidades atléticas de un estudioso como usted, profesor.

—Fui campeón de mi peso en la Universidad, señor Huygens —sonrió el joven, tirando de la pipa—. Pero, continúe, por favor; lo que me está contando es terriblemente atractivo.

—Gracias, profesor. Bien, no se trata de lo que hizo usted, sino de lo que Starling hizo, cosa que es muy diferente.

—Según a lo que se refiera, señor Huygens, puedo tomarlo como un jeroglífico.

—Oh, yo se lo resolveré enseguida. Además, no se haga el desentendido. Sabe de sobra que se trata de un sobre con ciertos documentos que Starling le entregó a usted para su custodia.

El sobresalto de Clinton fue esta vez tan evidente que provocó una amplia sonrisa de satisfacción en su huésped.

—¿Lo ve usted, profesor? —dijo sonriendo, Huygens.

—Está usted equivocado por completo, señor Huygens —replicó el joven, con calor—. Es cierto que vi el sobre que usted menciona, pero también es falso que ella me lo entregara en custodia.

—Está mintiendo, profesor —dijo Huygens con el tono que hubiera podido emplear un crótalo, sin alzar la voz.

—Tómeselo como quiera, amigo —replicó el joven, sin amilanarse—. Le repito que Starling, perdón, *Lady* Huygens, su prima política, no me dejó nada.

—No le creo, profesor.

—En vista de su actitud, he de decirle que esperaba esta frase.

Bien —suspiró el joven, vaciando la cazoleta de su pipa—, por mi parte, puede adoptar la actitud que mejor desee, señor Huygens. Sobre este desdichado asunto, yo no tengo nada más que añadir, excepto, por si le sirve de alguna ayuda, decirle que *Lady Huygens* se despidió de mí definitivamente, ¿lo entiende? Nos separamos y me dijo que nunca más íbamos ya a vernos.

Por unos momentos, Huygens pareció sorprenderse del firme tono que empleaba Clinton e, incluso, dio a éste la sensación de que creía en sus palabras. Más no tardó mucho en rehacerse y adoptar una nueva táctica:

—Escúcheme, profesor. Sé que usted está haciendo determinados estudios sobre una ciencia nueva o poco menos.

Clinton sonrió benignamente.

—Sí que está usted enterado de mis particularidades, señor Huygens.

El visitante agitó una mano con gesto desdeñoso.

—¡Bah! No tiene importancia. Volvamos a lo de sus estudios. También sé que usted no es hombre rico. ¿Le gustaría proseguir sus estudios sin agobios económicos?

—¿Y a quién no? —sonrió el joven.

—Bueno, entonces, ¿a qué espera? —exclamó Huygens.

—A que me diga usted dónde está el sobre, porque, la verdad, yo no lo sé —declaró con rotundo acento Clinton.

Por un momento, el rostro de Huygens se coloreó de una forma que hacía presumir un ataque de cólera. Después, el visitante se contuvo e inclinándose hacia adelante, inquirió:

—¿Son esas sus últimas palabras, profesor?

—Respecto a este asunto, sí, señor Huygens —y el joven se puso en pie—. Creo que le están esperando a usted.

Huygens entendió la alusión y se incorporó.

—Está bien, profesor. Lamento su terquedad y mucho más aún lamento que no hayamos podido llegar a un acuerdo.

—No sé por qué hemos de convenir algo sobre un objeto que yo no poseo.

—¡Lo tiene usted, profesor! —dijo en tono fuerte, Huygens, perdiendo los estribos por primera vez.

—¿Y cómo está tan seguro de ello? ¿Quién se lo ha dicho? ¿Acaso su prima?

—¡Sí! Es decir —se corrigió el visitante—, no. Starling no tiene el sobre, por lo que, en toda la ciudad de Los Ángeles sólo hay una persona que pueda guardarlo en estos momentos, usted, profesor.

—Es usted muy madrugador para haber investigado tanto a estas horas, señor Huygens. La lástima es que haya perdido usted tan miserablemente el tiempo en lo que a mí respecta. ¡Buenos días!

La última frase la dijo ya con la mano en el pomo de la puerta y Huygens, junto a ella, miró al joven de arriba abajo, con una expresión que no le prometía nada bueno.

Después de unos segundos de silencio, dijo:

—Tendrá usted noticias mías, profesor.

—¿Por mediación de Cosley y compañía?

James Huygens no contestó; calándose el sombrero con gesto brusco, salió del apartamento, dirigiéndose hacia el ascensor con paso nervioso.

Clinton cerró la puerta y, con la barbilla caída sobre el pecho, cavilando sobre todo lo que acababa de hablar con el primo de Starling, se dirigió hacia la mesa, en donde, de modo automático, empezó a recoger los utensilios del desayuno, llevándolos al fregadero.

Cuando terminó, encendió la pipa que sujetó fuertemente entre sus dientes, quedando en pie en el centro de la habitación.

Su mente se debatió en algunas dudas, una de las cuales era ponerse en contacto con Starling y comunicarle lo que le había sucedido tan sólo unos momentos antes. Pero casi enseguida se dijo que ignoraba no sólo su domicilio en Los Ángeles, sino también si vivía en la ciudad. ¿Cómo localizarla, pues, en estas condiciones?

El estallido del teléfono, sobresaltándolo, le sacó de sus vacilaciones. Caminó hacia el aparato, tomándolo con mano firme.

—¿Sí?

—¡Profesor! —Oyó por el auricular una voz conocida—. ¿Está usted ahí, en su casa?

Sin saber exactamente las causas, el joven sintió una enorme alegría al escuchar a Starling al otro lado de la línea.

—Pues, sí; en estos instantes...

—Tengo que hablarle, profesor. Es urgente, ¿comprende?

—¡Vaya! —bromeó Clinton—. A lo que parece, todo el mundo arde hoy en deseos de charlar conmigo.

—No le entiendo, profesor. ¿A qué se refiere usted?

—Su primo, *Lady Huygens*, ha estado aquí a verme y se ha marchado apenas hace un minuto.

La sorpresa de Starling era evidente.

—¿Cómo? ¿James ha estado ahí? —exclamó.

—Exacto. Sin embargo, no me parece muy oportuno repetirle los términos de nuestra conversación por teléfono, *Lady Huygens*.

—Tiene usted razón, profesor. ¿Podría usted venir a verme cuanto antes?

—Anoche dijo usted que ya no nos íbamos a ver nunca más.

Starling dio señales de impaciencia a través del teléfono.

—He cambiado de opinión, profesor. De todas formas, diga...

—Está bien, no se pique usted. Iré a verla. Deme su dirección, por favor.

El joven anotó las señas de Starling en un trozo de papel y luego colgó el teléfono. Se encaminó rápidamente a su dormitorio, terminando de vestirse, hecho lo cual fue hacia la puerta.

Pero alguien, sin embargo, se anticipó a abrirla. Desde el otro lado.

Dos individuos irrumpieron bruscamente en la estancia, amenazando al joven con sendas pistolas automáticas, de tal modo, que Clinton no tuvo tiempo de reaccionar tan siquiera.

De modo maquinal, retrocedió un par de pasos, al mismo tiempo que levantaba las manos y estudiaba a los tan inesperadamente recién llegados.

Los dos tenían el aspecto típico de unos pistoleros a sueldo. Trajes chillones, corbatas estrepitosas y camisas oscuras amén de sendos sombreros de amplias alas caídos sobre los ojos, eran sus características indumentarias más subrayables.

—Así, muy bien, profesor —dijo uno de ellos, sonriendo torcidamente—. Porque usted es el profesor Courtenay, ¿no?

Clinton asintió en silencio.

—Regístrale, Mark —dijo el pandillero que había hablado, y el otro obedeció, retirándose del joven a los pocos momentos con el minúsculo revólver sujeto por los dedos pulgar e índice.

—Fíjate, Frankie —dijo el rufián con una risotada—. ¿Qué te parece el obús?

—Completamente digno de su poseedor —rió el interpelado.

Clinton prefirió callar el hecho de que aquella arma tan diminuta no le pertenecía.

En su lugar, dijo:

—Veo que James Huygens no pierde el tiempo, ¿eh? Fracasaron los procedimientos persuasivos y ahora ha decidido emplear otros, ¿verdad?

Los dos *gangsters* no pudieron disimular la sorpresa que las palabras del joven les causaba.

—¿Cómo ha dicho usted, profesor? —exclamó airadamente el llamado Frankie—. Repítalo.

—He dicho —contestó Clinton con paciencia—, que James Huygens no pierde el tiempo.

—¿Es que ha estado aquí ese canalla? —rugió Frankie.

Ahora el sorprendido fue Clinton, quien no pudo evitar que se le escapara una pregunta.

—¿Cómo? ¿Acaso no trabajan ustedes para él?

—¡No! —chilló Frankie—. Y puede dar gracias a que no le hayamos pescado aquí, de lo contrario...

—Frankie —dijo Mark, secamente—, mejor actuar que hablar. Vamos al grano.

—Tienes razón, Mark. Profesor, ¿a qué vino Huygens aquí?

—¿Puedo saber, antes de contestar a esa pregunta, cuál es el objeto de su visita? —Repreguntó Clinton.

—Demasiado lo sabe usted, profesor —gruñó Frankie—. Vamos, pronto; lárguenos el sobre que le entregó anoche *milady*.

Clinton emitió un suspiro de resignación.

—¡Dichoso sobre! —exclamó—. ¡Lo que daría yo por saber lo que contiene!

—Mejor para usted si lo ignora. Ese sobre tiene dinamita dentro, ¿comprende, profesor?

—Parece que sí. Por eso no lo he abierto hasta ahora —bromeó Clinton, quien, notando que empezaba a cansarse, preguntó—. ¿Puedo bajar los brazos, caballeros?

—¡No! —chilló Frankie—. Vamos, profesor, el sobre, ¡pronto!

Clinton trató de despistarlos.

—Se lo llevó Huygens —mintió.

—¡Eso no es cierto! ¡Usted nos está engañando!

—¿Quién engaña a quién? Están tratando de aparecer como si

no obedecieran a Huygens, pero ¿puedo creerlo? ¿Acaso sé si ese caballero no trata de cubrirse, Habiéndoles ordenado que finjan no trabajar para él?

—Todo eso nos importa un pepino, profesor. Queremos el sobre y lo tendremos al precio que sea.

—Mal asunto, entonces, amigos, porque les digo desde aquí, ya que yo no tengo ese sobre.

Frankie miró a Clinton con rabia no disimulada y luego, de pronto, dijo en tono perentorio:

—Vuélvase, profesor.

Clinton parpadeó.

—¿Qué? ¿El tiro en la nuca?

—No se preocupe, profesor; *por ahora* —y el pandillero subrayó la palabra—, no pensamos agujerearle. ¡Vuélvase!

Clinton vaciló un segundo, pensando si le sería conveniente abalanzarse sobre Frankie, pero éste pareció adivinarle el pensamiento y sonrió diabólicamente.

—No lo haga, profesor, no lo haga. Diariamente gasto un par de cajas de cartuchos en ejercicios de tiro para mantener la buena forma, ¿comprende? Vamos, de media vuelta.

El joven obedeció y no le extrañó mucho sentir un segundo más tarde una violenta explosión junto a su oreja derecha que le llenó de luces el cerebro, luces que unos segundos más tarde fueron substituidas por una negrura total.

Cuando se despertó, notó un terrible dolor de cabeza en la parte afectada.

Por unos momentos permaneció quieto, dándose cuenta vagamente de que se hallaba sobre su propio lecho, tratando de recobrar la normalidad de sus reacciones mentales.

Poco a poco, la claridad se fue haciendo en su cerebro. Se dijo que una ducha fría sería lo más conveniente para aliviar aquel horrible dolor que sentía, y al intentar sentarse en el lecho, vio que no podía hacerlo.

Comprobó, con no poca sorpresa por su parte, que no podía moverse. Algo se lo impedía.

Hizo un esfuerzo con las manos, dándose cuenta de que, al igual que los pies, las tenía fuertemente atadas y, por el tacto, se dio cuenta de que los pandilleros habían empleado tiras de sábana, que

habían usado pródigamente, convirtiéndolo en poco menos que una salchicha.

Haciendo un esfuerzo sobre sí, levantó la cabeza y entonces advirtió con enorme sorpresa que apenas podía ver nada. Pero esto no se debía a ningún accidente físico, sino a una casi absoluta carencia de luz.

¡Había estado desvanecido durante casi todo el día!

Muy fuerte debía haber sido aquel golpe, cuando sus efectos habían sido tan persistentes. El crepúsculo estaba cediendo paso a la noche y dentro de unos momentos, la oscuridad sería total.

No obstante, Clinton pudo advertir el absoluto desorden que reinaba en la habitación. Esto le dijo que Frankie y Mark habían registrado su apartamento de cabo a rabo, por supuesto que sin resultado práctico, pues él no tenía el sobre.

Se lamentó amargamente.

—¡Vaya una gracia! —murmuró para sí—. Esa muchacha se ha sabido sacudir bien las pulgas y echármelas todas encima, con su truco de que no tiene el sobre. En cuanto la vea...

Clinton se interrumpió. Unos pasos acababan de sonar en la estancia inmediata.

Alguien encendió una luz y soltó una exclamación involuntaria al ver el desorden que también reinaba allí afuera.

El joven se dijo que, amigo o enemigo, lo que más le convenía de momento era que le soltasen, pues la cabeza le seguía doliendo y quería aliviar aquel tormento.

En consecuencia, pues, alzó la voz.

—¡Eh! ¿Quién anda ahí?

Una voz gritó:

—¡Clinton!

—¡Starling! —exclamó el joven, sin poder contenerse.

Ruido de tacones moviéndose apresuradamente se oyó al instante. La joven dio media vuelta al interruptor y un chorro de luz cayó sobre los ojos del dueño del piso, obligándole a cerrarlos por unos momentos.

—¡Clinton! —exclamó ella, aturdida por la sorpresa.

El joven abrió los ojos, parpadeando unos segundos para acostumbrarse a la violenta iluminación.

—El mismo, Starling... digo *Lady Huygens* —murmuró

amargamente—. Aquí me tiene usted, atado como un trozo de carne antes de ir al horno.

Estas palabras hicieron salir a Starling del estado de atonía en que había caído. Se acercó al lecho y trató de deshacer los nudos, pero eran demasiado sólidos y tuvo que desistir.

—Vaya a la cocina —le aconsejó Clinton—; allí encontrará algo cortante.

Starling asintió, regresando unos segundos más tarde con un cuchillo en la mano.

Pocos segundos después, Clinton estaba libre y se sentaba en el borde del lecho, frotándose las doloridas muñecas.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó ella.

—Ya puede verlo —contestó el joven, haciendo una mueca, al mismo tiempo que ensayaba ponerse en pie, cosa que consiguió no sin un par de denodados esfuerzos—. Alguien vino, me pidió una cosa que yo no tengo y, como mis palabras no le convencieron, me golpeó hasta desvanecerme, atándome después. El resto... bien, usted lo tiene a la vista, *lady* Huygens.

—Llámemme Starling a secas, Clinton —dijo ella—. ¿Y qué más?

El joven la miró con aire de sorpresa.

—¿Qué más? ¿Es que le parece poco? ¿Está contenta por haberme endosado el asunto del sobre, verdad?

—Oh, Clinton, no me lo reproche, por favor. Además, yo no dije nunca que lo tuviera usted. Me limité a manifestarle que no sabía dónde estaba. Y —aquí la joven sonrió maliciosamente—, en el momento actual no sé dónde está.

—Pues mire usted, Starling; el asuntito del sobre es algo que no me interesa en absoluto. Lo único que quiero es que usted, su primo y sus compinches me dejen en paz.

Una sombra de pesar oscureció el bellissimo rostro de Starling.

—Lo siento, profesor, créame que lo siento de veras. Si con mi actitud le he causado algún perjuicio, estoy dispuesta a indemnizarle...

Clinton hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—¡Bah! Déjelo, no tiene importancia. Sus dólares no me curarán este golpe que me propinaron. Con un par de aspirinas y una buena ducha fría quedaré como nuevo. Eso es todo cuanto necesito.

Y sin más, tratando de afirmar los todavía vacilantes pies en el

suelo, Clinton se dirigió hacia el cuarto de baño.

Media hora más tarde, salía de allí con mucha mejor disposición de ánimo que al entrar. El golpe no había causado otra cosa que una simple hinchazón de los tejidos, que el agua fría había reducido en gran parte.

Cuando llegó al *living*, se detuvo, enormemente sorprendido.

Todo estaba ya en orden, como si no hubiera ocurrido nada. Mientras él permanecía bajo el agua, Starling había recogido todo, colocándolo de nuevo en su sitio.

Y, además, la mesa estaba puesta, con dos cubiertos preparados.

Antes de que Clinton pudiera decir nada, Starling salió de la cocinilla con una fuente humeante en las manos.

Le sonrió de modo encantador y el joven la halló más hermosa que nunca, a pesar de su sencilla indumentaria, cuya sencillez, sin embargo, sólo podía engañar a un lego, pues era de carísima factura; Consistía en un traje negro, de falda amplísima, acampanada, con la parte superior muy ceñida al talle, y en la que se abría un discreto escote en uve que dejaba ver el nacimiento de unos hombros de perfecto diseño. Un simple pero valioso collar de perlas y un reloj-brazalete de oro eran las únicas joyas que completaban el atavío de la joven.

—Bien —exclamó ella, sonriendo deliciosamente—; por lo menos, trataré de reparar en parte mis faltas, ¿no le parece?

Clinton aspiró el aire.

—¡Mmmm...! ¡Esto parece un banquete de Lúculo, Starling! ¿De dónde lo ha sacado usted?

—¿Acaso piensa que sólo soy mujer capaz de lucir en sociedad, Clinton? —sonrió ella, disponiéndose a servir la cena.

El joven se sentó, desplegando la servilleta.

—En estos momentos, mi pensamiento sólo tiene lugar para ese manjar de dioses que usted ha preparado.

—Le falta el champaña —se quejó ella—. La cerveza no pega, Clinton.

—Lo siento, pero deberá acomodarse a las circunstancias, Starling.

—¡Qué remedio! —suspiró ella.

Clinton cenó con apetito, lo mismo que la joven, quien no parecía sentir preocupación alguna por su línea. Al terminar,

Starling recogió lo cacharros y sirvió el café.

—La próxima vez, procure ser un mejor dueño de casa, Clinton —le reprochó ella—. Unas gotas de *brandy* nos sentarían ahora muy bien.

—Hay *whisky*, Starling.

Ella hizo una mueca de desagrado.

—Cada cosa a su hora —dijo, prendiendo fuego a su cigarrillo, en tanto que él lo hacía con su pipa.

Después de unos momentos de silencio, Clinton dijo:

—Bien, y ahora que ya estamos listos, ¿podría saberse qué es lo que causaba en usted tanta urgencia esta mañana? ¿Por qué verme con tanta prisa?

—Pues, verá... Clinton, quería hablarle del sobre.

—Ayer dijo que no quería publicidad sobre ciertos asuntos, Starling.

—Y así es —replicó ella acaloradamente—. Sin embargo...

—Usted no quiere publicidad y ya hay un montón de gente que anda detrás del famoso sobre como si lo hubiera usted anunciado en los periódicos y de paso, ofreciendo una recompensa de un millón de dólares.

—¿Qué le dijo James?

—Puede usted figurárselo, Starling. Si usted le dijo que no lo tenía, su primo, sabiendo que usted y yo habíamos estado juntos, dedujo que debía estar en mi poder.

Starling volvió a sonreír.

—Y, claro, se tuvo que ir de vacío.

—¿A qué otra cosa podía aspirar, si no? Starling, sea buena y dígame qué es lo que hay dentro del sobre —suplicó él.

La joven denegó con la cabeza.

—Por favor, Clinton; no compliquemos las cosas aún más de lo que ya están. Cuanto menos sepa del asunto, mejor para usted.

—Posiblemente sea lo mejor —dijo ácidamente Clinton—. Si no sabiendo nada, me ha ocurrido todo lo que usted ha podido ver, ¿qué hubiera pasado hallándome enterado a fondo del asunto? Los dos pandilleros que me atacaron y me ligaron dijeron que dentro del sobre había dinamita.

—Para ellos, o mejor dicho —rectificó la joven—, para mi primo James.

Clinton movió la cabeza de derecha a izquierda.

—Lo siento, Starling, pero según pude deducir, esos individuos no tenían nada que ver en absoluto con su primo. Al menos, así lo declararon ellos, añadiendo que sería muy conveniente para James no tropezárselos.

Los ojos de Starling se dilataron a causa del asombro que le habían producido las palabras del dueño de la casa.

—¿Cómo? —exclamó—. ¿Es posible tal cosa, Clinton? ¿Está seguro que no los envió James?

—Me remito a sus manifestaciones, Starling. Si mintieron o no, eso es lo que ya no puedo asegurar.

Starling se mordió los labios pensativamente, permaneciendo silenciosa unos momentos. Mientras, Clinton la observó al mismo tiempo que fumaba en actitud expectante.

—No puedo creerlo —declaró ella al cabo—. Que yo sepa, James es, por ahora, el único que podría tener interés en el contenido del sobre. ¿No será que esos rufianes quisieron descargar a mi primo de su responsabilidad?

—Ya lo sugerí yo, pero ellos lo negaron rotundamente. Según sus palabras, el primo James debiera esconderse a cien codos bajo tierra para no...

Clinton se interrumpió súbitamente. Starling le miró asombrada.

—¿Qué ocurre, Clinton?

Pero el joven no contestó. Incorporándose, se puso en pie y caminó de puntillas hacia la puerta, tomando el pomo con la mano en absoluto silencio.

Permaneció así unos segundos hasta que, de pronto, con gesto brusco abrió la puerta.

Un hombre, perdido el equilibrio, irrumpió violentamente en la estancia, trastabillando hasta llegar al centro de la misma.

CAPÍTULO V

Instantáneamente, Clinton se arrojó sobre el desconocido, sin darle tiempo a recuperarse.

Tomándole por el cuello de la chaqueta, le golpeó en el estómago, haciéndole doblarse sobre sí mismo. Acto seguido, volvió a levantar el brazo, pero Starling se lo impidió con un grito.

—¡Quieto, Clinton! ¡Por favor, no le pegue más!

El joven se volvió a mirarla, sujetando aún al recién llegado, que se cubría la parte afectada con ambas manos.

—¿Qué es lo que está usted diciendo, Starling? ¿Es que no se ha dado cuenta todavía de que este tipo nos estaba espiando?

Starling trató de disimular una sonrisa sin conseguirlo del todo. Pero antes de hablar, se dirigió hacia la puerta, cerrándola cuidadosamente.

Apoyándose en la pared, dijo:

—Suéltelo, Clinton. Suéltelo y no tema. El señor Petersen no es lo que usted se está figurando.

—Pues si no lo es —dijo hoscamente el joven—, al menos lo parece. ¿Qué es eso de andar escuchando a través de las puertas?

Clinton empujó al llamado Petersen hasta una silla, en la cual le obligó a sentarse.

—¡Caramba, amigo! —exclamó jadeante Petersen—. Vaya unos puños que se gasta usted.

Starling se acercó renuientemente, una de sus manos apoyadas en la cadera. Con la otra sirvió un vaso de *whisky* a Petersen.

—Toma y bebe, Johnny —dijo—. ¿Qué hacías tú por aquí?

El ulular de una sirena que se acercaba demoró un tanto la respuesta de Petersen, el cual, según pudo advertir Clinton, era joven y apuesto.

La sirena acreció el volumen de su sonido, pasando por debajo de las ventanas del apartamento. Luego, su estridente chillido murió

y entonces fue cuando Petersen dio una respuesta.

—Verás, Starling, yo... —Y se detuvo, enrojeciendo.

—Vamos, Johnny; puedes hablar perfectamente en presencia del profesor Courtenay, dueño del apartamento. ¿Qué es lo que venías a hacer aquí?

Otra sirena rugió en la noche.

—Mira, Starling; tú sabes de sobra que yo... que tú... Fui a verte esta noche y llegué a tu casa justo en el momento en que salías con el coche. Era ya tarde para detenerte y... bueno, tendrás que dispensarme, pero ya conoces mis sentimientos hacia ti. Pensé... no lo sé... Te seguí y vi que te metías en este edificio... Bueno, si tú quieres al profesor...

Starling enrojeció, al mismo tiempo que evitaba la mirada de Clinton.

—Te equivocas, Johnny —dijo—. Entre el profesor y yo no hay otra relación que una buena amistad... y los asuntos de que tratábamos aquí no tienen ninguna importancia. Por supuesto, tampoco te quiero a ti... bien, Johnny, quiero decir que tú y yo somos también buenos amigos...

—Dispénsame, Starling; pero no pude evitarlo —contestó Petersen, recobrándose por momentos—. He... he amado a otras mujeres, pero ninguna me ha inspirado los sentimientos que me has inspirado tú... y jamás hasta ahora había sentido celos. Me he portado como un estúpido; lo sé, pero no he podido remediarlo.

—En lo que a mí respecta, señor Petersen —terció Clinton—, puede usted ahorrarse los celos. Entre *Lady Huygens* y yo no hay nada que no sea una simple amistad, lo cual, por cierto, me ha acarreado algunos disgustos que de otra manera habría evitado con toda seguridad.

Starling se amoscó por las palabras del joven, pero no pudo reprochárselas porque, evidentemente, encerraban una buena dosis de razón.

Petersen se puso en pie.

—Lo siento —dijo, y repitió—: Lo siento y les ruego me excusen. Les dejaré sigan con su conversación y... ¿Cuándo podré verte, Starling?

—Ya sabes dónde vivo, Johnny —contestó ella con cierta sequedad.

Petersen se encaminó lentamente hacia la puerta, con la cabeza inclinada.

Al llegar allí se detuvo, vaciló y luego giró sobre sus talones.

—Lamento de veras lo ocurrido, Starling. Pero créeme que lo hice porque te amo de veras.

—Gracias, Johnny. Quisiera poder corresponder a tus sentimientos, pero... Tampoco, por supuesto, puedo darte una negativa rotunda.

—Lo dices por consolarme, Starling —sonrió Petersen tristemente—. Eres muy buena conmigo y te lo agradezco infinitamente. No obstante... soy paciente y espero que el tiempo haga variar tus sentimientos hacia mí.

—Pudiera ser, Johnny —repuso cautamente ella, respirando con infinito alivio cuando la puerta se hubo cerrado a espaldas de Petersen.

Para salir de aquella situación tan embarazosa para ella, Starling tomó un cigarrillo que encendió, aspirando fuertemente el humo.

Clinton empezó a cargar su pipa, contemplándola con aire irónico.

Ella se dio cuenta y se enojó.

—No me mire así, Clinton —dijo, impaciente—. A fin de cuentas, no soy tan fea ni tan vieja como para que los hombres no se fijen en mí, ¿verdad?

—Oh, no, claro que no. Por el contrario, ¿no se presentó ninguna vez a un concurso de belleza, Starling?

Otra sirena ululó en la noche. Antes de contestar, la joven, curiosa, se acercó a la ventana, mirando a través de los vidrios.

—¡Caramba! —exclamó—. Sí que debe ser importante ese incendio.

Clinton, intrigado por el estrépito que llegaba del exterior, se acercó también a la ventana.

Desde allí, a unos cuantos pisos sobre el nivel de la calle, se podía ver en magnífica posición el espectáculo. Un enorme edificio, de varias plantas, ardía furiosamente, en tanto que los bomberos, cuyo número y material acrecía por momentos, trataban de dominar la situación. El edificio que ardía no estaba situado exactamente frente a la ventana, sino un par de manzanas más abajo, en el lado opuesto de la calle.

De pronto, Clinton, sin poderse contener, soltó una exclamación.

—¡Cielos!

—¿Qué le ocurre ahora? —preguntó Starling, extrañada.

—Pues... que me voy a quedar sin coche. Nada más ni nada menos, Starling.

Los ojos de la joven se desorbitaron al oír las precedentes palabras de su huésped.

—¿Cómo ha dicho? Repítalo, por favor, Clinton.

—Ya lo ha oído, Starling —replicó él, con el ceño fruncido, mordiendo fuertemente la pipa con sus dientes—. Ese edificio que ve usted arder ahí es el garaje donde yo guardo mi coche.

—No... no es posible... —balbució ella, lívida, sin que Clinton se diera cuenta del raro aspecto que ofrecía el rostro de Starling.

—Así es —continuó él, indiferente hasta cierto punto—. En esta casa no hay sitio para guardar los coches, por lo que el mío se queda, cuando vivo en la ciudad, en el garaje que ahora está ardiendo por los cuatro costados. Bueno —suspiró Clinton filosóficamente—, está asegurado... aunque bien poco dinero me darán...

—¡Clinton! —exclamó la joven con extraño acento.

Courtenay no pudo por menos de volverse y ver que el labio inferior de Starling temblaba perceptiblemente.

—Pero, criatura, ¿qué le está ocurriendo ahora? ¿A qué vienen esos temblores? ¿Tanta importancia le da usted a un coche de hace veinte años? Yo soy el que debería preocuparse, porque no sé cómo me las voy a arreglar para comprarme otro... y usted...

—¡Clinton, usted no me ha comprendido!

El joven sacudió la cabeza.

—Ni la comprenderé en tanto no se explique usted más claramente, Starling. ¿Cree usted que...?

—¡Clinton! —repitió ella por tercera vez, con un acento lleno de angustiosos trémolos—. ¡El sobre!

—¿Él... sobre? —Y por primera vez el joven empezó a sospechar la verdad de lo que estaba pasando.

Casi sin fuerzas para hablar, ella movió la cabeza de arriba abajo, afirmativamente.

—Sí, Clinton —dijo, a punto de echarse a llorar—. El sobre... lo dejé yo en su coche... sin que usted se diera cuenta... detrás de los

cojines del respaldo.

Los ojos del profesor se dilataron al escuchar las entrecortadas frases de la joven, quien parecía estar a punto de desmayarse. Por unos momentos la contempló con aire incrédulo, pero no tardó mucho en reaccionar y salir de su atonía.

—¡Vamos, Starling, deprisa! —exclamó, tomándola por un brazo.

Atravesaron la habitación corriendo y ella, al pasar por una silla que había junto a la puerta, aún tuvo tiempo de tomar su chal y el bolso que había dejado sobre la misma.

Salieron del apartamento, precipitándose al ascensor.

Una vez en la calle, se vieron inmersos de lleno en el espantoso jaleo que había provocado el aparatoso siniestro. El tránsito había sido obstruido totalmente, y la policía de uniforme, guardando el orden, hacía permanecer a los curiosos a buena distancia, con el fin de no obstaculizar la acción de los bomberos, cuyos esfuerzos se reducían, prácticamente, a evitar que el fuego se propagara a los edificios colindantes. Las llamas alcanzaban una enorme altura y enrojecían la noche.

Clinton y Starling se aproximaron al punto más cercano al incendio. Un policía uniformado les rechazó.

—¡Atrás, atrás! ¡No se puede pasar! ¡Circulen, por favor!

—¡El sobre! —murmuró sordamente la muchacha, cuya palidez quedaba completamente disimulada por el enrojecimiento que en su rostro provocaba el resplandor de las llamas.

—Me parece que, sea lo que sea, se habrá quedado usted sin él, Starling —dijo el joven, quien añadió entre dientes—: Y no se crea que no se lo tiene bien merecido. Si al menos me hubiera avisado de lo que iba a hacer.

—Oh, Clinton —exclamó ella, desmoralizada—. ¿Cómo iba a contar yo con este incendio?

—Tampoco yo y... ¡Ah! ¡Aguarde un momento!

Clinton soltó a la joven y dio un par de pasos hacia adelante. El guardia trató de cerrarle el paso, pero el joven, sin amilanarse, apoyó ambas manos en sus hombros y lanzó un grito.

—¡Señor Coplan! ¡Señor Coplan! —gritó a voz en cuello, tratando de dominar el estruendo.

—¡Bájese de ahí! —rugió el guardia, congestionado por la ira.

Separándose de él, Clinton le dedicó una amistosa sonrisa.

—Dispéñseme, guardia, pero es que... ¡Señor Coplan!

Un hombre de mediana edad, sudoroso, jadeante, con la cara y las ropas tiznadas, vino hacia él. Starling, lógicamente intrigada, se aproximó también al pequeño grupo.

—¡Señor Courtenay! —exclamó Coplan.

—¡Mi coche! ¡Estaba ahí dentro... y guardaba en él unos documentos importantísimos!

—¡Mi ruina! —exclamó el hombre—. ¡Esto es mi ruina...! ¿Ha dicho usted su coche, señor Courtenay?

—Sí, señor Coplan. Habrá ardido con los demás, ¿verdad? —Y antes de esperar la respuesta, Clinton se volvió hacia la joven—. Starling, el señor Coplan es el dueño del garaje. Siento mucho lo que le ocurre...

El hombre esbozó una sonrisa, que más era una mueca.

—Las compañías de seguros tendrán algo que decir sobre el asunto, señor Courtenay.

—¿Cómo? —se asombró éste—. ¿Acaso sospecha usted que el fuego ha sido intencionado?

—No estoy muy seguro de ello, pero sí puedo anticiparle que las medidas contra incendios estaban muy bien tomadas en mi garaje, señor Courtenay.

Clinton y Starling se miraron con aire cómplice. Sin embargo, Coplan aún tenía algo que decirles.

—De todas formas, usted, señor Courtenay, está de suerte.

—¿Eh? —exclamaron Clinton y Starling al unísono.

—Sí —prosiguió el dueño del garaje—. Antes de abandonarlo, pudimos salvar algunos coches, entre ellos el suyo. Están en el solar que hay una manzana más abajo y... ¡Eh! ¡Oigan! ¿Qué les ocurre?

Pero ni Clinton ni Starling oían ya las llamadas de Coplan. Apenas pronunciadas las últimas palabras, los dos habían echado a correr, salvando como podían el natural tumulto que había organizado un incendio de aquella magnitud, cuyos trágicos fulgores llegaban a gran distancia.

Mientras corrían hacia el lugar que les había señalado Coplan, Starling preguntó a gritos:

—Clinton, ¿cree usted que mi primo ha podido ordenar el incendio del garaje?

—¿Y por qué había de hacerlo él? ¿Es que sabía que el sobre se hallaba dentro del coche? Y aunque así fuera, ¿no le hubiera sido más sencillo apoderarse de él?

—Pero también pudo hacerlo y luego, para disimular y que yo ignorara que él se había apropiado del sobre, hacer arder el garaje —objetó la joven—. Lo lógico es que yo pensara que el sobre se había quemado con el automóvil, ¿no?

—Sea lo que sea, no contó con que los hombres de Coplan salvaran algunos coches, entre ellos el mío. De todas formas, ¿cómo pudo James saber que el sobre se hallaba dentro del auto?

—Porque no lo halló en su casa, Clinton. Entonces, se le ocurriría mirar dentro del coche y...

—Eso supondría que los dos individuos que me golpearon debían estar en contacto con él o a sus órdenes. Pero parecían tener muchas ganas de topárselo, Starling.

—Ya le dije antes que bien pudieron desempeñar el papel de enemigos para despistar... ¡Ah, ya está aquí el solar!

La pareja refrenó un tanto su carrera, cruzando luego al otro lado de una delgada tapia de ladrillos, que delimitaba el liso espacio de un solar destinado a la edificación, en el cual se habían guardado hasta treinta o treinta y cinco coches de los que se cuidaban en el garaje. Aparte del resplandor de las llamas, que alcanzaba a gran altura, la iluminación de la calle era buena y permitía una fácil visión de las cosas.

Había bastante gente pululando en torno de los coches y Clinton supuso que debía tratarse de los propietarios, que averiguaban los posibles daños que aquéllos habían sufrido. También se encontraban algunos empleados del garaje, entre ellos el encargado, atendiendo las reclamaciones que se les hacían, y Clinton, sin entretenerse en más, se dirigió hacia el hombre, siempre en unión de Starling.

Pero en el momento en que la pareja iba a alcanzar a su hombre, un par de faros se encendieron a poca distancia, deslumbrándolos con su potente resplandor.

Clinton y Starling se detuvieron unos segundos, escuchando el rugido de un motor que se ponía en marcha.

Un claxon atronó el espacio. Alguien gritó:

—¡Cuidado! ¡Échense a un lado!

Instintivamente, Clinton tomó a la muchacha por un brazo y tiró de ella con violencia, apartándola a un lado, justo en el momento en que un coche, conducido de una manera poco menos que suicida, pasaba rugiendo por su lado.

Clinton emitió algunas interjecciones muy poco acordes con su profesión, echando mil pestes de aquel descuidado a quién la vida de sus semejantes tan poco parecía importarle, pero casi no había empezado a hablar, cuando sus ojos estuvieron a punto de salirse de las órbitas.

—¡Mi coche! ¡Ladrones! ¡Se me lo llevan!

—¡No! —gritó Starling—. ¡Clinton, eso no es posible!

—¡Mírelo usted! ¡Eh, oiga, que ese coche no es suyo! ¡Deténgase, ladrón, canalla!

Atraído por el estrépito, algunos hombres se le acercaron. Uno de ellos era el jefe de personal del garaje, quien conocía al joven.

—¿Qué le ocurre, señor Courtenay?

La mano del joven se tendió hacia la brecha abierta en el solar para el paso de los vehículos, justo en el momento en que su automóvil, conducido por alguien a quién no conocía, doblada la esquina y salía a la calle.

—¡Mírelo usted, Maurice! ¡Ese bandido...!

—¡Clinton! —exclamó angustiada la muchacha—. Hemos de hacer algo...

—Maurice —dijo el joven, dirigiéndose al jefe de personal—. Tengo en mi coche unos documentos importantísimos, que se han salvado de milagro y me interesa enormemente recuperarlos.

—Oh, no se preocupe por ello, señor Courtenay. Venga conmigo.

Maurice se llevó consigo a la pareja, deteniéndose unos metros más adelante.

—Tome este coche; es el del propio señor Coplan. Tiene suficiente gasolina y...

Pero los dos jóvenes ya no oían a Maurice; se estaban instalando a toda prisa en el interior del automóvil, un «Edsel 57» y, aunque Clinton fue rápido, ella lo fue mucho más y tomó los mandos del vehículo.

El automóvil arrancó de un saltó, precipitándose a la calle. Viró con un hondo gemido de sus llantas y Starling, abriendo por completo el gas, se lanzó en persecución del «Chevrolet».

La arrancada fue tan brusca, que Clinton fue despedido contra el respaldo del asiento. Antes de que pudiera recobrar la respiración, el «Edsel» ya corría a toda velocidad por las calles de la ciudad, desafiando todas las reglas del tránsito, en persecución del cupé, cuyas luces de cola se veían delante de ellos.

La joven aferró el volante fuertemente con ambas manos.

—No se preocupe, Clinton —dijo—. En cuanto hayamos salido a terreno descubierto, lo alcanzaremos fácilmente. Por ahora, lo que más nos conviene es no perderlo de vista.

—¿Estará James a bordo del cupé? —preguntó Clinton, empezando a recuperarse.

—O James o alguno de sus esbirros, Clinton —repuso ella.

—Según parece, los lazos de amistad, ya no digamos de parentesco, que los unen a ustedes dos, no son muy afectivos que digamos, ¿eh?

—Me odia —laconizó la joven.

Clinton lanzó un agudo silbido.

—¿De veras, Starling? ¿No confundirá usted los sentimientos?

Ella no le miró; toda su atención estaba centrada en los dos puntos rojos que tenía ante sus ojos. Podía haber alcanzado el cupé fácilmente, pero estaban en una zona de abundante tránsito y aumentar la velocidad hubiera podido llamar la atención de algún policía caminero.

—No, no hay confusión posible, Clinton —dijo ella secamente.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Yo me casé con su primo... porque era guapo, buen tipo... y tenía un título inglés de nobleza, aunque era pobre como las ratas. Y yo tenía dinero —contestó ella con brutal franqueza—. Ya ve usted, Clinton, que no le oculto nada.

—Entiendo —dijo él suavemente—. Y James fue el pretendiente desdeñado, ¿verdad?

—Exactamente. Y no sólo eso, sino que sabe, además, que nunca me casaré con él. En estas condiciones, es, pues, lógico que me odie.

Clinton asintió y, después de unos segundos de silencio, inquirió:

—¿Y Petersen?

Ella hizo un gesto de indiferencia.

—¡Bah! Un buen muchacho, un excelente amigo... y nada más. Hemos salido unas cuantas noches a cenar, hemos bailado juntos en

«Ciro's»

y en el «Cocoanut Grove» y esto le ha hecho concebir ciertas ilusiones que yo no he alentado, ni mucho menos.

—Pues él bien se lo ha creído, Starling.

—Bueno, ¿y qué? Ya se lo dije bien claro esta noche, ¿no? Yo no comprendo cómo un hombre con el que solo...

Clinton sonrió.

—Es que usted está en la acera de enfrente, Starling, y no se ve. Usted es joven, rica, libre y hermosa, y éstas son cuatro condiciones capaces de volver loco al hombre más sensato. ¿Iba a ser Petersen una excepción, máxime cuando su conducta con él pudo darle ciertos alientos?

—Yo tenía ganas de distraerme y necesitaba un acompañante; eso es todo.

—¡Vaya! —exclamó Clinton—. Me alegro de conocer sus opiniones, Starling.

—¿Por qué dice eso? —exclamó ella, muy sorprendida, mirándole por primera vez desde que tomara el volante.

—¡Cuidado! ¡Atienda al coche y no me mire! —gritó el joven, extendiendo el brazo izquierdo y corrigiendo una falsa maniobra de Starling.

—Responda usted a mi pregunta, Clinton —dijo ella, después de haber obedecido.

—Digo que me alegro de conocer su forma de pensar, Starling, para así saber qué hacer.

La joven apretó los labios.

—No es usted muy galante que digamos, Clinton.

—Sobre este tema tendríamos mucho que discutir, muchacha, aunque yo creo que éste no es el momento más adecuado para hacerlo. Observe que ya nos vamos alejando de la zona urbana. ¿Qué le parece si aumenta un poco la velocidad y trata de alcanzar a mi cascajo?

Ella asintió.

—Muy bien —dijo—; trataré de hacerlo. Mientras tanto, usted entreténgase en abrir mi bolso. Tal vez necesitemos algo que yo guardo en él.

Clinton obedeció, extrañándose al notar el peso del objeto mencionado. Pero su extrañeza se disipó instantáneamente cuando,

al abrirlo, vio en su interior un pavonado revólver del 38.

—¡Bien! —exclamó, punto menos que atónito—. Me deja usted de una pieza, Starling. ¿Tiene en su casa una armería?

—No quiero que me tomen desprevenida, eso es todo, Clinton. Y usted se quedó con el otro...

—No, yo no; fueron aquella pareja que se hacían llamar Mark y Frankie. El día que pesque a uno de ellos —exclamó el joven rencorosamente—, me cobraré el golpe que me atizaron.

—Tal vez pueda hacerlo dentro de unos minutos —dijo ella, hundiendo a fondo el pie en el acelerador.

El «Edsel» saltó hacia adelante, impulsado por el poderoso empuje de su motor, que actuaba casi en completo silencio. Las hábiles manos de la muchacha sortearon el escaso tráfico, pasando un par de coches, y acercándose lentamente al cupé, cuyo conductor no parecía haberse dado cuenta de la persecución de que era objeto.

Poco a poco, el sedán fue ganando terreno. Starling hubiera podido alcanzar al «Chevrolet» mucho antes, pero, deliberadamente, aguardó a hallarse en una zona relativamente poco concurrida. Cuando la encontró, dio al motor el máximo de su potencia y el «Edsel» devoró el asfalto.

—¡Váyase preparando, Clinton! —dijo ella.

El sedán ganó terreno rápidamente, haciendo aumentar de tamaño al «Chevrolet». Clinton oprimió nerviosamente el revólver, aunque no dejó de extrañarse de que el conductor de su propio coche, al lado del cual se veía la silueta de una persona, no se hubiera apercebido de la persecución.

En el momento crítico, la mano de Starling movió repetidas veces, con ritmo veloz, el interruptor de las luces. El cupé se echó a un lado y la joven lo alcanzó en unos cuantos segundos.

Durante un breve espacio de tiempo, los dos vehículos marcharon paralelamente. Después, las manos de Starling actuaron sobre el volante.

El sedán viró bruscamente, rozando con su carrocería la aleta delantera del «Chevrolet» y empujándolo hacia la cuneta. El conductor de este último, obligado por las circunstancias, no tuvo otro remedio que salirse de la autopista, aunque frenando rápidamente a fin de reducir en lo posible los daños tanto

materiales como personales.

Clinton se dio cuenta de que había dos personas a bordo de su coche y que ambas les miraban con ojos asustados. El ruido de metal desgarrado hirió sus oídos, pero casi en el acto sintióse arrojado hacia adelante al detener Starling el «Edsel».

—¡Ahora es la suya, Clinton! —gritó la joven.

Los faros de ambos vehículos daban suficiente luz a la escena. Una vez se hubieron detenido, Clinton abrió la portezuela, saltando rápidamente a tierra, revólver en mano.

Un hombre se fue hacia él. Era el conductor del «Chevrolet» quien, recuperado de su sorpresa, avanzaba hacia Clinton en actitud belicosa.

—¡Eh, ustedes! ¿Qué maneras de conducir son...?

El hombre se calló inmediatamente al ver brillar el revólver en manos de Clinton.

—¡Oh! ¡Cielos! —exclamó apagadamente, amedrentado. A sus espaldas se oyó un grito de susto.

—Ese coche es mío y usted me lo ha robado —gritó Clinton, excitado—. ¿Qué chifladura le dio para apoderarse de algo que no es suyo, amigo?

El ladrón quedó unos momentos sin habla. Clinton se dio cuenta de que era muy joven, un muchacho casi, y le vio temblar la mandíbula.

—Por favor, no dispare... Yo...

—¿Qué es lo que pretendía usted hacer con el coche, amigo? —inquirió Clinton con tono duro.

El jovenzuelo tragó saliva. Clinton se dio cuenta enseguida de la catadura moral del ladrón, que vestía camisa a cuadros, cazadora de cuero y pantalón tejano.

—Yo... señor, dispénsame... —balbuceó el muchacho, lívido, despavorido—. Sólo pretendía...

En aquel momento, algo atrajo la atención de ambos interlocutores.

Una mujer chilló. Y Clinton se dio cuenta de que la voz que profería aquellos aullidos no era la de Starling.

CAPÍTULO VI

Hubo un ruido como de lucha, y luego Starling surgió ante la luz de los reflectores, empujando a una muchachita que no tendría más allá de dieciséis o diecisiete años.

—Ésta es la pareja del ladrón —exclamó Starling airadamente—. Mírela usted detenidamente, Clinton.

El joven hizo lo que le decían.

La chica vestía un *sweater* muy ceñido, una falda negra y tenía los rubios cabellos recogidos en una larga cola de caballo mediante una delgada cinta de color negro. Se debatía buscando desasirse de la presa que le había hecho Starling, pero tenía colocado el brazo derecho en mala posición y todos sus esfuerzos resultaron inútiles.

—Aquí los tiene usted a los dos —dijo Starling mordazmente—. ¿Qué le parece esta pareja de ladronzuelos?

—Usted no tiene derecho a detenernos —gritó la chica—. Nosotros...

—¡Cállate! —gritó Clinton, en tal tono, que la muchacha, amedrentada, obedeció sin más.

Acto seguido, Courtenay se dirigió al ladrón.

—¿Qué pensabais hacer vosotros? ¿Qué endiablada idea os acometió para robarme mi coche?

En condiciones normales, el muchacho debía ser arrogante y orgulloso; pero ahora, bajo la amenaza de un revólver, sabiendo además que había sido atrapado con un vehículo del que se había apropiado ilegalmente, aparte de las circunstancias en que se encontraba allí, se le habían bajado por completo los humos.

Vacilante, dijo:

—Verá... Ann y yo... nos queremos... y pensábamos casarnos...

Clinton hizo una mueca de desdén.

—¿Casaros? ¿Vosotros?

Starling intervino entonces.

—Cúidese usted de esta pareja, Clinton; yo voy a recuperar lo que usted sabe.

—Muy bien, Starling —accedió el joven, quien, acto seguido volvió a enfrentarse con sus prisioneros—. ¿Ya os dais cuenta exacta de lo que estabais haciendo? No me parece mal que os améis, ni siquiera que tratéis de casaros, pero lo que sí me desagrade profundamente es que, para conseguir vuestros propósitos, empecéis por robar un...

Las palabras del joven fueron interrumpidas bruscamente por un terrible grito de Starling.

—¡Clinton, no está!

El joven parpadeó, asombrado.

—¿Ha mirado usted bien?

—Volveré a repasar los asientos... —dijo ella con voz insegura, y al cabo de unos momentos, salió de detrás del coche, caminando con la misma firmeza que si acabara de recibir un mazazo en mitad de la cabeza.

—¡Oh, Clinton, no está! —dijo, a punto de echarse a llorar.

Courtenay apretó los labios. Con truculento aspecto, pero sin ánimo de llevar a cabo sus amenazas, blandió el revólver, colocándolo bajo la nariz del muchacho.

—Tú, suelta ya de una vez dónde has echado el sobre. ¡Vamos, pronto o...!

El jovenzuelo palideció horriblemente.

—Le juro que nosotros no hemos tocado nada de su coche, señor. Ann podrá decírselo, ¿no... no es cierto, Ann? —Y el muchacho tragó saliva convulsivamente, lleno de espanto, así como la chica.

—Sí... sí... —dijo ella—. Nosotros no...

—En ese sobre había documentos de una importancia vital —siguió Clinton—. Hablad con sinceridad; de lo contrario, os podéis ver metidos en un aprieto más gordo del que os estáis imaginando.

—Le juro que no hemos tocado nada, señor —exclamó el muchacho, lívido, aterrorizado, creyendo hallarse acaso metido de lleno en una terrible aventura de fieros espías y agentes sin conciencia.

—Es inútil, Clinton —dijo Starling—; ellos no sabían, no podían saber la existencia del sobre. Era la primera vez que veían su coche

y... —De pronto, sin poderlo remediar, Starling rompió en sollozos y arrojó los brazos al cuello de Clinton, llorando a lágrima viva.

La pareja de jovenzuelos quedó estupefacta, incapaces ambos de aprovechar la ocasión tan estupenda que se les ofrecía para poder huir. Clinton rodeó con uno de sus brazos los hombros de Starling y procuró tranquilizarla, al mismo tiempo que le daba afectuosas palmaditas en la espalda.

—¡Vamos, vamos! —dijo—. Tranquilícese; ya aparecerá. Ahora nos iremos a ver a su primo James y...

El jovenzuelo dio un paso hacia adelante.

—Señor —dijo—, quiero que sepa que nosotros no hemos tocado nada en absoluto de su coche. Únicamente nos limitamos a... bueno, a llevárnoslo y ahora, la verdad, estamos muy arrepentidos, de lo que hemos hecho, ¿no es cierto, Ann?

—Sí, Corrie. Lo siento —dijo ella.

Clinton agitó una mano, al mismo tiempo que Starling se separaba de él y con un minúsculo pañolito trataba de enjugarse las lágrimas.

—Bueno, muchachos, basta ya; os creemos y es suficiente. Alguien se llevó ese sobre y... Bien, tú, Corrie, toma el volante de nuevo y devuelve el coche donde estaba.

—Sí, señor, sí —dijo el muchacho presurosamente, tratando ahora de aparecer servicial—. ¿No nos denunciará, verdad?

—No, si hacéis lo que os digo y regresáis a casa. Sois muy jóvenes todavía y antes de casaros... Bueno, yo no estoy aquí para daros consejos. Starling, hemos de irnos.

—Sí, Clinton —exclamó ella con voz apagada, encaminándose con lentitud hacia el coche del encargado del garaje.

Pero Starling no pudo llegar al automóvil tan siquiera.

En aquel momento, la potente luz de unos faros deslumbró totalmente a las dos parejas. Antes de que ninguno pudiera hacer el menor gesto, unos frenos chirriaron escandalosamente en la noche y un automóvil se detuvo en aquel lugar.

Varios hombres saltaron del vehículo, corriendo hacia ellos de un modo que no dejaba lugar a dudas.

—¡Todo el mundo, las manos arriba! ¡Pronto!

Clinton reconoció la voz instantáneamente. Pero cuando estuvo consolando a Starling, se había guardado el revólver en el bolsillo y

era ya tarde para sacarlo de nuevo.

Alguien le metió el estómago para adentro con una cosa muy dura.

—No se mueva, profesor —dijo Cosley con un gruñido—. No crea que no tenía ya ganas de echarle el guante, ¿eh?

—Bien, y ahora que ya me lo echó, ¿qué va a pasar?

—Nada, a menos que usted se niegue a colaborar. Naturalmente, esto va también para la señora.

—Si lo que buscan ustedes es el sobre —dijo Starling con voz diáfana—, desde aquí les anticipo ya que no lo tengo.

Cosley soltó una carcajada.

—Mi querida *Lady Huygens*, ¿nos ha tomado usted por tontos? Muchachos, mirad bien el coche, no sea que lo que buscamos esté ahí —y luego Cosley, cuya mano sostenía firmemente una enorme pistola automática, sonrió con ferocidad—. Dentro de poco lo sabremos, señora, y veremos si ha dicho la verdad.

Starling se encogió de hombros. Por su parte, Clinton trató de hallar una ocasión propicia para ver si Cosley se descuidaba y podía sacar su revólver, que aún continuaba en el bolsillo de la chaqueta. Inadvertidamente no había sido registrado todavía y... Pero cuando, de pronto, uno de los pandilleros surgió ante él, con una pistola ametralladora «Thompson» al puño, Clinton desechó todas sus esperanzas. Era imposible tratar de luchar contra un arma tan poderosa que podía llenarle de plomo en un santiamén.

Súbitamente, alguien lanzó un grito.

—¡Aquí no hay nada, Cosley!

El aludido lanzó un bramido de cólera.

—¿Estás seguro, Georgie?

—Sí, por completo. Lo hemos mirado todo y...

Los ojos de Cosley centellearon con ferocidad. Ya no era el inocuo personaje que conociera en la cabaña del bosque, sino un individuo en cuyas pupilas se leía el ansia de matar.

El caño de la pistola se hundió más todavía en el estómago de Clinton.

—Profesor —dijo entre dientes el pandillero—, usted sabe dónde está el sobre.

Clinton denegó con la cabeza.

—No sé nada, Cosley.

—Me está engañando, profesor.

Clinton se encogió de hombros.

—Tómelo como quiera, Cosley, pero le estoy diciendo la verdad.

—¿Lo ha escondido la chica?

—Pregúnteselo a ella —dijo Clinton con indiferencia; y los ojos del rufián se volvieron hacia la joven.

—¿Qué dice usted a eso, señora?

—Que el profesor tiene toda la razón. No sabemos dónde está el sobre —contestó ella con acento firme y sereno.

Cosley dio un paso atrás.

—¡Georgie, ven acá y registra al profesor!

Un individuo, alto como un castillo, con el lento paso de un plantígrado, se acercó a la pareja, en tanto que Cosley retrocedía un metro, sin dejar de cubrir a sus prisioneros con la pistola.

Clinton soportó el registro de que era objeto en silencio, sin oponer la menor objeción. Trató de evitar se advirtiera la decepción que sentía cuando notó que le despojaban del revólver y luego oyó la pesada voz del gigante.

—No tiene nada encima, Cosley.

—¿Y la señora?

Starling lanzó un grito de susto.

—¡No me pongan sus sucias manos encima! ¡Les digo que no tengo el sobre y eso debe serles suficiente!

Cosley arrojó una pensativa mirada sobre el bien formado cuerpo de Starling y, tras unos instantes de vacilación, dijo:

—Está bien; eso ya lo veremos más adelante. Ahora se van a venir con nosotros.

Clinton se sobresaltó.

—¿Eh? ¿Qué está usted diciendo, Cosley?

—¡Ya lo ha oído! —exclamó éste brutalmente—. Se van a venir con nosotros a un lugar más cómodo que éste, donde podemos averiguar con toda tranquilidad el paradero del sobre. ¡Andando!

Bajo la amenaza de las pistolas, Clinton y Starling fueron obligados a montar en el coche de los pandilleros. Cosley dio otra orden.

—Tú, Laddon, llevarás el auto de *milady*. En nuestro... refugio lo desguazaremos si es preciso para hallar ese condenado sobre. ¡Vamos!

La pareja se sentó en el asiento posterior del coche, un sedán de gran tamaño, completamente cerrado, en el que, además del conductor, un hombre impasible que ni una sola vez volvió la cabeza, viajaban Cosley, Georgie y otro pandillero, los cuales les encañonaban constantemente con sus pistolas. Laddon conducía tras ellos el otro automóvil y los dos estuvieron rodando un buen rato, antes de meterse por una desviación de la carretera, cuyo aspecto indicaba la escasa frecuencia del tránsito.

Media hora más tarde, los dos coches se detenían, iluminando con sus reflectores una casa aislada en el campo, cuyo ruinoso aspecto indicaba claramente el abandono en que había sido tenida hasta entonces. La casa era relativamente pequeña, pero tenía dos pisos y en el momento actual aparecía con todas sus ventanas completamente cerradas.

Cosley fue el primero en aparecerse.

—Laddon, Succhino, vosotros dos os encargáis de registrar hasta el último tornillo del coche. Usted, profesor; y usted, señora, vayan por delante.

Empujados por las pistolas, Starling y Clinton obedecieron en silencio. Georgie, el gigante, abrió la puerta de la casa, dando media vuelta a un interruptor, que hizo iluminar el vestíbulo de la entrada.

Clinton observó el lugar en que se hallaban advirtiéndolo sucio y descuidado. Una escalera arrancaba a pocos pasos de la puerta, conduciendo al piso superior, al que llegaron unos momentos más tarde, pasando a una amplia estancia en la que, además del polvo, se veía una anticuada y desvencijada cama de hierro, con un viejo colchón por algunas de cuyas roturas asomaban vedijas de lana, y dos o tres sillas, que parecían ir a desintegrarse de un momento a otro.

Cosley soltó una risita irónica.

—Éste no es precisamente el Astoria, que es donde *milady* acostumbra a hospedarse, pero creo que sabrá disculpar las deficiencias del servicio, ¿no es así?

Starling dirigió una mirada llena de desprecio al pandillero.

—¿Es esta acaso la sala del tormento, Cosley?

—Pudiera ser, *milady* —rió el otro sarcásticamente—. ¡Georgie!

—Sí, jefe —dijo el gigante.

Cosley habló unos momentos aparte con Georgie y por sus actitudes respectivas, Clinton se pudo dar cuenta de que el primero estaba impartiendo unas órdenes, cuyo sentido no podía captar él. El gigante asintió, retirándose para regresar unos momentos más tarde con unos trozos de alambre en las manos.

—Acérquese, profesor —dijo Cosley. Georgie había venido ahora acompañado por otro de sus compinches, en el cual Clinton reconoció al silencioso conductor del sedán.

Clinton obedeció, alargando las manos, las cuales le fueron inmediatamente ligadas con el alambre. Unos minutos más tarde, sus pies quedaron igualmente sujetos, después de lo cual, Cosley empujó fuertemente a su prisionero, haciéndole caer por el suelo de espaldas.

Clinton se mordió los labios de rabia. Pero Starling no pudo contenerse.

—¡Bestias! ¡Salvajes! ¿Es así como se trata a las personas?

—Usted a callar, *milady* —dijo Cosley en tono amenazador—. Vamos, alargue sus manos; hemos de atarla también.

Starling no quiso ceder sin resistencia. Georgie se le abalanzó encima y la muchacha, sin el menor temor, no sólo no retrocedió, sino que se fue hacia él en actitud airada.

Cogido por sorpresa, el gigante vaciló un segundo.

Al instante, la casa se conmovió con sus alaridos de dolor. Las afiladas uñas de Starling se le habían clavado en su rostro, trazándole una serie de surcos en las mejillas, de los cuales empezó a brotar sangre instantáneamente.

El otro pandillero, al ver la actitud de la joven, se fue hacia ella con ánimo de sujetarla igualmente, pero una furiosísima patada en una rodilla le hizo retirarse a un lado saltando ridículamente. El silencio que había observado hasta entonces fue quebrado por una serie de obscenas imprecaciones motivadas por el dolor que sentía en la parte afectada.

—¡Bravo, muchacha! —gritó Clinton animándola.

Starling quiso continuar su obra, pero ya Georgie se había recuperado. El gigante levantó la mano y la bofetada resonó como un trallazo en la estancia.

Clinton se mordió los labios de rabia al ver volar el pelo de Starling por un lado y su cabeza por otro. El fenomenal golpazo

impulsó a la joven a través de la habitación como una bala, arrojándola sobre la cama.

Starling cayó sobre el lecho, cuyos desvencijados muelles crujieron alarmanamente y después su cabeza chocó contra los hierros de la cabecera. Se desplomó sobre el colchón y ya no se movió más, totalmente inconsciente.

El corazón de Clinton hirvió en cólera.

—Si la han matado —gritó—, juro que les arrancaré a todos el pellejo a tiras.

Cosley le atizó una feroz patada en el costado que le hizo gemir de dolor.

—¡Cierre el pico, profesor!

Los ojos de Clinton centellearon.

—Cosley, un rato de estos usted y yo nos vamos a ver frente a frente, sin otras armas que nuestras manos. No sabe usted bien lo que me voy a divertir retorciéndole ese cochino pescuezo como a un pollito.

El pandillero soltó una agria carcajada.

—¡Qué ilusión! Mírese las manos, idiota, y vea a ver si se puede soltar. ¿Es que nos ha tomado por tontos?

—Peor todavía: por locos.

El pie de Cosley volvió a moverse y ahora alcanzó a Clinton en los labios. El joven sintió inmediatamente en su boca el salino regusto de la sangre y escupió en rojo a un lado.

—¡Georgie! ¿Qué haces ahí, estúpido? Ata a la chica también, idiota.

El gigante obedeció ayudado por el conductor del coche. Starling, todavía inconsciente, fue colocada sobre el colchón en una postura completamente natural, excepto los brazos que le fueron echados hacia atrás con el fin de sujetarla por las muñecas a los barrotes de la cama.

Clinton vio en silencio la operación, hirviéndole el pecho en cólera, sin poder hacer nada por evitarlo. Su furia era tal que incluso llegó a olvidar el dolor de sus labios sangrantes y de haber podido liberarse, hubiera estrangulado con sus propias manos a los *gangsters*.

Cuando todo hubo concluido, Cosley dijo:

—Bien, mis queridos amigos; aquí se quedan ustedes durante un

tiempo... cuya duración no importa por ahora. Yo voy a ver a una persona que me está aguadando y luego más tarde regresaré. De las órdenes que reciba depende que ustedes sigan viviendo o...

El forajido dejó el resto de la frase en el aire, sonriendo demoníacamente. Sin dejar de mirar a Clinton, terminó:

—Georgie, tú y Succino os quedaréis aquí para vigilar a esta pareja. Nosotros nos vamos a ver al jefe.

CAPÍTULO VII

Cuando Cosley y el conductor hubieron desaparecido, Georgie, en cuyo rostro se veían aún las señales de los arañazos causados por las uñas de Sterling, se acercó a Clinton, arrodillándose al lado de éste.

El joven temió en el primer momento ser objeto de alguna barbaridad por parte del gigante, quien se limitó a comprobar la solidez de las ligaduras de alambre, hecho lo cual se incorporó de nuevo, justo en el momento en que Succhino hacia su aparición en el cuarto.

—¿Qué hay, grandullón? —dijo volublemente el recién llegado.

Georgie contestó con un gruñido. Succhino se acercó a la cama y tomó con su mano un puñado de los cabellos de Starling, volviendo el rostro de la joven hacia él.

—Es guapa la condenada, ¿eh? —dijo con una risita que escalofrió a Clinton.

—¡Quite sus puercas manos de ahí! —gritó el joven sin poderse contener.

Succhino se volvió, mirándolo con cierta sorpresa. Luego, su rostro giró hacia el de su compañero.

—Valiente el tipo, ¿eh? —Y de pronto reparó en las destrozadas facciones del gigante—. ¡Georgie! ¿Qué te ha ocurrido?

El grandullón soltó un bufido, explicando lo sucedido. Succhino volvió a reír, de una manera seseante, estremecedora. Una vez más volvió a mirar a la todavía desvanecida Starling.

—Una mujer como las que a mí me gustan, Georgie, sí, señor. ¡Lástima que...!

—Cierra el pico y déjala en paz —masculló Georgie—. Mejor debieras de ir abajo y buscar algo para curarme.

Succhino se encogió de hombros, sin dejar de sonreír de un modo siniestro que a Clinton le recordó las mejores actuaciones de

Richard Widmark.

—Está bien, hombre; no hay para tomárselo así. Al fin y al cabo, yo sólo quería divertirme un poco.

—Y de paso, mira a ver si encuentras un poco de café —refunfuñó Georgie, el cual, con la mano izquierda, pues tenía la derecha ocupada con la pistola, sacó torpemente un cigarrillo que se puso entre los gruesos labios.

Succhino desapareció y Clinton oyó el sonido de su voz que canturreaba entre dientes una cancioncilla de moda. Georgie, aún con algunos hilillos de sangre corriéndole por el rostro, impasible, permaneció en pie a un lado, vigilando celosamente a sus prisioneros.

Pasó un rato en absoluto silencio. Clinton hubiera querido mirar su reloj, pero la postura era tal que le resultaba absolutamente imposible. No obstante, calculó que la hora del alba ya no debía hallarse muy lejos y sólo el recuerdo de la situación en que se hallaba le impidió moverse.

Bruscamente, una voz llegó desde abajo.

—¡Georgie, ya tengo todo listo!

El gigante se asomó a la puerta.

—Súbelo aquí.

—¡Ven tú, estúpido! ¿Tienes miedo de que se te escapen tus prisioneros? No pueden moverse, hombre.

Georgie vaciló, arrojando una aprensiva mirada a Clinton y luego a Starling, la cual continuaba desvanecida. Al fin, encogiéndose levemente los hombros, salió de la habitación, cerrándola cuidadosamente con llave.

Medio minuto más tarde, Clinton oyó una voz.

—¿Cómo se encuentra, profesor?

El joven volvió la cara sorprendido hacia la cama.

—¡Starling! —exclamó, sin poder contener su alegría—. ¿Se encuentra bien?

Aunque con dificultad, Starling pudo volver su rostro hacia el del joven.

—Me parece que tengo la cabeza a punto de estallar y la mandíbula desencajada, pero salvo eso, no creo haber sufrido más daños —sonrió—. ¿Y usted?

—Algunos cardenales y el labio partido —dijo Clinton,

pasándose instintivamente la lengua por el lugar señalado, que ya había cesado de sangrar pero, en cambio, empezaba a hincharse—. Nada, en conjunto.

—Estamos muy bien atados, Clinton —dijo ella.



—*Estamos muy bien atados, Clinton.*

—Sí —repuso el joven—. No obstante...

Haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, Clinton consiguió sentarse en el suelo. Las articulaciones de los hombros le dolían a causa de la forzada postura en que estaba, pero ésta era una molestia perfectamente soportable.

Miró a la joven.

—Estamos en una difícil situación, Starling, no quiero ocultárselo. Esos individuos son capaces de eliminarnos, ¿sabe?

—Todo depende de la actitud que tome mi primo James —contestó reflexivamente.

—Si no encuentra el sobre, es muy probable que, por despecho... —apuntó Clinton, sin concluir la frase. Luego, muy pensativamente, dijo—: Me gustaría saber quién demonios ha podido averiguar que usted lo dejó tras los almohadones del respaldo. ¿Está usted segura de que los dejó allí, Starling?

—Absolutamente, Clinton —contestó ella de una forma que no permitía la menor duda.

Clinton reflexionó unos segundos; después, dijo casi como si hablara para sí mismo:

—Ahora que estamos solos, Starling, deberíamos aprovechar la ocasión y tratar de soltarnos.

La joven hizo un par de flexiones, como para comprobar la solidez de sus ligaduras y luego replicó:

—Es imposible, Clinton; nos han atado muy fuerte.

—De todas formas, yo no me paso sin intentarlo, ¿me oye?

Ella suspiró resignadamente.

—Haga lo que quiera, Clinton, pero mucho me temo...

El joven no hizo caso de las objeciones que le ponía su compañera de cautiverio. Arrastróse cómo pudo, situándose a la cabecera de la cama, adonde llegó con el rostro bañado en sudor.

—¿Qué es lo que piensa usted hacer, Clinton? —preguntó ella.

Courtenay no contestó, muy atareado en incorporarse.

La cama estaba situada en el centro de la estancia, pero en lugar de tener la cabecera apoyada contra la pared, era uno de sus costados el que estaba situado en tal posición, de modo que entre ella y los otros dos muros quedaba un espacio, a ambos lados, de unos cuatro o cinco metros. Era evidente que el mueble había sido colocado de tal forma con objeto de ganar espacio en aquélla ya de por sí amplia estancia.

Esta circunstancia favoreció los planes del joven. Clinton apoyó la espalda en la cabecera del lecho, al mismo tiempo que afirmaba los pies en el suelo, para no resbalar, y luego flexionó con todas sus fuerzas los músculos del tórax y de las piernas, arqueando el cuerpo.

Clinton se olvidó de que el sudor le resbalaba por el cuello. Poco a poco, ganando centímetro tras centímetro, fue ascendiendo, hasta que, unos momentos más tarde, estuvo totalmente en pie.

Starling escorzó la cabeza cuanto le fue posible y sonrió.

—Parece que al fin se va a salir usted con la suya, Clinton.

—Con tal... de que estos tipos... nos den tiempo suficiente... — contestó él, jadeante, tratando de normalizar el ritmo habitual de su respiración.

Después, las manos de Clinton buscaron las de la joven. Starling las tenía atadas con alambres a la cabecera del lecho y el joven hubo de obrar forzosamente a tientas.

Necesitó levantar los brazos que tenía atados a la espalda, colocándolos en una postura difícilísima, hasta que, tras varios tanteos, encontró una de las ligaduras, empezando al instante a trabajar en ella.

—¡Animo, Clinton! —dijo Starling en tono bajo. El joven no contestó, pues necesitaba todos sus esfuerzos para desatar las ligaduras.

Lanzó un gruñido cuando una de sus uñas estuvo a punto de saltar. El alambre había sido retorcido en espiral sobre sí mismo, después de rodear las muñecas de la joven y se resistía a desligarse. Clinton notó que le sangraban los dedos, pero, mordiéndose los labios para mitigar el tremendo dolor que le cansaba la operación, continuó.

Le pareció que transcurría un siglo antes de que ella dijera:

—¡Ya está, Clinton! ¡La otra mano, aprisa!

—¡Un... un momento! —jadeó él—. Déjeme... descansar... Los hombros... me duelen enormemente.

El joven tenía razón. La forzada postura le había causado unos dolores terribles, que no se mitigaron cuando, por unos momentos, volvió a bajar los brazos a lo largo de la espalda. Notó que Starling empezaba a maniobrar con la mano libre, pero ella lanzó de pronto un quejido.

—¡No puedo, Clinton! ¡Tengo la mano entumecida!

—Siga quieta. Ya continuaré yo.

Clinton se corrió un par de pasos a su izquierda. Mordiéndose los labios, volvió a levantar los brazos y entonces le pareció que un doble latigazo de fuego le surcaba toda la espalda de arriba abajo.

El joven necesitó apelar a toda su fuerza de voluntad para continuar trabajando. Clinton advirtió el súbito aumento de sus pulsaciones y hasta notó que le corría por las mejillas un líquido que no podía confundirse en modo alguno con el sudor. Sólo entonces se dio cuenta de que estaba llorando de dolor.

Pero no por ello cejó en sus esfuerzos. El tiempo se le hizo interminable antes de que, por fin, sintiera ceder el alambre bajo sus lacerados dedos. Y, no teniendo ya fuerzas para resistir, se dejó caer al suelo, primero de rodillas y luego de bruces, refrescándose el ardiente rostro con el concreto del pavimento.

Por las ventanas entraban ya las primeras ráfagas grises del alba. Semiinconsciente, Clinton permaneció en aquella postura hasta que, de pronto, notó el contacto de unos dedos en sus manos.

—Soy yo, Clinton —dijo suavemente Starling a sus espaldas—. No se mueva, por favor.

Unos momentos más tarde, el joven estaba suelto. Ella le ayudó a volverse de espaldas y le incorporó, dejándole apoyado contra la cabecera del lecho.

Las manos de Starling acariciaron el fatigado rostro del joven. Clinton la miró y, a pesar de verla despeinada, le pareció más adorable que nunca.

—Nunca podré pagarle todo cuanto ha hecho por mí, Clinton —susurró ella.

Courtenay hizo una mueca.

—Usted me sobrevalora, Starling. Estoy haciendo de héroe a la fuerza.

—Otros no harían eso siquiera.

—Gracias por el buen concepto que tiene de mí, Starling, pero ¿no cree que ya es hora que tratemos de ver la manera de largarnos de aquí? Los dedos se me hacen huéspedes... —Y al pronunciar esta última frase, se los miró involuntariamente—. Tal como han quedado ahora, en efecto, son verdaderamente unos huéspedes en mis manos. ¡Ayúdeme a levantarme, Starling; no respondo de que

mis pies tengan la suficiente fuerza para sostenerme!

Durante unos segundos, Clinton hizo varias flexiones con las piernas hasta tener la seguridad de que se hallaban afirmadas en el suelo. Después, miró en torno suyo.

—Vamos a ver qué podemos hacer... —empezó a decir, pero no pudo concluir la frase.

Starling le miró aterrorizada. Unos pasos se oían por la escalera, aproximándose poco a poco a la estancia.

A cinco o seis metros de distancia sonó una voz.

—¡Vete preparando las cartas, Georgie; bajaré ahora mismo! ¡Voy a ver qué hacen esta pareja de...!

La mano de Starling se crispó súbitamente sobre el brazo de Courtenay, en tanto que sus ojos, muy abiertos, le miraban inquisitivamente.

El joven no tardó en tomar una decisión.

—¡Vuélvase a la cama, Starling, y haga como si continuara atada! ¡Pronto! —la urgió con voz apenas audible.

Ella obedeció prestamente. En cuanto a Clinton, se fue, pisando de puntillas hacia la puerta, apostándose al lado contrario de donde se abría. Movi6 los dedos, tratando de devolverles las fuerzas perdidas y luego aguardó.

Una voz que canturreaba se escuchó a pocos pasos de distancia. Succhino se aproximaba a la estancia, ajeno por completo a lo que había sucedido.

La puerta se abrió bruscamente y el pandillero penetró en la polvorienta habitación.

Clinton vio la cabeza de Succhino asomando por fuera de la madera. Lo primero en que se fijaron los ojos del rufián fue en el lecho y respiró tranquilo al ver a Starling sobre él.

Pero casi en el acto advirtió que Clinton no estaba en su sitio. De modo maquinal dio un par de pasos hacia adelante, llevándose la mano a la axila, al mismo tiempo que gruñía en voz baja.

En el mismo momento, Clinton saltó sobre él.

Succhino oyó un ruido extraño y se volvió. No tuvo tiempo de desenfundar la pistola, pero su gesto obstaculizó los planes del joven, quien había contado con sorprender al rufián totalmente por la espalda.

Los dos hombres chocaron con fuerza, yendo a parar casi hasta

el extremo opuesto de la estancia. El puño de Clinton golpeó con dureza el rostro de Succhino, aplastándole la nariz, de la cual salió un caño de sangre al instante.

El pandillero replicó con un izquierdazo al hígado, que hizo ver las estrellas a Clinton. Éste boqueó angustiosamente, pero, en la semiinconsciencia en que había caído, conservó no obstante, la suficiente presencia de ánimo como para aferrarse con todas sus fuerzas al braza derecho de Succhino, impidiéndole sacar el arma.

El puño izquierdo del forajido golpeó ferozmente la cara del joven. Clinton, mordiéndose los labios, resistió todo cuanto pudo el dolor, tratando de desarmar a su rival.

Mientras tanto, Starling se había levantado de la cama y, comprendiendo instintivamente que sus acciones debían pasar desapercibidas, corrió hacia la puerta, que cerró con llave, con el fin de que el ruido de la lucha no fuera percibido desde abajo. Esto lo hizo apenas los dos hombres se enzarzaron en la mortal pelea que estaban librando, con lo que los gruñidos de rabia de Succhino fueron acallados por el oportuno gesto de la joven.

Después, Starling trató de intervenir a favor de Clinton, pero estaba tan agarrado a su rival, que le pareció imposible ejecutar ninguna acción que pudiera ayudar a una mayor brevedad en la pelea. No obstante, consiguió dar un feroz tirón de los pelos del *gangster*, cosa que provocó la consiguiente reacción de éste.

La mano izquierda de Succhino se movió velozmente hacia atrás, golpeando fuertemente el estómago de Starling. La joven retrocedió un par de pasos, encorvada sobre sí misma, la vista nublada, y acabó por caer de rodillas, vencida por el intolerable dolor.

Aquella coyuntura no fue desaprovechada por Clinton. Viendo que, por un instante, la guardia de Succhino había cejado, disparó su puño, pero era hombre encajador y devolvió un golpe, ahora mejor rechazado por el joven.

Clinton tiró con todas sus fuerzas del brazo armado de Succhino. La mano de éste surgió al aire libre, en ella la pistola, pero Courtenay la retorció cruelmente hasta que el arma cayó al suelo.

Succhino lanzó un grito de dolor, levantando la rodilla y alcanzando a Clinton en pleno vientre, al mismo tiempo que el joven disparaba su puño derecho con todas sus fuerzas.

El pandillero salió rebotado con tremendo ímpetu. Giró sobre sí

mismo y se precipitó de cabeza sobre la ventana más próxima, cuyo cristal voló en mil pedazos.

Dominando el dolor de su estómago, Clinton saltó sobre su enemigo con ánimo de inutilizarle del todo. Lo tomó por los hombros y en aquel momento oyó un ruido que le espeluznó de arriba abajo.

Era un gorgoteo inhumano, como si alguien estuviera tragando a la vez aire y agua. Clinton vio que el cuerpo de Succhino se movía espasmódicamente, al tiempo que sus manos trataban de buscar frenéticamente su propio cuello.

La cosa desconcertó unos segundos al joven, el cual, de pronto, vio que el cuerpo del pandillero se relajaba. Algo rojo y oscuro chorreó al suelo, con macabro goteo.

Las manos de Clinton tiraron de los hombros de Succhino. Al hacerlo, un ruido extraño, como de seda que se rasgara, hirió sus tímpanos. El estómago se le subió repentinamente a la garganta.

Succhino giró sobre sí mismo, cayendo al suelo sentando y dando la cara a Clinton. Éste retrocedió un par de pasos, horrorizado por lo que estaba viendo.

Cuando Succhino fue impulsado hacia la ventana, su cráneo había roto los cristales. Pero luego, perdiendo altura, su garganta había caído sobre unos trozos de vidrio todavía adheridos al marco, los cuales le habían degollado de un solo golpe. Y Clinton, al tirar del cuerpo del rufián, había aumentado todavía más el tamaño de la herida, que aparecía ahora como una segunda y horripilante boca, por la cual salía una verdadera fuente de sangre.

El joven volvió la vista, asqueado por el espectáculo. Conservó el equilibrio de su estómago merced a un poderoso esfuerzo de voluntad y luego, vacilante, tambaleándose, fue hacia Starling, ayudándola a ponerse en pie.

La joven miró hacia el lugar donde yacía Succhino en medio de un charco rojo, cuyo tamaño aumentaba por segundos.

—¡No mire usted! —gritó Clinton, pero su advertencia llegaba ya tarde.

Starling gritó despavorida. Clinton la sacudió fuertemente para hacerla recobrar su cordura.

—¡Oh, no, no! —sollozó Starling, sintiendo que todo su cuerpo era recorrido por un escalofrío de espanto.

En aquel momento, se oyó ruido de pasos muy cerca de la estancia.

Clinton recordó entonces que todavía quedaba uno de sus custodios y se estremeció de espanto al solo pensamiento de tener que reemprender una lucha cuerpo a cuerpo con aquel gigantón, que podía partirle el espinazo con una sola mano.

Pero la pistola de Succhino estaba al alcance de su mano y Clinton se precipitó, asiéndola por la culata, justo en el momento en que la puerta giraba sobre sus charnelas.

Georgie subía prevenido, sospechando algo raro en la tardanza de su compinche. Llevaba una pistola de pavoroso en la mano y sus ojos se desorbitaron al ver a Succhino en medio de un lago de sangre.

Luego miró a Clinton, el cual permanecía todavía de rodillas, pues no había tenido tiempo de incorporarse. Una mueca de rabia deformó diabólicamente el rostro del gigante.

Pero Georgie había perdido unos segundos preciosos, aturdido por el espectáculo que suponía para él ver libres de ligaduras a sus prisioneros y a Succhino degollado. Cuando quiso apuntar hacia Clinton era ya tarde.

La mano del joven no tembló. Se trataba de su propia vida.

Uno, dos, tres disparos partieron de la boca del arma, lengüeteando estruendosamente en la estancia, conmoviendo los muros con el fragor de los estampidos. La distancia era harto corta para que Clinton pudiera fallar.

La boca de George se abrió espantosamente al sentir en su vientre las quemaduras del plomo. Clinton no quiso correr riesgos innecesarios y tiró sobre seguro.

Por un espacio de tiempo que a los dos jóvenes les pareció interminable, Georgie permaneció en pie, la pistola temblándole en la mano de una forma espantosa. Luego, el arma cayó, chasqueando contra el cemento del suelo.

Georgie se arrodilló, sujetándose el perforado vientre con las manos. Trató de conservar el equilibrio, pero las fuerzas le fallaron. La vida se le iba a chorros, junto con la sangre que le brotaba de los tres orificios abiertos por las balas. Se tumbó en el suelo, moviéndose cada vez más lentamente, hasta quedar convertido en una estatua yacente cubierta por unas ropas arrugadas y sin forma.

Clinton reaccionó entonces. Poniéndose en pie, paseó su vista por la estancia.

Starling se hallaba al lado opuesto, una mano apoyada en la pared para no caer al suelo, en tanto que con la otra metida en la boca se impedía gritar a sí misma. El rostro de la joven estaba blanquísimo y parecía como si la sangre que manchaba gran parte del cemento hubiera brotado de sus propias venas.

Clinton la sacó de aquel macabro éxtasis, tomándola por un brazo y llevándosela de aquel lugar que parecía un matadero. Al bajar la escalera, tuvo precisión de rodearle el talle con un brazo, pues Starling parecía a punto de perder el conocimiento.

Afortunadamente, la joven resistió hasta llegar a la planta baja. No obstante, parecía tan decaída, que Clinton estimó oportuno, antes de huir de aquel lugar, reanimarla con algo.

A la derecha de la escalera se abría una puerta. Clinton la franqueó, llevando siempre a Starling consigo, y pasó a una cocina, cuyo aspecto, aunque sucio y abandonado, era magnífico comparado con el resto de la casa.

Los dos *gangsters* habían estado desayunando allí, mientras ellos se libraban de los alambres. Esto era lo que les había salvado y Clinton no pudo por menos de felicitarse por su buena suerte, mientras dejaba a la joven sentada en una silla.

Calentó café en un infiernillo que había en la cocina y luego, con un pote lleno del humeante líquido, se acercó a la joven.

—Tome —dijo—; esto la reanimará un poco.

Starling sonrió tristemente y Clinton hubo de insistir antes de que ella aceptara tomar un sorbo. Pero el café fue el remedio esperado y pronto volvieron los colores a la cara de la joven.

Mientras tanto, ya se había hecho completamente de día y el sol empezaba a trepar al cielo por Oriente. Clinton se tomó también un par de tazas de café y aunque sentía bastante apetito, no quiso comer nada, parte porque aún tenía en sus retinas el horrible espectáculo de la habitación superior y parte porque pensaba que lo mejor era marcharse cuanto antes de aquella funesta casa.

—Espero que nadie haya oído los disparos —dijo para sí, y luego alzó la voz—. Starling, ¿se encuentra ya en condiciones de marchar?

—Sí, Clinton —accedió ella con voz débil—. Vayámonos de aquí

cuanto antes. Esta casa... me horripila.

Clinton la tomó del brazo, casi sosteniéndola, y los dos se dirigieron hacia la puerta de la cocina.

Pero antes de llegar a la salida, se detuvieron, los cuerpos rígidos, tensos, expectantes.

El ruido del motor de un coche acercándose a la casa se oyó, aumentando de intensidad a cada segundo que transcurría.

CAPÍTULO VIII

Pocos momentos bastaron para que los dos jóvenes adquirieran el absoluto convencimiento de que el automóvil se dirigía hacia la casa. Estaba ya muy cerca de ella y Clinton se dio cuenta de que no tenían tiempo material para huir.

El joven calculó rápidamente que Cosley debía regresar, junto con sus compinches Laddon y el conductor, cuyo nombre no había oído, por lo menos, si no traía alguien más con él. Y aunque accidentalmente había salido con bien de dos peleas a muerte, no estaba muy seguro de que pudiera salvar la tercera, máxime teniendo en cuenta la pistola ametralladora que había visto en manos de Laddon.

En consecuencia, hizo funcionar velozmente su cerebro. Tenían que buscar un escondite en el cual resguardarse hasta poder dejar la casa con un mínimo de seguridad. Pero ¿cuál?

Su vista recorrió el panorama que le rodeaba. De pronto, soltó una exclamación de júbilo:

—¡Venga! —exclamó, cogiendo una de las manos de Starling y tirando de ella.

Cruzaron el vestíbulo, dirigiéndose hacia su final. Bajo la escalera había una especie de cuartito, al cual se llegaba por una pequeña puerta y que daba la impresión de haber sido construido para desván o cosa similar. La puertecita era inferior a la altura de un hombre y estaba abierta.

Clinton y Starling cruzaron el umbral, hallándose, una vez cerrada la puerta, en un estrecho habitáculo que olía a moho y de cuyo techo inclinado pendían sucios jirones de telarañas. El joven apartó con la mano alguno de aquellos harapos y luego colocó a Starling tras él, situándose junto a la puertecita en actitud vigilante, con la pistola fuertemente sujeta en la mano.

En la parte superior, la puertecita tenía unos orificios de forma

circular que servían para la ventilación y que, al mismo tiempo proporcionaban una pequeña iluminación al interior de aquel cuartito. Una vez acostumbrados sus ojos a la penumbra, Clinton pudo distinguir casi a su lado el rostro de Starling, con las facciones tensas, anhelantes, mirándole fijamente como si le pidiera ayuda con una muda súplica.

Apenas unos segundos después de haberse guarecido en el escondite, el coche llegó a la casa, deteniéndose frente a la entrada. Se oyó ruido de pasos sobre la gravilla de los accesos y luego los pies de los recién llegados golpearon el suelo del vestíbulo.

Clinton oyó claramente la voz de Cosley impartiendo órdenes.

—Laddon, busca a Georgie y Succhino y diles que vengan. Tú, Matt —el joven supuso que éste debía ser el nombre del silencioso conductor—, quédate aquí; yo vuelvo enseguida.

Por encima de sus cabezas resonaron fuertemente los pasos de Laddon ascendiendo por las escaleras hacia el piso superior. El forajido silbaba indiferentemente en tanto ganaba terreno, mientras allí, a su propio nivel, Clinton oyó el chasquido del encendedor con el que el conductor prendía fuego a un cigarrillo.

El joven aguardó con los nervios tirantes, a punto de estallar, sabiendo que la explosión se iba a producir de un momento a otro. Se imaginó a Laddon descubriendo los cadáveres de sus compinches y...

Un horrible grito sonó en el piso superior. A pesar lo que lo esperaba, Clinton se sobresaltó enormemente.

En el vestíbulo sonó una obscena imprecación.

—¿Qué ocurre, Laddon? —gritó el conductor.

Pasos precipitados se oyeron por encima de las cabezas de Clinton y Starling. Laddon bajaba a saltos la escalera, lanzando una horrible serie de aullidos en los cuales se mezclaba a dosis iguales la cólera y el miedo más abyectos.

—¡Están muertos! ¡Los han matado! —gritó.

Matt le salió al paso, deteniéndole por las solapas de la chaqueta.

—¡Alto ahí, imbécil! ¿De quién estás hablando? ¿Quiénes son los muertos?

Atraído por el escándalo, Cosley hizo acto de presencia en el vestíbulo. Clinton notó que la camisa se le pegaba al cuerpo a causa

de la abundante transpiración.

—¡Arriba... están...! —Hipó Laddon—. ¡Yo los he visto...!

—¡Vamos! —rugió Cosley fuera de sí—. ¡Habla claro! ¿Quiénes son los muertos?

—Succhino... degollado como un cerdo... y Georgie tiene tres balazos en las tripas... ¡Cristo, aquello parece un matadero, jefe!

Cosley soltó una horrenda imprecación que hizo taparse los oídos a la joven. Starling, espantada, cerró los ojos de modo completamente instintivo.

—Matt, ve tú arriba a ver lo que ha ocurrido. ¡Pronto!

El conductor obedeció, salvando los escalones de cuatro en cuatro. Sus pisadas resonaron frenéticamente por encima del cuartito en donde se hallaba escondida la pareja, mientras que Cosley se deshacía en juramentos de rabia, en los cuales, Clinton pudo advertir una buena dosis de miedo.

—Si esos condenados se nos han escapado...

—Es... es lo más seguro, Cosley —dijo tembloroso Laddon.

—Pero si el otro coche está ahí todavía —objetó a gritos Cosley, y en aquel momento, Matt se asomó a la barandilla del corredor.

—¡Es cierto, jefe! ¡Succhino y Georgie están muertos! —vociferó.

—¿Y la pareja?

—No hay ni rastro de ella, jefe. Seguro que después de liquidar a Succhino y a Georgie se largaron.

—¡Eso no puede ser! —estalló Cosley—. Su coche está aquí todavía. Se lo hubieran llevado...

—Todo lo que usted quiera, pero es la pura verdad. Ni *milady* ni el profesor están en la casa.

Cosley volvió a renegar.

—El jefe nos va a poner perdidos —masculló entre dientes—. Teníamos que liquidarlos... y ahora resulta que son ellos quienes han eliminado a dos de los nuestros.

Al oír estas palabras, Laddon se sobresaltó.

—¿Cómo? ¿Teníamos que matar a la chica y a Courtenay?

—¿Es que no lo has oído bien? —vociferó Cosley—. El jefe lo dispuso y así debía haberse hecho.

—La muerte de *Lady Huygens* armaría mucho escándalo, Cosley —dijo Laddon reflexivamente.

—¿Y a ti qué te importa? ¿Para qué te estamos pagando? —

Gruñó Cosley.

—Pero ¿y el sobre que buscaba el jefe? Si mata a la chica no podrá hacerse con él. Y, según tengo entendido, los documentos que hay dentro de él son muy comprometedores para el jefe.

—Eso no importa ahora. El jefe dice que ella no ha tenido tiempo de guardarlo en la caja fuerte de ningún Banco y que, por lo tanto, debe estar tan escondido, que no es probable salga a relucir después de su muerte, como ocurriría en el primer caso.

—Bueno; todo eso estaría muy bien si tuviéramos a la pareja al alcance de nuestras manos. Pero como se largaron...

Clinton pudo oír claramente el rechinar de los dientes de Cosley, producto de la rabia que éste sentía.

—Sabemos dónde vive *milady*. Estoy seguro de que a estas horas debe hallarse ya en su casa.

—¿Cómo han llegado hasta allí? ¿A pie... teniendo un magnífico coche al alcance de la mano?

—¿Están en la casa, sí o no? —aulló Cosley, lívido, descompuesto—. Pues entonces, ¿qué diablos nos importa el medio que han utilizado para marcharse? ¡Vámonos ahora nosotros! hemos de capturarlos cuanto antes y...

Los tres forajidos se dirigieron casi a una hacia la puerta. Clinton oyó sus pasos y, arriesgándose a todo, abrió la puerta dejando una estrecha rendija de apenas un centímetro de anchura, espacio más que suficiente para que pudiera ver ampliamente lo que más le interesaba.

Divisó las espaldas de los tres hombres, quienes estaban ya llegando a la puerta de la mansión, pero, de pronto, ocurrió algo que, en los primeros instantes le dejó estupefacto por completo.

El trío de asesinos se detuvo un instante, como si hubieran echado raíces sus pies en el suelo y luego, de modo casi unánime, Cosley y sus esbirros retrocedieron, al mismo tiempo que alzaban las manos de una manera harto significativa.

Antes de que Clinton pudiera preguntarse a qué causas obedecía tan insólita actitud, una voz se oyó con perfecta claridad en el vestíbulo.

—¡Muy bien! ¡Guapos y obedientes chicos, como a mí me gustan! ¿Te das cuenta, Frankie? Ni siquiera ha hecho falta que les ordenáramos levantar las manos.

Clinton comprendió súbitamente todo lo ocurrido. Los otros dos *gangsters*, aquellos que le golpearan y luego registraran de cabo a rabo su apartamento, habían hecho acto de presencia inesperadamente, sorprendiendo a Cosley y sus secuaces, de una forma que les impedía toda reacción.

El campo visual de Clinton se ensanchó. Reconoció a Mark, el cual empuñaba una ominosa pistola ametralladora, con lo cual cubría al sorprendido trío de forajidos, cuya sorpresa era tal que ni articular palabra podían.

—Muy bien —dijo Frankie—, y ahora que estamos aquí, nos vais a decir por las buenas dónde están *milady* y el profesor, ¿eh?

Suavemente, con infinito cuidado, para no incurrir en riesgos innecesarios, Clinton cerró la puerta del todo, volviendo luego sus ojos hacia los de Starling, quien le miraba con el pavor retratado en su lindo semblante.

—No están aquí; se han largado —contestó Cosley de mal talante.

Frankie rió siniestramente.

—¡Un bonito cuento, amigo Cosley! ¿Piensas que me lo voy a tragar así como así?

—Te digo la verdad, Frankie. Y si no me crees, registra la casa. En el piso de arriba verás los cadáveres de dos de los nuestros. Se los cargaron antes de marcharse, ¿sabes?

Clinton advirtió claramente el suspicaz silencio que siguió a las palabras de Cosley. Después de unos segundos de vacilación, Frankie gruñó:

—Puede que sea verdad lo que tú dices... pero me gustaría cerciorarme de ello. ¡Mark, Vigílalos tú mientras yo doy una vuelta por la casa!

—O.K., Frankie; ve tranquilo. Yo me encargo de este terceto de buitres.

Los pasos de Frankie resonaron bien pronto por encima de las cabezas de Clinton y Starling. El joven sintió de pronto en su mano la de Starling, quien se la tomó como para darse ánimos a sí misma.

La voz de Mark sonó bruscamente, de un modo imprevisto.

—¡Vosotros, media vuelta y de cara a la pared! ¡Las manos en la nuca y al primero que se mueva le llenaré los riñones de piedras... de plomo! —concluyó el pandillero con una soez carcajada.

Clinton se arriesgó a acercar un ojo al orificio de la madera que tenía más próximo. Vio a Cosley y su pareja de acólitos quedar a dos metros escasos de él, pegados literalmente a la pared, en la postura indicada por Mark, sin osar mover siquiera una pestaña.

Por encima de su cabeza sonaron los pasos precipitados de Frankie. Una puerta golpeó con estruendo su marco.

Frankie recorrió estrepitosamente todas las habitaciones del piso superior. Unos minutos más tarde, bajó al vestíbulo e hizo lo propio con las de la planta.

Al fin, hubo de convencerse de que Cosley había dicho la verdad. Bramando de cólera, se dirigió a éste:

—¡Tú, maldito seas, dime dónde se han ido esos dos! —rugió.

—No lo sé. ¿Cómo quieres que yo...?

—¡No te vuelvas; sigue como estabas! —le ordenó secamente Mark, viendo que Cosley intentaba volverse para hablar con Frankie.

Éste continuó su interrogatorio.

—¿Quién os mandó traerlos aquí?

—¿Es que no te lo supones? —dijo Cosley, burlonamente.

—Ya sé a quién aludes —contestó Frankie, mordiendo las palabras—. Pero en cuanto le echemos el guante... ¿Para qué los trajisteis aquí?

—Nos lo ordenó el jefe; es cuanto puedo decirte, Frankie.

—¡Mientes! —aulló el pistolero—. Tú estás tan enterado del asunto como tu jefe, ese puerco de Huygens. ¡Vamos, contesta!

Desde su observatorio, Clinton pudo apreciar las dudas y vacilaciones de Cosley, cuyo rostro distinguía perfectamente de perfil a menos de dos metros de distancia. El *gangster* tragó saliva y Courtenay pudo darse cuenta de que tenía miedo de veras.

—No sé...

—Lo sabes, Cosley —dijo fríamente, en un tono aparentemente normal, pero lleno de una siniestra amenaza, Frankie—. Por tu propio bien te recomiendo que hables.

La nuez de Cosley subió y bajó con espasmódicos movimientos. Siendo un avezado pistolero, conocía los procedimientos a utilizar en tales casos y no le cabía la menor duda de que Frankie estaba dispuesto a llevar las cosas hasta el último extremo si era preciso, con tal de conseguir la información que precisaba.

—Verás, Frankie... el jefe dijo que trajéramos aquí a *milady* y al profesor y que los retuviéramos mientras él no dispusiera otra cosa. Los... los dejamos aquí... y cuando volvimos hace unos minutos... nos encontramos a Georgie y a Succhino muertos... Seguramente los liquidaron ellos y luego huyeron.

—En eso parece que dices la verdad —masculló Frankie—. Bien, atrapasteis a la pareja y luego fuisteis a comunicárselo a vuestro jefe. ¿Cuáles fueron las órdenes que os dio ese sinvergüenza de Huygens?

Cosley vaciló. Al fin, dijo:

—Te... teníamos que matarlos...

La mano de Starling se crispó súbitamente sobre la de Clinton. Frankie soltó una brutal carcajada.

—Pues sí que anduvisteis vivos, imbéciles. Parece mentira que una pareja de atontados como *milady* y ese Courtenay se cargaran a dos de vuestra panda y luego os dejaran aquí plantados. ¿En qué estabais pensando?

Cosley no contestó; se mordió los labios, en tanto una risa, la de Frankie, sonaba con trémolos bajos y seseantes, pareciendo la de una serpiente de cascabel disponiéndose a lanzarse al ataque.

Clinton notó que un escalofrío le recorría la espalda, como un premonitorio aviso de algo siniestro que estaba a punto de suceder. Y, de la misma manera, notó que Cosley también lo presentía.

El joven vio a Cosley volverse repentinamente. Los ojos del pistolero se desorbitaron bruscamente, en tanto que su boca se abría desmesuradamente, prorrumpiendo en un alarido de anticipada agonía.

—¡No! ¡No...! —chilló, de manera espeluznante, pero su grito fue ahogado por un ensordecedor estruendo.

La ametralladora de Mark tableteó sonoramente, haciendo vibrar con la multiplicidad de sus rapidísimos estampidos los muros de la casa.

Fascinado por el horrendo espectáculo, morbosamente atraído por lo que estaba presenciando, Clinton vio saltar lascas de yeso enrojecido de la pared, volando en todas direcciones. El huracán de balas salido de la «Thompson» recorrió dos o tres veces aquellos cuerpos, perforándolos despiadadamente uno tras otro, hasta que Mark estuvo seguro de que habían caído todos al suelo.

Clinton vio a los desdichados derrumbarse como trágicos peles, ahogados sus gritos de horror y agonía por el estrépito de los disparos. Los rostros de Cosley y sus compinches se deformaron en espantosas muecas, convirtiéndose en una espeluznante visión que golpeó el cerebro de Clinton con feroces latigazos de horror.

La ametralladora calló, pero sus ecos parecieron seguir repitiéndose todavía unos segundos, antes de que un denso silencio, siniestro y estremecedor, se desplomase sobre aquel fatídico lugar.

En aquel momento, Clinton se dio cuenta de que Starling se agitaba de una manera extraña. La advirtió próxima a la histeria y, buscando la manera de ocultar su presencia en aquel lugar, la tomó por el talle, poniéndole la otra mano en la boca.

Starling pareció comprender los deseos de Clinton y quedó quieta, con los ojos muy abiertos, espantada por completo, moviéndose su cuerpo con cortos, pero frecuentes estremecimientos, causados por un sistema nervioso incidentalmente falto de control cerebral.

El silencio fue roto bruscamente por más disparos. Ahora sólo fueron tres, un tanto espaciados y de una intensidad y tonalidad distintos a los de la ametralladora. Por la forma en que eran hechos, Clinton comprendió que la pareja de forajidos no quería dejar rastros comprometedores tras sí y no le fue difícil entender que aquéllos eran los tiros de gracia.

Después de la última detonación, oyó a Frankie comentar con indiferencia:

—¡Bueno —exclamó—, ya está todo liquidado! ¡Ahora, James Huygens está desdentado y no puede morder! ¿Qué te parece, Mark?

—Nuestro jefe quedará muy satisfecho. Ahora lo único que nos queda es buscar a ese Huygens y llevárselo a su presencia.

—Sí; quiere liquidarlo él en persona. Un caprichito como otro cualquiera, ¿no te parece, Mark? —rió desafortadamente Frankie.

El otro desalmado coreó las risas de su compañero. Después, dijo:

—Bueno, creo que aquí ya no tenemos nada que hacer, Frankie. Lo mejor es largarnos, contarle al jefe lo ocurrido y que resuelva en tanto nosotros tratamos de echar el guante a Huygens.

—De acuerdo, Mark; vámonos.

Los pasos de los pandilleros se alejaron rumbo a la puerta, y un minuto más tarde se oyó el ronquido de un automóvil que se alejaba velozmente.

Clinton aguardó un buen rato antes de arriesgarse a salir de aquel antro de horrores. Quitó la mano de la boca de Starling y dijo:

—Por favor, trate de mantener la calma.

Ella asintió, moviendo la cabeza.

—Pro... procuraré hacerlo, Clinton. ¡Dios mío, nunca creí que pudieran existir seres con una conciencia tan negra como esos dos asesinos!

—No olvide —le replicó él con frialdad—, que Cosley y su pandilla trataban de matarnos a nosotros también, sin darnos la menor posibilidad de defensa.

—Aun así, la muerte de Cosley y los otros dos, no deja de constituir un asesinato, Clinton. Lo suyo fue muy diferente; se defendía y me defendía a mí. Pero esto... esto... ¡Oh, es que no tiene nombre, Clinton!

—Estoy en un todo de acuerdo con usted, Starling —contestó él, agregando luego con tono duro—. No obstante, tenga en cuenta la profesión de estos canallas y acuerde conmigo en que su muerte no deja de tener cierta lógica, ¿me comprende?

Ella no contestó, en vista de lo cual, Clinton prosiguió, aunque desviando ligeramente la cuestión:

—Ya vio usted de qué manera se expresó Cosley. ¿Qué piensa hacer con su primo?

Starling vaciló.

—¿Qué me aconseja usted, Clinton?

El joven se rascó la barbilla antes de dar su réplica.

—Sabemos que James quería asesinarnos, pero no tenemos ninguna prueba que nos permita presentar una acusación formal contra él. No obstante, tendríamos que atacarle antes de que él pudiera hacerlo, si es que ahora se encuentra en condiciones, pues, como muy bien dijeron esa pareja de asesinos, lo han dejado sin dientes para morder.

—Yo podría atacarlo de una manera infalible —suspiró ella—, pero el sobre voló, Clinton.

El aludido meditó unos segundos. Después, dijo:

—Estoy elaborando un plan, pero necesito pensarlo muy bien

antes de ponerlo en práctica. Hay que darse cuenta, además, de que no sólo tenemos en contra a su primo, sino también al jefe de Mark y Frankie, quien igualmente desea nuestra eliminación y que tiene sobre nosotros la inmensa ventaja de conocernos sin ser conocido de nuestra parte.

—¿Cuál es su plan, Clinton? —inquirió ella, intrigada.

—Si las cosas salen como yo quisiera... Necesitaría, sin embargo, varios días para llevarlo a la práctica y un lugar seguro y desconocido para su primo y para los otros.

—Yo sé dónde puede hacerlo, Clinton —dijo ella con vehemencia.

El joven no se entretuvo en hacer averiguaciones acerca del lugar a que se refería su compañera de fatigas. Tomándola por el brazo, empujó la puerta al mismo tiempo que decía:

—Procure no mirar, Starling; me temo que el espectáculo que hay en este vestíbulo no tiene nada de agradable.

Evitando mirar los ensangrentados cuerpos de Cosley y sus compañeros, que yacían revueltos en confuso montón, Clinton y Starling salieron rápidamente de aquella fatídica mansión, en donde en tan pocas horas se habían acumulado tantos horrores y, tomando un coche de los que allí había, montaron en él, dirigiéndose a toda marcha hacia Los Ángeles.

Pero al desembocar en la autopista, una sorpresa les aguardaba.

CAPÍTULO IX

Casi en el cruce de la autopista con el caminillo que conducía a la casa había un automóvil detenido, cuyo dueño estaba inclinado sobre el descubierto motor en una posición que no dejaba el menor lugar a la duda.

Al ver salir un coche por un sitio relativamente inesperado, el hombre levantó la cabeza. Clinton, que conducía, frenó la marcha para tomar la curva y, en aquel momento, Starling exclamó:

—¡Pare usted, por favor!

El joven obedeció, sin mostrar ninguna extrañeza por la orden que acababa de recibir, ya que también él había reconocido a Johnny Petersen en el individuo que estaba tratando de averiguar la clase de avería que le había inmovilizado en aquel punto.

Petersen sonrió alegremente.

—¡Starling! ¡Qué sorpresa tan agradable! ¿Qué haces...? Oh, dispénsame; no me había dado cuenta. Señor Courtenay... —agregó el joven, con más sequedad en el acento, haciendo una breve inclinación de cabeza.

Clinton correspondió al saludo de Petersen. Starling preguntó:

—¿Qué te ocurre, Johnny?

—Pues tú misma puedes verlo, Starling. El coche que se empeñó en no andar y yo, que por lo visto, no estoy llamado por el camino de la mecánica.

—Vamos a Los Ángeles, Johnny. Si quieres unirme a nosotros te dejaremos donde quieras. Luego puedes enviar un mecánico a recoger el coche.

—De acuerdo —exclamó agradecido Petersen—. Una solución que me satisface enormemente y para la cual no encuentro palabras suficientes con que agradecértelo.

—¡Bah! —Agitó ella la mano—. No tiene la menor importancia. Sube, Johnny.

Starling abrió la portezuela y Petersen se colocó en el asiento delantero, en el que había espacio de sobra, junto a la pareja. Clinton soltó el freno y el automóvil reanudó la marcha.

—Dame un cigarrillo, Johnny —dijo Starling, y cuando lo hubo encendido la joven aspiró el humo profundamente.

—¿No nos preguntas de dónde venimos, Johnny? —dijo ella de pronto.

—No soy curioso, Starling. Además... si tú y el profesor os habéis enamorado...

Mirándola de reojo, Clinton pudo darse cuenta de que las mejillas de Starling se coloreaban levemente. Los dedos de la joven estrujaron nerviosamente el cigarrillo.

—Te equivocas, Johnny. Entre el profesor y yo no hay otra cosa que una buena amistad, derivada de ciertos hechos que los dos hemos tenido que padecer juntos. Lamento defraudarte...

—¡Oh, no! —rió Petersen—. Por favor, Starling; una noticia de tal calibre no puede defraudarme nunca. Esto quiere decir que aún puedo conservar las esperanzas, ¿no?

—Pues, la verdad, yo, Johnny... —Y de pronto, la muchacha apretó los labios con fuerza, callando de modo brusco.

Clinton contuvo la sonrisa que estaba a punto de brotar de sus labios y se dedicó de lleno al manejo del coche, procurando ganar todo el tiempo posible para llegar cuanto antes a Los Ángeles. Mientras que conducía, continuó elaborando el plan en el interior de su mente, de modo que una hora más tarde, cuando se detuvo ante una estación de servicio, casi lo tenía ya resuelto del todo.

Petersen se apeó, tomando entre las suyas la mano de la joven.

—Gracias por todo, Starling —dijo—. ¿Cuándo podré telefonearte?

—Más pronto de la noche no, Johnny. Ahora estoy muy fatigada y necesito descansar.

—Muy bien, hasta la noche, Starling. Profesor Courtenay...

—Encantado de haberle sido útil, señor Petersen —saludó Clinton, al mismo tiempo que embragaba el coche.

El vehículo arrancó y Clinton, por medio del retrovisor, pudo ver que Petersen se dirigía hacia una de las cabinas telefónicas de la estación de servicio, en donde desapareció. Después de haberse unido de nuevo a la espesa corriente del tránsito, dijo:

—Parece que el tal Johnny está seriamente enamorado de usted, Starling.

Ella hizo un gesto de disgusto.

—Es un buen chico, pero no me agrada como posible marido.

—¿Está escarmentada de su anterior matrimonio?

—Si no le molesta, éste es un asunto del cual me gustaría hablar lo menos posible, Clinton.

—Dispénsese —dijo él, contrito—. No traté de disgustarla.

—Oh, no haga caso. Esto no puede ser nunca peor... de lo que pasé cuando estuve casada con Lord Huygens. Pero no quiero comentarlo más, Clinton.

—Muy bien, a su gusto. Ahora, Starling, sería muy conveniente que me dijera dónde tengo que dejarla a usted.

—En mi casa, no, por supuesto. James la conoce demasiado...

—Su primo se ha quedado sin dientes, recuérdelo.

—No importa. No quiero volver allí.

—¿Qué es lo que piensa hacer?

—Lo primero, detenernos en un lugar desde el cual poder telefonar.

—¿A quién, Starling?

—A James. He de avisarle de lo que planean contra él.

El sobresalto de Clinton fue harto evidente para que no lo advirtiera la joven.

—¿Cómo? —exclamó él—. Después de lo que ha oído... ¿piensa prevenirle?

—¿Acaso no lo haría usted? Quisiera que me dejara en paz de una vez, aunque el medio de que se van a valer esos dos forajidos no sea el que más me agrade.

—Pero sí el más seguro, Starling. Recuerde que James quería matarla. Y de mí no hablemos.

Ella le miró con sorpresa.

—No le sabía tan sanguinario, Clinton —dijo.

—No lo soy. Pero entre la vida de James y la mía... la duda no es posible, digo yo. Y su vida también está en juego, Starling.

—Aunque así sea. Cuando James se entere de que todos los miembros de su *gang* están muertos, se lo pensará mucho antes de volver a atacarme.

Clinton se encogió de hombros.

—Muy bien, pues —dijo—. Se hará como usted desea. Menos mal que a mí no me cogerá la tormenta en descubierto.

Ella lo miró de soslayo.

—¿Cómo quiere usted decir? ¿Qué es lo que piensa hacer, Clinton?

—No se lo digo y dispénsese por la falta de franqueza. Lo único que quiero saber es el lugar donde piensa usted esconderse. Puedo necesitarla en el momento más oportuno y no quiero andar haciendo averiguaciones.

Starling vaciló unos momentos y, al fin, dijo:

—Déjeme usted a la entrada del Sunset Boulevard, antes de llegar a la Calle de la Misión.

—Muy bien —dijo Clinton, y ninguno de los dos habló ya hasta que el coche hubo llegado al sitio designado.

Starling se apeó y alargó su mano.

—Gracias por todo cuanto ha hecho por mí, Clinton. Por mucho tiempo que pase, jamás podré olvidar que le debo la vida varias veces.

—Estábamos juntos —contestó él sencillamente—. También tenía que defender la mía. Ahora deme su nueva dirección y teléfono y quédese allí hasta que yo se lo diga.

Starling lo hizo así, y cuando el joven hubo terminado de anotar las señas, ella dijo:

—Por favor —suplicó—, ¿es que no piensa usted decirme lo que quiere hacer?

Clinton movió la cabeza enérgicamente.

—No, no quiero que sepa nada hasta que todo esté listo.

—Y... ¿tardará mucho, Clinton?

—No menos de tres días, si es a eso a lo que usted se refiere. Por lo menos, si las cosas me van bien, puesto que en caso contrario podría doblar el plazo señalado. Ahora váyase y no se mueva hasta que yo la llame.

Clinton puso el coche en marcha, dejando a Starling en la acera. La joven vio alejarse el automóvil y luego llamó un taxi.

Un cuarto de hora más tarde, Clinton había devuelto el coche al dueño del garaje siniestrado, a quién encontró en el solar donde aparcaran los autos que habían podido ser salvados del incendio.

—Tenemos de nuevo su coche, señor Courtenay —dijo Coplan

—. Lo devolvió una pareja de jovenzuelos...

—Ya lo sé, señor Coplan —sonrió el joven—. Yo mismo los mandé. ¿Ha sufrido algún daño?

—En absoluto, profesor. Únicamente que tendrá que buscarse otro garaje. El mío... —Y Coplan dejó la frase sin concluir, substituyéndola con un gesto harto expresivo.

—La Compañía de Seguros le ayudará a levantar uno nuevo, señor Coplan. Ahora sólo me resta darle las gracias por el préstamo que me hizo de su coche.

—Encantado de servirle, profesor.

Clinton se dirigió a pie hacia su casa. En el camino encontró una cafetería en donde comió con gran apetito, pues desde la noche anterior no había probado bocado y al terminar, abonó la cuenta y salió.

En su apartamento, cerró la puerta cuidadosamente con llave, colocando además, un pesado sillón para obstaculizar el paso a todo aquel que quisiera penetrar violentamente. Se duchó, limpiándose de la suciedad adquirida y, poniéndose un pijama limpio, se echó a dormir.

La noche estaba ya muy avanzada cuando se despertó y, al encender la luz, comprobó, asombrado, que había dormido casi doce horas de un tirón.

Sintiendo un apetito feroz, fue hacia la cocina, extrayendo del refrigerador unas cuantas latas de conserva. Puso agua a calentar y luego se fue hacia el baño.

Vestido de limpio y afeitado, devoró la cena en un santiamén. Despejó luego de trastos la mesa y, encendiendo una pipa, cuyo humo le supo a gloria, se puso a trabajar, sin importarle el hecho de que las agujas del reloj hubieran rebasado ya la una de la madrugada.

El tiempo empezó a pasar, sin que el joven se apercibiera de ello, sumido por completo en su tarea. De vez en cuando, se levantaba, consultaba algún libro y luego volvía junto a la mesa, sobre la cual se veía un gran rectángulo de papel blanco, encima del cual, Clinton estaba dibujando un rótulo con relativa profusión de letras y buen tamaño.

El alba le sorprendió trabajando todavía en aquella extraña ocupación. Clinton levantó la cabeza y frunció el ceño al darse

cuenta de la rapidez con que había pasado el tiempo.

Se preparó un poco de café y luego, con una taza en la mano, contempló con ojo crítico su labor. Se puso y se quitó las gafas varias veces, estudiando el rótulo de lejos y de cerca, alternativamente, y al terminar de sorber la Infusión, efectuó en el mismo algunos retoques, hasta quedar por completo satisfecho de cuánto había hecho.

Para entonces, el sol ya entraba a raudales por la ventana. El joven se preparó un buen desayuno, después de lo cual, recogió todo y, enrollando cuidadosamente el papel, se dispuso a salir.

En el momento en que tiraba del sillón para dejar la puerta libre, sonó la campanilla del teléfono.

Durante unos segundos, Clinton miró el aparato aprensivamente. Después avanzó hacia él.

Puso la mano sobre el auricular, vacilando. Al fin, haciendo una profunda inspiración, se lo llevó con rápido gesto a la oreja.

—Profesor Courtenay —dijo.

—Buenos días, profesor —le saludó una voz—. ¿Cómo se encuentra usted?

Clinton trató de reconocer al propietario de la voz por el tono de ésta sin conseguirlo.

—Magníficamente, por ahora, señor...

Una suave risita sonó al otro lado del teléfono.

—Es inútil que trate usted de averiguar quién soy yo. Lo único que puedo hacer es expresarle mi agradecimiento por las facilidades que me dio en mi tarea.

—No le entiendo —dijo Clinton hoscamente.

—Verá, profesor; usted despachó a Georgie y a Succhino.

—Y sus hombres ametrallaron a Cosley y a los otros dos.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Fui testigo presencial de la matanza, señor asesino por delegación.

—¿Cómo? ¿Usted... lo vio?

—Justamente. Y también *Lady Huygens*.

Clinton oyó una soez interjección al otro lado del hilo. Después, el desconocido prosiguió:

—Eso quiere decir que cuando mis hombres llegaron a la casa, ustedes dos no la habían abandonado todavía.

—Me maravillan sus dotes de deducción, señor asesino —dijo Clinton sarcásticamente—. ¿Cuándo nos toca el turno a *Lady Huygens* y a mí?

—No antes de que hayamos hallado cierto sobre que usted conoce muy bien, profesor —dijo el otro, rabiosamente.

—Sólo de vista, mi querido amigo, sólo de vista. Aunque usted, que parece estar bien enterado de las cosas, ya debe saber que ese sobre se extravió.

—Tendré que comprobarlo personalmente, profesor.

—Es usted muy libre de hacerlo, señor mío. Y ahora, antes de colgar, ¿me permitirá una última pregunta?

—Hágala —dijo el desconocido secamente.

—¿Quién de los dos mató a Lord Huygens?

—El esposo de Starling se estrelló con su coche y usted lo sabe muy bien, profesor.

—Yo diría que fue un asesinato, muy bien planeado, pero asesinato al fin y al cabo. Lo malo es que ustedes no contaron con que Lord Huygens dejaría tras sí unos documentos comprometedores para ambos, ¿verdad?

—Yo no tengo nada que temer...

—Está mintiendo, señor asesino. De lo contrario, ¿por qué causar tantas muertes? Hizo matar a Cosley y a los suyos para librarse de unos enemigos peligrosos, aparte de amedrentar con ello a James Huygens, que es el próximo en su lista. Dígame que miento si tiene valor para ello.

Una brutal exclamación se oyó al otro lado del hilo. Clinton sonrió satisfecho y prosiguió:

—Usted y James Huygens estuvieron unidos en un tiempo y ahora son mortales enemigos. No sólo entre sí, sino de *Lady Huygens* además, por el peligro que ésta pueda representar para ustedes. Quieren suprimirse el uno al otro y luego acabar con Starling, incluso corriendo el riesgo de que un día pueda aparecer el sobre que ahora está perdido, ¿no es así? Pero aunque el sobre no apareciera, Starling conoce los hechos, puesto que sabe lo que hay en su interior, y temen que hable. Naturalmente, sus palabras no constituirían de por sí unas pruebas contundentes como son los citados documentos, pero sí provocarían una investigación policíaca que tanto usted como James Huygens están empeñados a toda costa

en evitar. ¿Sigo mintiendo?

Hubo un momento de pausa y luego, la voz del desconocido le llegó, extrañamente tranquila, hasta el auricular.

—No me extraña que sea usted un experto en psicología...

—Parapsicología está mejor dicho, señor asesino rectificó Clinton, sonriente.

—Es lo mismo. Pero se está pasando de listo y los cementerios están llenos de tipos que se creyeron muy vivos y luego resultaron ser unos grandes imbéciles.

—¿Cuál de los dos ha de aplicarse tan juiciosa sentencia, amigo?

—rió Clinton—. No le conozco a usted, pero sí puedo anticiparle desde aquí una cosa: no pasarán tres días, quizá menos, sin que usted mismo, fíjese bien en lo que le digo, usted mismo, se acuse de la muerte premeditada de Lord Huygens. Y ahora, *au revoir, mon ami*.

Clinton colgó el teléfono, sonriendo muy satisfecho del giro que había tomado la conversación. Permaneció unos momentos en pie, junto a la mesita y luego, quitándose las gafas, que guardó en el bolsillo superior de la chaqueta, tomó el rollo de papeles y salió del apartamento.

Caminó a pie, sin grandes apresuramientos, recorriendo unas tres manzanas antes de penetrar en un establecimiento, cuyo dueño acudió a saludarle efusivamente.

—¡Caramba, profesor! —dijo el dueño de la tienda—. ¡Qué caro se hace usted de ver por aquí! ¿Dónde ha estado todo este tiempo?

—Pues... trabajando y preparando mi tesis. Usted ya sabe mi especialidad y... He venido a encargarle un trabajito, señor Hubstein.

—Lo que usted quiera, profesor. ¿De qué se trata?

Clinton se lo dijo y el dueño del establecimiento, un cincuentón calvo y menudo, movió con pesimismo la cabeza.

—Demasiado trabajo, profesor. En estos momentos, yo...

—Me lo supongo, señor Hubstein. Sin embargo, le diré que, si usted me permite, yo mismo haré ese trabajo.

Hubstein miró sorprendido al joven por encima de sus lentes.

—¿Cómo? ¿Usted se va a meter aquí... a mancharse de...?

—Hay procedimientos para limpiarse, ¿no? —rió el joven—. Además, así su factura será más limitada y esto me conviene;

recuerde usted que mis posibilidades económicas son bastante reducidas.

Hubstein agitó la mano desdeñosamente.

—¡Vaya! Por bien poco se preocupa usted, profesor. Ya me pagará cuando pueda... o cuando le den algún Premio Nobel.

Clinton se echó a reír.

—¿Cree usted que los premios Nobel se conceden cada semana? Vamos, enséñeme usted el antro donde he de trabajar. He de hacerlo cuanto antes.

—Sígame usted, profesor. Acaso necesite usted ayuda. Si es así, dígamelo; tengo ahora un operario muy competente...

—Creo que podré pasarme sin él, salvo para algunos detalles puramente mecánicos. En todo caso, ya le avisaré a usted, señor Hubstein.

Durante dos días completos, Clinton trabajó de un modo frenético, sin salir de casa de Hubstein. Durmió muy poco y las veces que lo hizo fue en un sillón que había en el lugar mismo donde efectuaba sus trabajos, del que no salió ni aun para comer, pues hizo que Hubstein le proporcionara incluso los alimentos para su subsistencia.

Al final del tercer día, dio todo por terminado. Metió el producto de su afanosa labor en un maletín que envió a comprar y luego se dirigió a su apartamento, encerrándose en él con llave.

Una vez dentro, tomó el teléfono, marcando el número que le diera la joven.

—Starling, soy Clinton —dijo apenas entró en comunicación con ella.

—¡Gracias a Dios! —exclamó ansiosamente la aludida—. Oh, Clinton, temí que le hubiera ocurrido algo y...

—Afortunadamente no ha sido así. Estoy vivo y sano, perfectamente sano. Un poco cansado... pero eso es todo. Sin embargo, mi cansancio no es tanto que no pueda invitarla esta noche a cenar en el «Cocoanut Grove». A usted la conocerán más que a mí. ¿Podría mandar que nos reservasen una mesa? Para tres, me olvidaba decírselo.

—Pues... sí, claro, Clinton —dijo ella, muy extrañada—. ¿Quién es el tercero?

—James —laconizó él.

Hubo una breve pausa de silencio. Después, Starling dijo:

—¿Está... seguro de que quiere invitar a James, Clinton?

—Absolutamente, Starling. Haga lo que le digo, por favor, y confíe en mí.

—Está bien, Clinton —dijo ella—. Puesto que usted insiste... Pero ¿no me podría anticipar nada?

—No, en absoluto, Starling, y dispénsame la franqueza. ¿A las ocho?

—De acuerdo, Clinton —repuso la joven, no sin cierta vacilación en su acento, que Courtenay advirtió claramente.

Después de haber hablado con Starling, Clinton hizo varias llamadas más, a continuación de lo cual, se metió en el baño, cosa que no había hecho desde que se pusiera a trabajar en casa de Hubstein. Se duchó, afeitó y luego se vistió de *smoking*.

Al terminar de vestirse, tomó el maletín que trajera de la tienda de Hubstein. Con él en la mano, se dirigió hacia el solar donde tenía el coche, en el que montó, dirigiéndose tranquilamente hacia el lugar donde pensaba encontrarse con Starling y James.

CAPÍTULO X

—Una velada deliciosa —suspiró Starling, ya en la puerta del famoso «Cocoanut Grove», teniendo a ambos lados, a Clinton y a James Huygens.

—Tanto, que causa pena tener que darle por concluida —dijo Clinton.

—¿Por qué no continuamos? —sugirió James—. Todavía es pronto, ¿no?

—Podríamos ir a mi casa —dijo ella—. Les invito a una copa de champaña. ¿Hace?

Clinton dudó.

—Tengo trabajo y... No estoy acostumbrado a trasnochar, Starling.

—Vamos, vamos, profesor —sonrió ella, tomándole del brazo afectuosamente—. Deje por un día sus libracos. Seguro que no le echan de menos, ¿verdad, James?

—Oh, por supuesto, querida. No se haga el remolón y venga con nosotros, profesor. Una copa más poco daño puede hacerle.

Clinton terminó por acceder.

—Está bien; vayamos a su casa a hacer la despedida, Starling. Pero me ha de prometer no pasar de la primera copa, ¿eh?

Ella se echó a reír.

—Yo le pondré la botella al alcance de la mano, profesor. El resto queda a su cargo.

—No sé si lo sabré resistir —se resignó Clinton—. Bien, vayamos pues, aunque yo tendré que seguirles. Traje mi coche y...

—De acuerdo, Clinton. Mi casa está en Hill Crest, 315.

—Vayan ustedes dos delante; yo les sigo de cerca.

El joven se encaminó a la playa de estacionamiento donde tenía su arcaico vehículo y ya tenía entre sus dedos la manija de la puerta, cuando, de pronto, alguien le golpeó fuertemente la espalda.

—¡Hola, profesor! —exclamó a sus espaldas, Petersen.

Clinton sonrió.

—¿Cómo se encuentra, amigo? —Y luego, al ver flaquear las piernas del pretendiente de Starling, comprendió su estado físico—: Parece que nos hemos estado divirtiendo, ¿eh?

—Así... así es, profesor. Ya le vi cenando con Starling y su primo. ¿Qué hicieron éstos? ¿Se fueron ya?

—Oh, no. Ahora vamos a casa de Starling a continuar la fiesta. Ella nos ha invitado a tomar una copa allí, ¿comprende?

Los ojos de Petersen chispearon.

—¿Una... una copa? ¿Puedo agregarme yo, profesor?

—¿Por qué no? Suba, si ése es su gusto. Lamento no poder ofrecerle un trasto mejor, pero es el único de que dispongo, señor Petersen.

La mano del aludido dibujó un gesto vago en el aire.

—Si anda, es todo lo que se necesita para llegar a casa de Starling. ¿Ya sabe usted dónde es?

—Sí, señor Petersen —dijo Clinton, al mismo tiempo que, habiendo puesto en marcha el automóvil, viraba para salir de la playa de estacionamiento a la calle.

En el momento en que enfilaba la ruta que le llevaría a la mansión de Starling, Clinton advirtió que otro coche se ponía en marcha. El incidente no habría tenido nada de particular, si el joven no hubiera advertido unos minutos más tarde que aquel vehículo seguía exactamente el mismo camino que el suyo.

Apagó una sonrisa que había estado a punto de brotar de sus labios. Manejó el coche con indiferencia, charlando volublemente con Petersen, en tanto que sus ojos vigilaban atenta y alternativamente el camino que se abría frente a él y el espejo retrovisor.

Enfiló el Sunset Boulevard y luego torció por la segunda calle a la izquierda. La Avenida Hill Crest tenía un trazado en pronunciada pendiente y el automóvil lo remontó no sin bastantes esfuerzos.

Clinton pudo comprobar que el otro coche les seguía implacablemente. Sin embargo, no hizo el menor caso, continuando como si no hubiera advertido su presencia, procurando contestar a las mil y una preguntas que de modo insaciable le hacía Petersen.

Examinó los números de las casas hasta encontrar el deseado.

Hill Crest estaba situado en el cogollo de un barrio residencial, posiblemente el más exclusivo de la ciudad, y el solo hecho de vivir allí ya calificaba el opulento medio en que se desenvolvían sus moradores.

Viró a la izquierda, metiendo el coche por un caminito de pedregullo, que desembocaba veinte metros más adelante en una plazoleta rodeada de jardines, en cuyo centro se alzaba una lujosa mansión de estilo español, adornado el porche con artísticos faroles de hierro forjado. En el extremo opuesto del pórtico, estaba el coche de Starling, la cual, junto con James, aguardaba a que llegara Clinton.

La joven vestía un maravilloso traje de noche, corto, de amplia y vaporosa falda, cuyo talle silueteaba magníficamente las finas líneas de su armonioso busto. El blanco color del vestido contrastaba agradablemente con el tono oscuro, con metálicos reflejos, del cabello de Starling, sujeto en la parte alta de la nuca con un cintillo de piedras preciosas.

La joven se sorprendió agradablemente al ver a su pretendiente allí.

—Hola, Starling —contestó Petersen—. Me... me encontré con tu amigo el profesor... y me invitó a tomar una copa. Espero no molestarte, ¿verdad?

—Nada de eso, Johnny; ya sabes que siempre, pese a todo, eres bien recibido en mi casa. ¿Quieren pasar, por favor?

Clinton fue el último en entrar, comprobando, de forma casual, que el coche seguidor ya no daba señales de existencia. Pero esto no le pareció raro, suponiendo que sus ocupantes habrían continuado el resto del camino a pie.

Starling en persona les guió en la mansión, llevándoles a una amplia estancia que hacía como de estudio y *living* al mismo tiempo, y en la cual había un moderno bar en uno de sus ángulos. James, como conocedor de la residencia, encendió las luces, encaminándose directamente tras el mostrador del bar, el cual estaba dotado también de una pequeña refrigeradora, de donde sacó una botella de champaña helado.

El ruido de la botella al ser descorchada pareció romper la tensión de los primeros momentos. James vertió el espumoso vino en las copas y luego alzó la suya.

—Por que cada uno de nosotros alcance lo que más desea —brindó, mirando intencionadamente a Starling primero y luego a Clinton.

El joven se hizo el desentendido y sonrió.

—Muy amable, señor Huygens. Le deseo lo mismo —dijo, y tomó un sorbo de champaña, depositando luego la copa sobre el mostrador.

Clinton sacó su pipa y su bolsa de tabaco, en tanto que Petersen, con dedos trabajosos, ofrecía cigarrillos.

Starling se sentó en uno de los altos taburetes, cruzando las piernas y prendió fuego al suyo.

Al inclinarse hacia adelante para aceptar la llama que le ofrecía Petersen, su mirada chocó con la de Clinton, quien, apoyado negligentemente contra la pared, atacaba la pipa con el pulgar. El joven asintió con breve parpadeo y, después de inspirar profundamente el humo, Starling dijo:

—Creo que tu brindis ha estado muy acertado, primo James.

—Lo hice con toda sinceridad, Starling —contestó el aludido, acodado sobre el mostrador.

—Deseaste que cada uno de nosotros alcanzase lo que más anhela. En lo que a ti se refiere, ¿siguen siendo tus deseos los que un tal Cosley expresó por ti?

Cogido por sorpresa, James vaciló.

—No conozco a ese tal Cosley, Starling —acabó por decir.

—¿Estás seguro? El mencionó tu nombre antes de morir, James.

—Mira, Starling —dijo Huygens—; hemos venido aquí con la intención de concluir agradablemente una agradable velada. No estoy en disposición de descifrar enigmas, ¿sabes?

—Por el contrario —exclamó ella con firme acento—; yo creo que, ahora que estamos aquí, es hora de que descifremos de una vez muchos enigmas que tenemos pendientes. Por ejemplo, la muerte de tu primo.

—Sabes de sobra que se mató porque conducía su «Porsche» como un loco, Starling —dijo James, ceñudo.

—Profesor —terció balbuceante Petersen—, ¿era ésta la diversión que usted me había prometido?

Clinton no contestó; al parecer, estaba muy ocupado en saborear el tabaco de su pipa y miraba fijamente a Starling y a su primo, los

cuales continuaban su poco amigable discusión.

—Estás mintiendo deliberadamente, James —insistió Starling—. Mi marido no se mató; lo asesinaste, lo cual es muy diferente. Sabiendo su manía por la velocidad y los coches deportivos, preparaste el «Porsche» de modo que tuviera un fallo técnico al rebasar cierto límite de marcha y así se estrelló.

La mano de James golpeó fuertemente la madera del mostrador.

—¡Te ha sentado mal el champaña de la cena, Starling!

—Pero si sólo bebí agua mineral —rió ella, dejando a James completamente desconcertado.

—¡Qué divertido!, ¿eh? —exclamó Petersen—. James, dame más champaña; así podré decir un día que bebí en compañía de un asesino.

—¡Vete al infierno! —rugió James, pero Petersen, indiferente, se apoderó de la botella.

Con la copa llena en la mano, Petersen miró a la joven.

—Starling, ¿quieres que llame a la Policía?

Ella agitó una mano desdeñosamente.

—No, déjalo; él mismo se entregará, confesando todo voluntariamente.

—¡Estás loca si crees que pienso cometer tamaña insensatez! No maté a mi primo y tú lo sabes bien, Starling.

—Entonces, ¿por qué tanto interés en apoderarte del sobre que dejó lleno de documentos comprometedores?

—No sé a qué te refieres...

—Estás tratando de mentir y lo haces muy mal, primo James. Ese sobre está ya en manos de la Policía, la cual se presentará aquí de un momento a otro y...

Entonces fue cuando Clinton creyó oportuno intervenir.

—Si me lo permiten ustedes —dijo—, yo podría hacer una prueba para comprobar o desmentir las afirmaciones de *Lady Huygens*.

James miró torcidamente a Clinton.

—¿Usted también piensa que yo fui el asesino, profesor?

—Oh, nada de eso, señor Huygens. Por el contrario, trato de ayudarle, ¿me comprende? —Y antes de que James pudiera añadir una palabra, Clinton se volvió hacia el otro—. Señor Petersen, ¿tendría usted la amabilidad de traerme un maletín que está dentro

del portaequipajes de mi coche? Aquí tiene la llave.

Petersen se inclinó burlescamente.

—Rectifico mis anteriores afirmaciones. Realmente, me estoy divirtiendo en grande. Nunca podré agradeceréelo bastante, Starling —y con paso vacilante, el joven se encaminó hacia la salida.

Mientras duró la corta ausencia de Petersen, un tenso silencio reinó en la estancia. Petersen regresó unos minutos más tarde y Clinton, tras guardar su pipa, tomó el maletín.

Buscó una mesita adecuada, no tardando mucho en hallarla. Abrió el maletín y ante los ojos de los espectadores, apareció un diminuto proyector cinematográfico.

—Ustedes —dijo Clinton, en tanto empezaba a manipular en el aparato—, ya saben lo aficionado que soy yo a estas cosas de la psicología. Por lo tanto, no tendrán inconveniente en que haga una prueba para ver si *Lady Huygens* está en lo cierto al afirmar que James Huygens mató a su primo, ¿verdad?

—Ésa es una calumnia infame —gruñó el aludido—. Si fueras un hombre, mi respuesta habría sido muy diferente, Starling.

—Ya conozco el calibre de tus respuestas, James —dijo ella desdeñosamente—. Hasta ahora, todas ellas tuvieron plomo dentro.

—Por favor —recomendó Clinton—, un poco de calma. Los ánimos excitados nunca condujeron a nada bueno. Tengan la bondad de reservar los reproches para cuando yo haya terminado, ¿eh?

En unos momentos estuvo dispuesto el proyector, frente al cual, y a una distancia de cinco o seis metros, Clinton situó una pantalla de dos metros en cuadro.

—¿Quiere usted encargarse de apagar las luces, Starling?

La joven obedeció dócilmente, y Clinton puso en marcha el proyector.

Las imágenes de una película recién estrenada empezaron a desfilar por la pantalla y, a pesar de la tensión del momento, los ánimos de los presentes se sintieron atraídos por la acción del *film*.

El tiempo empezó a pasar lentamente. El proyector estaba dotado de amplificador y en la estancia solo se oyeron, durante un buen rato, los sonidos lógicos de la película: música de fondo, diálogo de los protagonistas y los ruidos necesarios. Era un argumento muy atrayente, que absorbía la atención del espectador

desde el primer momento, por lo que tanto Huygens como Petersen se sumieron casi instantáneamente en la contemplación del *film*.

Mientras las imágenes desfilaban en la pantalla, Clinton no dejaba de estudiar las reacciones que se producían en el rostro de Huygens a medida que se desarrollaba la película. La pantalla despedía un tenue resplandor que permitía, para unas pupilas acostumbradas a la oscuridad, divisar los objetos situados cerca de ella y el rectángulo de tela donde se reflejaban las imágenes, estaba relativamente próximo al bar, de donde no se había movido Huygens desde que entrara en la casa.

Clinton empezó a impacientarse, consultando varias veces seguidas su reloj. Era un experimento arriesgado, pero forzosamente lento y hubo de pasar una hora larga antes de obtener el primer resultado.

Éste llegó de una manera ruidosa, aunque no por ello menos inesperada.

—¡Eso es mentira! ¡Yo no tengo el sobre! —aulló súbitamente Huygens.

—¡Encienda las luces, Starling! —gritó Clinton, un segundo antes de que Petersen prorrumiera en una sarta de obscenos juramentos.

—¡Canalla! —gritó, parpadeando al ser deslumbrados sus ojos por la repentina iluminación—. De modo que eres tú el que, a pesar de todo te apoderaste del sobre, ¿eh?

En la mano de Petersen apareció una pesada pistola automática. Starling lanzó un grito de espanto.

—¡Yo no tengo ese sobre, Johnny! —gritó despavorido Huygens.

—¡Me estás mintiendo! —continuó Petersen con feroz acento—. Lo tienes y piensas utilizar su contenido para hacerme objeto de un chantaje. Pero si crees que voy a permitir que...

La pistola que Petersen sostenía en su mano, llameó bruscamente varias veces. Las balas alcanzaron de lleno a James, el cual se derrumbó en el fondo del mostrador.

El estruendo de las detonaciones pareció sacar a Petersen de la pesadilla en que había caído. El joven se pasó la mano por la frente y luego miró con aire estúpido la pistola todavía humeante.

—¿Qué es lo que ha hecho usted, señor Petersen? —dijo Clinton, con aparente tranquilidad.

La mano del aludido se crispó sobre la culata de la pistola. Su embriaguez se había disipado como por encanto, lo cual convenció a Clinton de que había estado fingiendo desde el primer momento.

—Ya lo ha visto, profesor —contestó fríamente el interpelado—; acabar con un tipo que no se merecía otra cosa.

—Lo mismo que Lord Huygens, ¿verdad?

—Sí, es cierto; yo maté al marido de Starling. Pero nadie podrá demostrármelo...

—Le advierto a usted que James no tenía el sobre, señor Petersen. Por ese lado, pues, puede estar tranquilo.

—Me es indiferente. No sé qué diablos de idea me pudo dar para acusarle de su posesión. Pero ahora estoy seguro de que Starling lo tiene y me lo entregará, ¿me ha oído usted, profesor?

—Yo, sí, señor Petersen, y también cierto micrófono que está registrando en una banda sonora todo cuanto ha sucedido desde que hemos entrado en esta casa —dijo el joven sorprendentemente. Luego continuó—: Ese sobre era la pesadilla de ustedes tres: el marido de Starling, James y usted mismo, quienes formaban una banda que se dedicaba al tráfico de estupefacientes.

»Esto ocurrió antes de que Lord Huygens, un noble inglés arruinado, con un pomposo título, pero sin un centavo, conociera a una caprichosa Starling Conrahan que ansiaba dorar un apellido ennegrecido por infinidad de pozos petrolíferos. Y el aristócrata inglés se dijo entonces que ya era hora de vivir tranquilamente y sin los riesgos que entraña la poco noble profesión de traficante en drogas.

»En los primeros momentos, no ocurrió nada. James y usted, Petersen, habían reunido un buen capitalito con su lucrativo oficio y podían permitirse el lujo de descansar una buena temporada. Pero cuando el dinero se les acabó, empezaron a presionar a su antiguo socio. Lord Huygens consiguió taparles la boca una temporada, pero al fin se dio cuenta de que un día u otro, Starling acabaría por enterarse de todo, cosa que a él no le convenía.

»Trató de negarse y ustedes lo asesinaron, cuando vieron que no iban ya a obtener nada. Pero el muerto había sido precavido y, como cerebro director de la banda, conservaba ciertos documentos molestos para usted y James. Estos documentos son los que están en el sobre que un buen día halló Starling al revisar los papeles de su

marido. Lo que ocurrió entonces es que Starling se portó de una manera inexperta, sin saber con qué clase de individuos se enfrentaba. Y naturalmente, James se enteró y usted también, Petersen. Pero en lugar de aliarse y luchar juntos, se enfrentaron con el fin de hacerse cada uno con el sobre con el fin de tener sujeto al otro... porque, además, todo hay que decirlo, cabía la esperanza de que Starling volviera a enamorarse de nuevo. El que conquistase a Starling tendría el sobre en una mano y a su compinche en la otra. Y usted era el que más posibilidades tenía de conseguirlo, porque si bien los documentos mencionaban claramente el nombre de James Huygens, en cambio, no hablaban para nada de Johnny Petersen, sino de un tal Eddie Still, expresidente un par de veces y ambos por el mismo motivo: tráfico de drogas.

—Está por demostrar todo eso que usted dice —fanfarroneó Petersen.

Clinton se encogió de hombros.

—Usted mismo se ha traicionado al matar a su antiguo cómplice, Petersen. Yo le imbuí la idea de que James se había hecho con el sobre...

—¿Me puso alguna droga en el champaña? —dijo Petersen, burlonamente.

—Oh, no. Me bastó para ello situar en la película, cada determinado número de cuadros, un cartelito en el que se leía: «JAMES HUYGENS ES EL ACTUAL POSEEDOR DEL SOBRE». Este rótulo, repetido infinidad de veces, fue el subconsciente de ambos. Por eso, James gritó que no lo tenía y usted no quiso creerle. Subconscientemente también, estaba seguro de que su cómplice había logrado apoderarse del sobre y temía que usara su contenido contra usted. Un experimento de parapsicología que no suele fallar, ¿me comprende?

Una chispa de admiración brotó de los ojos de Petersen.

—En otra época le hubieran quemado por brujo, Courtenay. Ahora... es suficiente tener una pistola en la mano.

—Y un par de esbirros en la puerta que le cubran las espaldas, ¿no es cierto, Eddie Still? —dijo Clinton, tranquilamente, reparando en Mark y Frankie que acababan de penetrar silenciosamente en la habitación.

—Exacto. Sí, usted lo acaba de decir, Courtenay. Mis... amigos

están aquí y son muchos en el arte de sacar las palabras de la gente reacia a hablar. Nos enteraremos del lugar donde escondieron ese sobre y luego... —La mano izquierda de Still, alias Petersen, se agitó en el aire, chasqueando los dedos de modo harto significativo.

—Yo no lo haría así, Petersen... bueno, Still —dijo Clinton tranquilamente—. Sobre todo, sabiendo que la casa está rodeada por un cordón de policías a través del cual ni una mosca sería capaz de pasar.

Petersen se sobresaltó a pesar suyo.

—¡Está mintiendo, profesor! —gritó.

—¡Jefe, si es cierto lo que dice este tipo...! —exclamó muy nervioso Mark.

—¡Cierra el pico, idiota! ¿No ves que está fanfarroneando? Vamos, registradlo inmediatamente. Una vez sepamos dónde están los documentos...

Las palabras de Petersen fueron cortadas súbitamente por una voz de tonos imperativos.

—¡Tiren esas armas inmediatamente!

Petersen se volvió, girando en redondo sobre sí mismo.

Clinton lanzó un agudísimo grito:

—¡Al suelo, Starling!

En el mismo instante, los dos pistoleros, huyendo cobardemente, se dirigieron a todo correr hacia la puerta. Un reflector se encendió súbitamente, inundando con claridad que parecía haber nacido un nuevo día, la entrada de la mansión.

Mark y Frankie levantaron sus armas. Fuera tableteó sonoramente una ametralladora.

Ciego de ira, sin importarle ya los resultados, Petersen dirigió su pistola hacia Clinton, el cual saltaba hacia el bar con ánimo de buscar refugio tras el mostrador. Pero en aquel instante, un rifle detonó a sus espaldas.

El forajido se estremeció al sentir su cuerpo atravesado por las balas. Caminó, cegado, loco de dolor, de un sitio para otro, terminando por derrumbarse sobre la mesita que tenía el proyector, objetos ambos que cayeron al suelo con sonoro estrépito.

El rugido de la ametralladora del jardín se acalló cuando los cuerpos de los dos pistoleros rodaron lentamente por los escalones de acceso al porche. Un enorme silencio se expandió por aquel

lugar al cesar los estampidos y Clinton, entonces, se dirigió hacia donde se hallaba la joven, ayudándola a levantarse y llevándosela a una estancia vecina.

Un hombre de civil, seguido por un par de guardias uniformados, les siguió. Clinton hizo las presentaciones.

—El teniente Scrapps, de la Policía de Los Ángeles, Starling.

Ella apenas si tuvo fuerzas para contestar. Clinton volvió a dirigirse al policía:

—Gracias por su oportuna intervención, Scrapps. Lo hizo en el momento exacto.

—No sé cómo pude contenerme, profesor. La verdad es que hubo un momento en que lo vi a usted bastante apurado. Si su idea llega a fallarle, a estas horas en lugar de hablar con usted, estaría redactando mi dimisión.

—Cuestión de un poco de suerte, teniente. Bien, su ayuda nos ha sido muy valiosa y cuando usted lo desee, podré darle todos los detalles complementarios del caso.

—Usted es el que nos ha ayudado, profesor. Hacía ya muchos años que andábamos detrás de esa banda, a pesar de que por ahora habían cesado en sus fechorías. Gracias a usted la hemos podido liquidar y el sobre que nos entregó nos servirá para ultimar todos los detalles del asunto.

—¿Cómo? —exclamó Starling, asombradísima—. ¿Es que ha aparecido el sobre?

Clinton se echó a reír.

—Sí. Cuando usted me dijo que no estaba tras los cojines del coche, supuse instantáneamente lo ocurrido. Pero no quería que usted siguiera corriendo más riesgos, por lo que deliberadamente la dejé creer que lo habían robado o se había extraviado.

—¿Y... y dónde estaba, Clinton?

—Pues en el mismo coche, bajo los asientos. Usted lo dejó detrás del respaldo y el sobre acabó por deslizarse hasta el fondo, gracias a lo desvencijado del vehículo. Los secuaces de James no fueron muy avisados que digamos. Después, cuando nos liberamos, yo me puse en contacto con el teniente Scrapps... y eso es todo.

—Todo, no —objetó la joven—. Falta una cosa. ¿Cómo sospechó usted de Petersen?

—Cuando nos lo tropezamos en la autopista. Recuerde nuestro

desastrado aspecto. Él no dijo nada ni se asombró de vernos sucios y derrotados, cuando lo lógico hubiera sido mostrar un mínimo de extrañeza por nuestro porte, ¿verdad? Esto me dijo que él era el otro jefe a quién aludían Mark y Frankie y que, muy astuto, al enterarse de que no estábamos en la casa, se quedó un poco más de tiempo, con ánimo de comprobar personalmente si esto era cierto. Sus presentimientos no fallaron, Starling.

—Y usted, como dijo Petersen —terció el policía—, es un brujo de marca. ¡Cielos! tengo el sobre en Jefatura y, viendo la película desde la ventana, llegó a convencerme de que Huygens lo había recuperado.

Clinton se echó a reír.

—En lo sucesivo, teniente, le recomiendo vaya al cine con mucho cuidado. De lo contrario, se expone a detenerse a sí mismo cualquier día, si algún enemigo suyo se lo propone.

Scrapps hizo una mueca de asombro y al verlo así, Starling, al fin liberada de sus apuros, se echó a reír.

Clinton levantó la cabeza del libro que estaba leyendo al escuchar el sonido de un coche que se acercaba a la cabaña. Se puso en pie, pero justa llegaba a la puerta, cuando Starling, sonriente, dichosa, apareció con un paquetito en las manos.

—¡Hola, Clinton! ¿Cómo se encuentra? —Y antes de que el asombrado joven pudiera replicar, ella se deslizó por el espacio que había entre él y el marco de la puerta—. Traigo la copia de una nueva película que va usted a presenciar antes de que se estrene. Va a causarle una gran sensación, Clinton, se lo aseguro.

Courtenay siguió a Starling con la boca abierta. Mientras la joven continuaba hablando volublemente, desenvolvió el paquete y extrajo un rollo de película que colocó con hábiles dedos en el proyector que Clinton tenía instalado allí para sus experimentos.

—Apague la luz, ¿quiere? —dijo Starling cuando todo estuvo listo.

La película comenzó a reflejarse en la pantalla.

Pero no habían pasado cinco minutos cuando ya Clinton tenía a la joven entre sus brazos.

—Ah, no, eso sí que no, Starling. Hay ciertas cosas para las cuales un hombre no necesita de llamadas al subconsciente.

En la penumbra de la estancia, Starling sonrió suavemente.

—Y en estos momentos, Clinton, ¿qué falta te hacen las gafas?

Sonó un estallido de vidrios. Pero al joven no le preocupó en absoluto que sus lentes se hubieran estrellado contra el suelo cuando Starling se los quitó, arrojándolos por encima de sus hombros. Ella tenía razón; en aquellos instantes, no le hacían ninguna falta.

Mientras tanto, a sus espaldas, el proyector continuaba lanzando sus imágenes sobre la pantalla. Y en ésta, cada dos segundos, cada cuarenta y ocho cuadros normales de fotografía, aparecía uno que sólo el subconsciente de una determinada persona podía leer.

El rótulo que Starling había hecho intercalar en el film, decía así:

«¿QUIERES CASARTE CONMIGO, CLINTON?»

FIN

USTED... si lee

LOS TENEBRÓSOS

*¡No refiera a nadie su
final!*

*¡Permita que todos go-
cen de su misma sor-
presa!*



Acusado de la muerte de su esposa... Declarado loco por los siquiátras... Dirk Harris, ex agente del S. S. británico, iba a terminar su vida en un manicomio de Cornualles

LOS TENEBRÓSOS

el más intrigante y dinámico de los relatos policíacos conseguidos por el celebrado autor

DONALD CURTIS

¡Los Tenebrosos estaban allí, rodeándole... y de "ellos" partió la orden de eliminar a Dirk, el único hombre que sabía la verdad porque la había visto con sus propios ojos...

LOS TENEBRÓSOS

¡Nadie podrá sospechar en forma alguna el final de la novela!

COLECCION SERVICIO SECRETO

se la ofrecerá en su próximo número

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"

646 — Trini de Figueroa
FISCAL, TE EQUIVOCASTE

COLEC. "MADREPERLA"

542 — María Adela Durango
AL NACER LA PRIMAVE-
VERA

COLECCION "ROSAURA"

486 — Julia Montes
NO SE QUIEN ERES

COLECCION "AMAPOLA"

373 — María Teresa Sesé
VIDA NUEVA

COLECCION "ALONDRA"

325 — Jesús Navarro
ALGO PARA SONAR

COLECCION "CAMELIA"

267 — María Morgan
SECRETO EN EL PASADO

COLECCION "ORQUIDEA"

236 — Enri Claveri
EL OGRO DE CUMBRES
GRISES

COLECCION "CORAL"

117 — Corín Tellado
SU MAJESTAD LA REINA

COLECCION "BISONTE"

587 — Silver Kane
EL IMPLACABLE

COL. "SERVICIO SECRETO"

451 — Clark Carrados
HUELLAS QUE ACUSAN

COLECCION "BUFALO"

284 — Fidel Prado
HOMBRES SIN ESCRUPU-
LOS

COLECCION "CALIFORNIA"

131 — M. L. Estefanía
TERRITORIO MINERO

COLECCION "TEXAS"

152 — Orland Garr
UN TENIENTE DE
WEST-POINT

COLECCION "COLORADO"

76 — Keith Luger
LOS PISTOLEROS DE
LAS 9'15

COLECCION "KANSAS"

42 — George H. White
LA HERENCIA DEL
"GUN-MAN"

Col. "HEROES DEL OESTE"

24 — M. L. Estefanía
VIAJE ACCIDENTADO

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona - Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

*¿Es usted aficionado a
la radiotecnía?*

*¿Se gana usted, tal vez,
la vida trabajando en
ella?*



En ambos casos le interesa conocer el último volumen puesto a la venta por la moderna

COLECCION TECNICA AL DIA

titulado:

MANUAL DE ESQUEMAS SELECCIONADOS

¡La técnica del montaje por la imagen, al alcance de su mano! ¡120 circuitos que abarcan desde la A hasta la Z de la radiotecnía!

MANUAL DE ESQUEMAS SELECCIONADOS

¡Un libro que no debe faltar en la biblioteca de todo buen técnico o aficionado a la radio!

¡Pídalo a su proveedor habitual!

Precio de venta: 35 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

¡MUCHA ATENCION!

¡Ya está a la venta la revista juvenil más divertida e interesante de todas!...

VEN Y VEN

En ella reaparecen los famosos y divertidos personajes:

DON FURCIO BUSCABOLLOS
ZIPI Y ZAPE y
DON BERRINCHE

además de nuevas historietas con los últimos personajes creados por los más famosos dibujantes cómicos del momento

VEN Y VEN

Secciones de gran valor cultural, pasatiempos, chistes y...

UN EPISODIO CADA SEMANA DE UNA TREPIDANTE AVENTURA DE...

EL JABATO

¡Adquiera un número y se convertirá en el más asiduo lector de esta revista sensacional!

Precio: 2'50 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

¡LA NOVELA QUE HA BATIDO TODOS LOS
RECORDS DE VENTA EN EL MUNDO EN-
TERO, ES AHORA EL SENSACIONAL TEMA
DE UNA GIGANTESCA PELICULA!...

EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS

Bajo un sensacional reparto, encabezado por:

GREGORY PECK, JENNIFER JONES, FRE-
DRICK MARCK y MARISA PAVAN, se proyec-
ta en España y en los cines *Coliseum*, de Ma-
drid y *Kursaal*, de Barcelona, distribuida por

CHAMARTIN FILMS, S. A.

¡Lea esta novela apasionante, en la selecta

COLECCION JOYAS LITERARIAS

que ha puesto a la venta,

EDITORIAL BRUGUERA, S. A. **Barcelona**

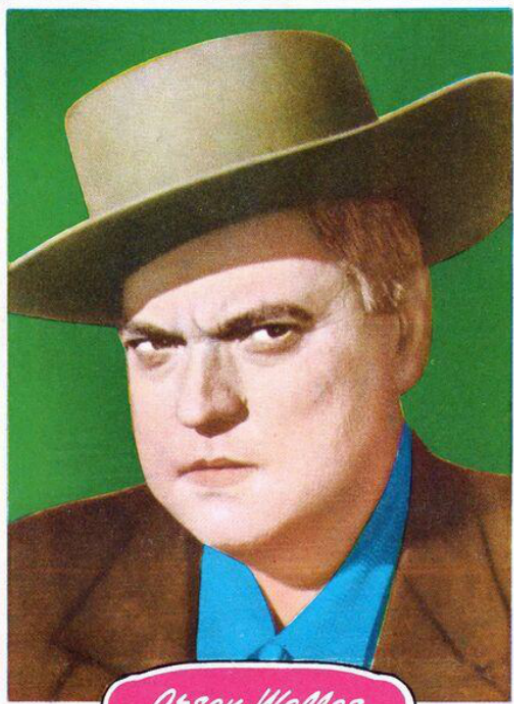
Precio del volumen. 70 Ptas.

FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN

●

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera, S. R. L. - Hipólito Irigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.ª, núm. 13-78 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. Apartado 1.924 - SAN JOSE.
- CUBA:** Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57 - LA HABANA.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B. - SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 49 CIUDAD TRUJILLO.
- ECUADOR:** Agencia Selecciones - Aguirre, 717. GUAYAQUIL.
- ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA:** Fidel International. 6.419 Busch Drive - Malibu (California). (Para bolsillibros). New York City: Jules des Angles. (Para bolsillibros).
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42 - GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Istacchuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 - MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones 29 Este, núm. 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Busó - Estrella, 188 - LA ASUNCION.
- PERU:** Victor Rosas Ramirez - Mercaderes, 450 LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN (Para bolsillibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15ª Calle Oriente, 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Adolfo Domínguez - Río Negro, 1.266 MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.

LLUVIA DE ESTRELLAS



Orson Welles

N.º 859 **Oscar** especial de la Academia de Hollywood por "El ciudadano Kane". Welles, nacido en Kenosha el 6 de mayo de 1915, ha triunfado rotundamente en "El tercer hombre", "Otelo", "Moby Dick" y "La tragedia de Río Grande". Foto UNIVERSAL INTERNATIONAL



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. Impreso en España - Printed in Spain

NOTAS

[1] Rigurosamente verídico. (N. del A.). < <